GLORIA V. CASAÑAS

Noche de luna larga

Promesa de amor en Navidad

Gloria V. Casañas

Noche de Luna Larga

Promesa de amor en Navidad

A mi hija Rosalía,

que guarda en su corazón

el espíritu navideño.

PRÓLOGO

Diciembre de 1890 en Pine Ridge, junto al arroyo que ya no murmura

Todo había terminado.

Para los cuerpos que yacían retorcidos en la nieve, congeladas sus muecas en agonía, y para su propio corazón, tan helado como aquellos cadáveres.

Entre los despojos caminaban los reporteros, otra clase de buitres, tomando fotografías y anotando en sus libretas los relatos que mentirían lo sucedido en aquel sitio desolado.

¿Quién lo creería, después de todo?

Washington no estaba preparado para escuchar que sus tropas habían asesinado a un centenar de lakota sioux, acusados de danzar invocando a los espíritus redentores, los que les devolverían el búfalo y la dignidad.

El aullido del viento no conseguía amortiguar el lúgubre sonido de la azada cavando en la tierra endurecida la fosa donde aquellos infortunados serían sepultados en informe montón.

David sintió náuseas. Pese a que la venda que rodeaba su cabeza no lograba menguar la sangre que manaba de ella, había querido arrastrarse hasta Wounded Knee otra vez, para que sus ojos, que ya empezaban a nublarse, no olvidaran el horror de lo vivido tres días antes. Una imagen en especial no se apartaba de su embotada mente: una niñita llorando junto a su madre muerta. Él la vio a tiempo de lanzarse del caballo para quitarla de en medio, pero la pequeña se asustó y echó a correr sin rumbo. Después de todo, él era su enemigo. Corría descalza, con sus negros cabellos enredados, arrastrando sobre la escarcha la manta que horas antes compartía con su madre.

Malditos todos.

Le escarnecía el recuerdo del grito triunfal de su propio compañero, que alzó el fusil rememorando la figura del general Custer, el mítico comandante del Séptimo.

—¡Venganza! —había exclamado eufórico y fuera de sí—. ¡Vale por lo ocurrido en Little Big Horne, desgraciados!

A David se le puso la piel de gallina al oírlo. ¿Acaso aquella matanza era comparable a una batalla? ¿Es que el Séptimo de Caballería había perdido el honor, o el juicio?

Se dobló en dos con una arcada que supo disimular tosiendo cuando uno de los reporteros se acercó a él, libreta en mano.

—¿Qué tiene para contar, soldado? —lo acució, anhelando una historia truculenta, no sabía él si para elogiar o criticar los sucesos.

—Nada —respondió con sequedad.

—Pero estuvo en la batalla, ¿no es así? Tiene una herida que lo demuestra. ¿O se la hizo cayendo del caballo?

Las risas de otro colega terminaron de completar el ultraje que se acababa de infligir a la gente lakota, tomando en solfa la muerte de jóvenes y ancianos, mujeres y niños, algunos todavía de pecho. Porque a él no se le escapaba la verdad. Cuando la mayoría huyó hacia la cañada, intentando zafar de la locura, los habían perseguido y ultimado sin piedad. Quizá esa noticia impactara lo suficiente en el *New Yorker*.

Levantó el rostro para encarar al periodista, pero el hombre ya corría en otra dirección. Había avistado a un sobreviviente indio y quería las palabras del derrotado.

Él no podía recordar de dónde había provenido aquel primer disparo que desató el infierno. Hubo un forcejeo, una estúpida disputa en el momento de requisar las armas a los indios del campamento y, a raíz de ello, la orden del coronel Forsyth.

Después, el pandemónium.

Recorrió con sus ojos enfermos el terreno sembrado de fogatas que pretendían atenuar el frío de los que arrastraban cadáveres hacia la fosa y cargaban a los sobrevivientes sobre los carros. Volverían a la oficina del gobierno, a la indignidad de recibir raciones escasas y soportar abusos, a las miserables tiendas en un suelo estéril. Paradoja de la vida, cuando los sobrevivientes llegasen, la rústica capilla del fuerte ostentaría aún su letrero de Navidad: “Paz para todos los hombres del mundo”.

Triste final de las Guerras Indias, como se llamaba a la resistencia de los nativos desde que los hombres blancos pisaron las costas del este del continente.

Un reflejo de sol iluminó por un instante aquellas mortajas de nieve donde dormirían para siempre guerreros, esposas e hijos. Fue un momento fugaz que le brindó una respuesta. Se marcharía de allí, no sólo de las Tierras Malas de Dakota del Sur, sino del ejército. Ya no formaría en las filas de los azules ni obedecería las órdenes de sus superiores. Sería un civil, aunque ello significase el desprecio de su padre.

Los lakota no eran los únicos derrotados en aquel infausto día.

1

Diciembre de 1891 en Amherst, Massachusetts

Granny, creo que cabalgaré un rato por los alrededores. ¿Te molesta si dejo de aburrirte un par de horas con mi cháchara?

La dulzura del tono derribó cualquier reparo que pudiese oponer Emily al pedido de su nieta. Entendía que la pequeña casa de Amity St. podía resultar agobiante para una joven criada en las llanuras del Río de la Plata, en especial si amaba la aventura. Desde que Juliana Balcarce, única mujer entre los nietos que le dio su hija, decidió inscribirse en el seminario para señoritas Mount Holyoke de Amherst, la vida de la anciana había dado un vuelco. En lugar de agonizar en su pueblo rodeada de recuerdos, como había supuesto que ocurriría, se encontraba invadida por una vitalidad desbordante que la impelía a cocinar buñuelos de manzana y rosquillas de jengibre como antaño, cuando era una joven viuda que dependía de su cuñado para su subsistencia y la de la pequeña Elizabeth.

El tiempo de Navidad colgaba copos de nieve en el arce de la entrada y envolvía el paisaje de Amherst en una luz azulada y fría que contrastaba con el resplandor del fuego en la sala. Emily O'Connor se proponía que aquella Navidad, la primera que pasaba a solas con su nieta en su pueblo natal y tal vez la última para ella, fuese inolvidable.

—¿Extrañas tu tierra, querida? —preguntó anhelando que no fuese así, ya que la partida de Juliana dejaría un vacío insoportable.

—No puedo mentirte, abuelita. Extraño a mamá, a mis hermanos, las rabietas de papá, a los amigos de Buenos Aires… pero me siento feliz de conocer el sitio donde criaste a mamita, porque fue aquí, en este ambiente, que ella concibió la idea de viajar tan lejos para enseñar a los maestros de mi país.

—Tu madre te legó su espíritu, mi niña. Aquel día que tomamos el té con la señora Mann en nuestra casa de Boston, supe que el destino me la arrebataría. Le relucían los ojos como estrellas mientras escuchaba a mi amiga hablar sobre el proyecto del presidente argentino de llevar maestras al Río de la Plata.

—¡*Granny*, si al final también viajaste para vivir con nosotros! —protestó cariñosa Juliana, que no dejaba que su abuela se ensimismase en la melancolía de los recuerdos.

—Eso fue mucho después, cuando ya tu madre estaba casada y tú habías nacido.

—Como dicen allá, no perdiste a una hija sino que ganaste un hijo —bromeó la joven.

Emily soltó una risa apagada.

—Tu padre es un hijo bien bravo, querida mía, aunque ama a tu madre por encima de todo, y es lo único que me importa. Es generoso, además; hizo construir el *cottage* en el terreno de su casa para mi comodidad.

—Papito es un león que ruge y al final se rinde a nuestros caprichos —se jactó Juliana, en un arrebato de nostalgia.

—Muchos aquí envidiarían el amor que se tienen los Balcarce, es cierto. Las personas en Hampshire son menos demostrativas. Yo misma me considero extraña ahora, pues los años vividos entre ustedes me cambiaron bastante.

—Abuelita —y Juliana se hincó ante ella para tomar entre las suyas las avejentadas manos que temblaban un poco—, no estoy segura de que haya sido buena la idea de volver a tu pueblo cuando ya estabas afincada en Buenos Aires. Todos te extrañamos. A mamá se le rompió el corazón cuando decidiste dejarnos para instalarte en tu casa natal.

—Se vuelve a la tierra que nos vio nacer, querida; si no se hace con los huesos, se hará con el espíritu. Era algo que me debía en memoria de tu abuelo, al que nunca conociste.

—Otro día me contarás de nuevo esa historia, *Granny*. Ahora quiero que te entretengas con algo que te haga feliz. ¡Señora Pip!

El curioso nombre atrajo a una mujer casi tan anciana como la abuela O'Connor, de porte pequeño y tan ancha de caderas que debió ponerse de lado para atravesar la puerta que comunicaba con la parte de servicio. Vestía uniforme de mucama, aunque la manera en que acudió a relevar a Juliana reflejaba un profundo cariño hacia aquella señora que contemplaba el desfile de sus últimos días envuelta en puntillas y hundida en un sillón de orejas.

—¿Qué se te ofrece, Emily? —dijo entre sonrisas y guiños dirigidos a la jovencita.

—Tráeme el cesto de ovillos, querida Adela. No hago otra cosa que desmadejarlos y volverlos a enrollar, pero me entretengo y mis manos no pescan el reuma.

—¿Sabes qué necesitas, abuelita? ¡Un minino que te enrede la lana!

—Faltaba eso para poner de cabeza mi mundo —refunfuñó Emily mientras revolvía en el cesto los ovillos de colores con sus dedos huesudos—. Vete —agregó haciendo un ademán desdeñoso para tranquilizar a su nieta—, que entre viejas nos entendemos. ¡Y ten cuidado! La nieve es resbaladiza. No obligues a tu yegua a trotar. Ve al paso, que esto no es la pampa.

—Ojalá lo fuese —murmuró para sí misma la joven, al abrir la puerta y recibir en pleno rostro una ráfaga de fina nevisca.

Amity St. lucía desolada a esa hora de la tarde. Una luz crepuscular envolvía el aire cortante. En las casas vecinas, todas de rica madera pintada en tonos amarillos, celestes o grises, brillaban las luces navideñas en las columnas del porche o en torno al tronco de algún abeto de jardín. Más de una vivienda se ufanaba de un muñeco gigantesco que representaba a San Nicolás en su resplandeciente trineo de renos. La calle entera se engalanaba con guirnaldas de muérdago, medallones de hojas secas y tiestos de flores rojas en las escalinatas.

Juliana se dirigió al establo donde dejaba a Pretty al cuidado del único mozo de cuadra del pueblo. El hombre había vivido su juventud en la Argentina, y se destacaba por su conocimiento en el manejo de los caballos. El día que Francisco Balcarce decidió regalar una preciosa yegua a su hija para que distrajera sus ratos de ocio en aquel lugar de Massachusetts, acudió a Tony Tim, como le decían todos, para que se ocupase de las necesidades de Pretty. El hombre era parco en su tarea, no hablaba sin motivo, pero simpatizaba con aquella jovencita de rizado cabello cobrizo, y a menudo le soltaba algún consejo o se permitía una chanza cariñosa.

La vio venir de lejos, enfundada en su abrigo de lana marrón, con el cuello alzado hasta las orejas, las manos metidas en un manguito de piel de conejo, y admiró el porte ágil y elegante de la niña Balcarce. A pesar de vestir como una joven estudiante de Mount

Holyoke, hablar como ellas y participar de las actividades comunitarias que desarrollaba el colegio, una vena distinta se traslucía bajo la piel de Juliana, un fuego escondido que ella sabía contener en beneficio de su abuela y de los demás habitantes, poco habituados a los arranques emocionales. Tony Tim, que había conocido de primera mano esos impulsos durante su estancia en el Río de la Plata, podía advertir que Juliana Balcarce, con sus ojos dorados y su risa fácil, era un torbellino encubierto.

—¿Adónde cree que va con este día? Pronto se hará de noche.

—Buenas tardes, Tony —contestó Juliana con dulzura para suavizar el reto—. Sólo quiero que Pretty haga un poco de ejercicio. Desde que empezó la temporada de fiestas, no pude sacarla todo lo que hubiese querido. Ella ama trotar sin rumbo.

—Igual que alguien que conozco bien —protestó el hombre mientras buscaba la silla y el bocado.

Del establo emanaba un cálido aroma a heno y cuero, confortable en el frío reinante. Tony había encendido una estufa donde calentaba el café y cocinaba lonjas de tocino, pues aunque no era su casa, pasaba allí la mayor parte de su tiempo. La yegua relinchó al detectar la presencia de su amazona y asomó su testuz curva por encima del portalón.

—Linda —murmuró Juliana en tanto la rascaba entre los ollares—, me estabas esperando.

De buena gana hubiese salido al galope de allí, dejándose llevar por el ímpetu que la acometía a veces cuando debía reprimir demasiadas cosas, tales como una carcajada o el deseo de abrazar a alguien. Podía ser formal y discreta, pero necesitaba soltar sus ansias de tanto en tanto, volver a sentir el brío a lomos de un caballo, o sólo correr a través del bosque, hundiendo sus botas en la nieve sin que importase el decoro.

Su padre era un eximio jinete que amaba cabalgar duro y firme, y solía perderse por horas cuando pasaban temporadas en El Duraznillo, la estancia de los Zaldívar en el Tandil. Era un sitio al que Juliana iba desde que tenía memoria, ya que la amistad que ligaba a sus padres con Julián Zaldívar existía desde mucho antes de que ella naciera. Inclusive su madre le confesó una vez que eligieron su nombre en honor a ese reconocido abogado porteño cuya vida se entrelazaba con la de los Balcarce de modo inextricable.

Además, ella tenía allá a su propio amigo, el hijo de ojos oblicuos de los Zaldívar. Dolfito la extrañaba, lo sabía aunque él jamás lo dijese. Comprendía a ese muchacho callado y enigmático mucho mejor que sus propios padres, que lo adoptaron cuando fue abandonado a poco de nacer en una casa del suburbio de Buenos Aires. Julián y su esposa Brunilda, que no habían tenido hijos de su sangre, amaron con locura a ese niño de raza china que la sociedad porteña miraba con una mezcla de asombro y desprecio. De algún modo, el temperamento volcánico de Juliana encajaba con la misteriosa personalidad de Dolfito Zaldívar. La noticia de que ella se quedaría a vivir con su abuela mientras estudiaba en el colegio de Amherst debió de caerle como baldazo de agua helada, si bien él era incapaz de demostrar nada. Ocultar sus sentimientos había sido siempre su arma y su defensa a la vez. Dolfito poseía una vena calculadora y cruel que sólo Juliana sabía torcer y transformar en pasiva resignación.

—Le prometí a su padre que cuidaría de usted —recalcó Tony Tim con gesto de disgusto al ver que la joven ignoraba sus advertencias.

—Papá sería el primero en lanzarse a campo traviesa en una tarde como ésta —repuso ella con pasmosa tranquilidad—. ¡Ama galopar! Es cuando se siente más a gusto consigo mismo.

—Entonces, será que quiere evitarle a su hija los males que le acometen a él —insistió el mozo con terquedad.

Juliana lo miró con asombro.

—¿Cómo sabe que mi papá sufría de un mal?

Tony Tim detuvo su tarea de enjaezar a Pretty y la miró también, consternado y algo avergonzado. No había querido sondear secretos de familia, sin duda había puesto el dedo en una llaga que desconocía.

—Todos los hombres sufrimos —acabó diciendo con fingida indiferencia.

—Mi papá tenía terribles dolores de cabeza que lo dejaban ciego —siguió la joven, al parecer ansiosa por contarle todo—, y después de que mi mamá se casó con él empezó a curarse, pues visitó a un médico homeópata, según me contó ella, un doctor… —y Juliana intentó recordar el nombre con el ceño fruncido.

—Un matasanos, de seguro. Todos los doctores le encuentran a uno algo y terminan enfermándonos.

Juliana rio, una risa que a los oídos del mozo de cuadra sonó como la vertiente de un arroyo fresco.

—Cuídese mucho, señorita Balcarce, no tiente al demonio, que anda suelto aun en Navidad.

Juliana se acomodó sobre el lomo de la yegua con absoluta confianza.

—¿Será que usted anduvo por las “salamancas” de mi tierra? —le dijo, chusca.

A ella le divertía hablar con Tony Tim, le traía dulces remembranzas del país del Plata.

Lo dejó a la puerta del establo, mirándola con cara de pocos amigos y los brazos en jarras. Hasta que desaparecieron en la bruma, él se mantuvo con las piernas separadas, masticando una brizna de heno y murmurando maldiciones.

El cielo amontonó nubes grises sobre las colinas, pronosticando el mal tiempo que acababan de anunciarle. Para Juliana aquello no era óbice en sus propósitos. Cabalgar alrededor de Amherst, incursionar en el bosque y aspirar su aroma mentolado, no debería traerle ningún problema. Además, era una diestra amazona. Había saltado por sobre los cercos de pitas de El Duraznillo cientos de veces sin que nadie supiera. Nadie salvo Dolfito, que reía con esa risa hacia adentro que pocas veces dejaba entrever.

En ese tiempo navideño, la nostalgia por la casa familiar y las rencillas con sus hermanos varones, o las visitas de las amigas de su madre, bulliciosas como niñas que compartían secretos, se hacía sentir con más fuerza. Durante el tiempo escolar, mientras acudía a las clases y departía con sus compañeras, aquella añoranza se soportaba mejor.

La decisión de quedarse junto a su abuela para estudiar en el Mount Holyoke, el mismísimo colegio adonde había acudido en su tiempo la poetisa Emily Dickinson, había sido suya, no podía culpar a nadie. Su madre casi se desmayó al escucharle decir que se quedaría con *Granny* cuando ellos volviesen a Buenos Aires porque tenía pensado ser médico y aquel colegio de señoritas era una buena base para empezar. No hubo modo de convencerla de que a lo mejor, quizá, en la Argentina encontrase la oportunidad de encarar el oficio de

enfermera, o de ayudante de médico.

“No y no, acá es donde las mujeres se preparan en las profesiones, mamá, siempre lo dijiste.”

Le arrojó a la cara sus propias palabras y Elizabeth O’Connor, la maestra bostoniana que había dejado todo para emprender la loca aventura de enseñar en las lejanas pampas del sur, no pudo impedir que su hija decidiese su futuro, así como no hubo fuerza sobre la tierra capaz de disuadirla a ella de viajar a la Argentina, en una época en que la vida era aún más salvaje que en esos tiempos.

Juliana no se arrepentía de la decisión tomada. Estudiaría en el colegio de Amherst, y al terminar vería si le convenía intentar una especialización en el hospital femenino de Boston, o regresar a su país en procura de convertirse en la pionera de la medicina.

Esto último parecía más acorde a sus ansias ilimitadas de aventura.

—Hace frío, bonita. ¿Qué tal si trotamos un poco? —susurró a la oreja de Pretty, que resoplaba y dejaba espirales de vapor flotando en el aire.

Desde allí se dominaba el Valle de los Pioneros, donde las montañas recortaban los límites del río Connecticut. Un panorama bello y triste debido a la blancura de la nieve y a la recogida soledad que inspiraba el paisaje helado. Nunca se acostumbraría del todo a los fríos del Norte, eran demasiado inhóspitos para alguien que adoraba vivir de cara al sol, sin importarle que brotaran pecas en su cutis de pelirroja.

Juliana contempló acodada sobre la montura cómo se encendían las lucecitas de las rústicas casas de campo, cuyos huertos de manzanos parecían trozos de tarta desde lejos. Aquel paisaje apacible era un cuadro bucólico. Hubiera resultado caótico que de pronto una avalancha cayese sobre el pueblo, o una tribu invadiese el valle lanzando alaridos de guerra. La mera idea le arrancó una sonrisa traviesa. Se moría por dar ella misma los alaridos, a ver qué pasaba con aquella gente acostumbrada a vivir sin sobresaltos. Suspiró y azuzó a Pretty para que descendiera por la suave pendiente de la colina donde se hallaban.

Otra Navidad. Un año ya desde aquel horripilante día que no conseguía arrancar de su recuerdo. La pesadilla de Wounded Knee lo asaltaba todas las noches puntual, como una cita del destino. Desde que regresó, no pudo hablar con nadie de lo que lo atormentaba. Salvo con Falcon, claro está, que durante su ausencia lo había esperado con terca fidelidad en el camino de entrada a la mansión. Sin faltar un día, según le contó Ismael, el único capaz de fijarse en un detalle como ése. A su padre le importaba un rábano el perro de caza, ni siquiera registraba su presencia junto al fuego en las noches de invierno.

Su padre.

Pariente del legendario barón de Amherst. Un parentesco colateral, por supuesto, ya que el barón no había tenido descendientes; aún así, era una prosapia que el viejo se empecinaba en destacar. Sobre uno de los muros entelados de la mansión del valle reinaba un cuadro gigantesco que mostraba al antiguo barón con su uniforme rojo de gala, la peluca blanca asomando bajo el sombrero de picos y una pose presuntuosa que sin duda revelaba el carácter de aquel hombre que había conquistado los territorios dominados por los franceses en favor de la corona británica.

Oh, sí, bien orgulloso estaba el viejo de su ascendencia militar heroica. Por eso despreciaba al hijo, en particular cuando supo que había colgado las botas para siempre.

“Indigno descendiente del barón”, así lo había llamado al saber la mala nueva. Ni siquiera quiso averiguar el motivo de su decisión. Supondría que era por flojera o cobardía. Muy propio de su padre anticiparse a pensar lo peor de él.

Muchas veces, durante su solitaria infancia, David había pensado que la distancia que ponía el padre entre ambos se debía a que su madre había muerto al darlo a luz. En su inocencia, el niño creía que la actitud del padre era a causa de la tristeza por un gran amor perdido. En su adultez comprendió que su padre no amaba a nadie.

—¿Qué hay, Falcon, qué ves ahí?

El grácil pointer estiró su cuerpo moteado y alzó la cabeza marrón con elegancia. Oteaba el aire sin mover un músculo.

—Algo habrás olido, viejo —murmuró él complacido.

Le gustaba caminar con su perro; el animal le brindaba una

compañía silenciosa y atenta, como si adivinase los turbulentos pensamientos de su amo y se convirtiese en guardián de ellos. Ismael estaba un poco celoso. A decir verdad, su antiguo camarada se parecía un poco a Falcon, era igual de fiel y callado, aunque David no podía asegurar que en su ausencia lo hubiese aguardado con tanto celo.

¡Hasta creyó que no volvería a verlo!

Ismael no quiso seguirlo cuando se alistó. Su negativa fue rotunda, y David entendía la razón. Los azules representaban para él la libertad perdida, el enemigo que irrumpió en su mundo de bosques y lagos repletos de peces, osos y alces. El ejército yanqui, heredero de aquel otro, el primero en arrebatar al pueblo huron la tranquilidad de su vida en la Confederación Wendat, la fantástica "tierra rodeada de agua", era todo lo que Ismael odiaba. Y la decisión de David de partir con el Séptimo de Caballería le había causado dolor y rabia. ¿Qué podía hacer él, sin embargo? Desde el principio supo que no cabía luchar contra la empecinada voluntad del padre, y creyó que haciéndose un nombre en el ejército el viejo lo dejaría en paz por fin. Había sido todo lo contrario. Jeffre y Amherst, sobrino en tercer grado del primer barón de Amherst, no se conformaba con menos que el rango de mariscal.

Falcon insistía en señalar con su postura rígida la presencia de algo en lo hondo del valle.

—No cejarás hasta que vaya a verlo —le dijo resignado, y emprendió el descenso.

La luz había menguado bastante, ya que en invierno anochecía pronto. David, con sus ojos debilitados por aquella herida fatal, apenas distinguía borrones entre los árboles. Esperaba que su perro estuviese seguro de su presa, pues él no alcanzaba a diferenciar un castor de un oso en esos momentos. La niebla se había condensado en la hondonada, gélido refugio de las ardillas que buscaban huecos en los troncos para esconderse. Tampoco las veía, de todos modos. David se ajustó los botones de su abrigo militar, más caliente que ninguna otra prenda, ya que estaba pensado para las penurias del campamento, y continuó bajando la cuesta, que de pronto se tornó empinada. Escuchó el ladrido excitado de Falcon en el preciso instante en que pisó en falso y resbaló sobre la nieve endurecida. Mientras rodaba por la pendiente, pensó en lo ridículo de perder la vida en un accidente

doméstico, cuando la había puesto en riesgo mil veces en las batallas y la vigilancia de la frontera india. Lo absurdo del destino casi le arranca una carcajada cínica. Como no veía casi nada, ignoraba en qué dirección estaba rodando, ni lo que le aguardaba abajo cuando llegara. Las rocas se clavaban en sus costillas, las ramas le arañaban el rostro, y un golpe contra algo muy duro lo sumió en las tinieblas de la inconsciencia. Se dejó deslizar hacia la oscuridad del dolor y la resignación. Dedicó un último pensamiento a Falcon, a su proverbial fidelidad que quizá lo atara al cadáver de su amo a costa de su propia vida.

Pretty cascoteó nerviosa.

—¿Qué pasa, linda? No hay nada —la tranquilizó Juliana, acariciándole el pescuezo.

La yegua desorbitó los ojos zarcos y resopló. Algo había. Juliana era paciente con los animales, siempre les daba tiempo para que expresaran su sentir, incomprensible para los humanos. Esa misma paciencia le daba frutos también con sus hermanos y hasta con Dolfito.

—Vamos, te llevaré de las riendas.

Desmontó y, tras rascar a Pretty entre las orejas, tomó un sendero que se abría paso entre matojos helados. La yegua la seguía, resoplando con inquietud. Podía tratarse de un animal del bosque; los caballos poseían un nervio siempre listo para tensarse, y era preferible no forzarlos. En lo alto, el viento silbaba entre las ramas desnudas, una sinfonía tenebrosa que le produjo escalofríos. Quizá conviniese regresar. ¿Cuántos minutos de luz quedaban? Ya casi asomaba la luna entre las nubes espesas. Tampoco quería sobresaltar a la abuelita. Bien sabía ella que todo ese tiempo se había contenido, reprimido sus deseos de recorrer más allá de la calle Amity y de Amherst, pues su amor y su consideración por la anciana le impedían hacer algo que la preocupase. Su mamá se afligiría si supiese que *Granny* padecía su compañía, en lugar de disfrutarla.

Un ruido distinto al de las ardillas correteando llamó su atención. Provenía de los arbustos que se amontonaban en el borde de la hondonada y que ella había evitado porque sus espinas podían lastimar el pellejo de su yegua.

—Quédate —le dijo con firmeza, y colocó una piedra sobre las riendas, segura de que ese mínimo peso impediría que Pretty huyese. Era dócil y la seguía adonde ella fuera.

Se arremangó la falda y caminó con cuidado de no rasgarse las medias con las espinas.

Casi tropezó con él antes de verlo.

Junto al bulto que yacía a sus pies, un espléndido perro de caza montaba guardia, los ojos amarillos fijos en ella, aguardando sus movimientos. Juliana actuó con prudencia. El animal parecía amistoso, pero estaba al lado de ese hombre desmayado, y ella no podía asegurar que no fuese para defenderlo de cualquier peligro. Dejó caer el ruedo de la falda y se agachó para ver de cerca el rostro. Vestía abrigo militar, aunque sus botas de piel eran finas, y no llevaba quepis sino un gorro siberiano. Sólo alcanzaba a ver su perfil, ya que había caído boca abajo, la cabeza torcida en su dirección. Era un hombre en su plenitud, con los rasgos marcados por el sufrimiento; podía advertirlo en las arrugas de las comisuras de la boca. Su nariz era aristocrática, y sus cejas, tupidas y oscuras, le permitían adivinar una cabellera espesa del mismo tono. Juliana sintió curiosidad por conocer el color de sus ojos. Como le decía siempre su madre, “el alma habla por los ojos”. No tuvo que esperar mucho. Antes de que pudiese intentar reanimarlo, aquellos ojos se clavaron en ella con frialdad inusitada. Era la mirada más helada que Juliana hubiese visto, y se detenía en la suya con una advertencia: “No se le ocurra tocarme”, parecía decir.

—¿Se siente bien? —articuló la joven sin mover un dedo.

El perro relajó su cuerpo al escuchar su voz, al tiempo que dejaba colgar la lengua, en franca simpatía con ella. Juliana se animó a dirigirle unas palabras.

—Bien hecho, amigo. Tu amo no podría haber tenido mejor custodia. Lástima que no pueda hablar, deberás contarme lo que le

sucedió. Si estaba cazando en el bosque, me temo que lo dejaré librado a la muerte del invierno. No me gustan los cazadores. Ahora, si estaba disfrutando del crepúsculo como yo, quizá lo ayude a levantarse.

David escuchaba el timbre de aquella voz cálida, sin estar seguro de si provenía de su mente o si existía en alguna parte a su alrededor. Sólo distinguía una mancha ante sus ojos, aunque la presencia de Falcon era un contacto cálido en su costado, y el jadeo del animal lo reconfortaba. No había muerto. Aún.

—¿Puede oírme, señor? Si me ayuda, quizá logre levantarlo. Se ha caído, puedo verlo en el estado de sus ropas. Mi abuela me aconsejó cuidarme de la nieve resbaladiza. Está visto que no tiene usted una abuela que lo prevenga. A ver, déjeme que lo dé vuelta, así.

No lo hubiese hecho. El hombre reaccionó con la rapidez del látigo y le aferró el brazo con su mano enguantada, que parecía una tenaza. Juliana dejó escapar un quejido, más que nada de sorpresa, y de inmediato se libró del agarre.

—Es usted un desconsiderado, a diferencia de su perro.

Falcon olisqueaba a Juliana con ánimo juguetón y lamió su mejilla, como disculpándose por la grosería de su amo.

—Iré por ayuda, es todo lo que haré. Y que se arreglen los que vengan después de mí.

La joven se puso en pie y se sacudió la nieve que Falcon había echado sobre su falda.

—Espere.

La voz del hombre sonó cascada. Tal vez tenía afectado el tórax, pensó Juliana, que estaba familiarizada con los términos médicos.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy?

La joven volvió a inclinarse sobre él y escudriñó su rostro para comprobar si hablaba en serio. Podía haber perdido la conciencia por un instante y sufrir confusión.

—Soy una estudiante del seminario y estamos ambos en el valle de Amherst. ¿Usted vive lejos de aquí?

David cerró los ojos con fuerza para aclarar la visión, que seguía borrosa. El doctor del regimiento le había vaticinado ceguera a largo plazo, y a veces él prefería que sobreviniese de una vez, porque aquella nebulosa lo sumía en mayor incertidumbre acerca de lo real.

—Póngase de modo que pueda verla, no distingo bien.

Recién entonces Juliana reparó en que la mirada del hombre seguía fija en el mismo punto, pese a que ella se había movido. Podía ser un miope que había perdido sus lentes en el accidente, o bien que un mal golpe le hubiese provocado ceguera momentánea. Era algo posible. Puso ante aquellos ojos grises su mano y la movió en distintas direcciones.

—¿Ve mi mano? Trate de seguirla.

El herido compuso una mueca de sufrimiento que diluyó el resentimiento inicial de Juliana. Era un hombre afectado por algún mal, pasajero o permanente, que necesitaba compasión y ayuda, y ella se las brindaría.

—No se aflija, ya volverá la vista, suele suceder que los golpes nos atontan. Intentaré girarlo para que pueda aferrarse a mí e incorporarse. Tengo una monta, así que podré llevarlo adonde me diga.

—Déjeme, señorita, no se preocupe. Esto me pasa por seguir a mi estúpido compañero, que creyó ver una presa en el fondo del valle. Debería ahorcarlo.

A pesar de las palabras, Juliana detectó en el tono el afecto que ligaba a ese hombre con su perro, de modo que no las tomó en serio.

—Ya lo castigaremos a su debido tiempo. Ahora escuche, necesito que ponga todo su empeño en darse la vuelta, para que pueda sujetarse de mi cuello con ambos brazos. David suspiró, resignado. Había dado con una samaritana a la que no conseguiría sacarse de encima. Tendría que hacer lo que pedía, para que se fuera de una vez. Le dolía el hombro y quizá tuviera fisurada una costilla. Nada grave. Si por él fuera, seguiría tendido allí en la nieve hasta perder el conocimiento. Era una forma dulce de despedirse de una vida despojada de atractivo. Intentó volverse, y con sorpresa notó que lo hacía con facilidad; aquella muchacha sabía cómo moverlo, no hacía esfuerzos en vano. Al quedar boca arriba, observó el cielo con alivio. Eso sí podía verlo, retazos de gris entre los árboles.

—Muy bien. Ahora, sujétese de mí.

La joven le levantó los brazos y rodeó con ellos su cuello. De haber estado en otra posición, David se habría horrorizado al comprobar que ella no tenía vergüenza de colocarse a horcajadas sobre él para lograr su cometido.

Su perfume delicado lo invadió, le resultó tonificante, como la verbena o el bambú.

—Estupendo, ya estamos mejor que antes. ¿Le duele la cintura?

Se encontraba sentado a un palmo de un rostro coronado de rizos y unos ojos de color imposible. ¿Dorados?

Juliana resopló. Aquel hombre era grande y fuerte. Gracias a su colaboración pudo sentarlo, no fue un peso muerto para ella; sin embargo, el esfuerzo había sido agotador.

—Un empujón más, y podrá subirse a lomos de Pretty. Ella es de andar suave, no le causará ninguna molestia.

—Déjeme, ya puedo arreglármelas.

Otra vez el poco caballeroso trato. Juliana se armó de paciencia.

—Mire —le dijo en un tono de autoridad materna—, no prolonguemos esta situación o me veré perjudicada. Mi abuela me espera para la cena, se sobresaltará si no llego. Además, hace un frío de mil demonios. Ni su perro ni mi yegua merecen que los hagamos padecer. Si no lo hace por usted, hágalo por los demás.

—¿Quién es usted?

—Ya se lo dije, una estudiante de Mount Holyoke que vive con su abuela en Amity St. Faltaría saber quién es usted, para llevarlo hasta su casa.

—No le gustaría saberlo, créame.

—¿Por qué no? ¿Es un asesino?

La chanza endureció las facciones de David, al punto de causar escozor en Juliana. Ella no sabía nada de ese hombre apuesto y fiero, salvo que le costaba ver con claridad. Y eso no era mucho para definirlo. Confiaba más en su perro, que en ese momento husmeaba

alrededor de Pretty, intentando entablar amistad. La yegua bufaba.

Un remolino de viento abatió la nieve que colgaba de los árboles.

—Vamos —lo apuró ella, para dar el paso definitivo.

Con dificultad consiguieron llegar hasta Pretty y, con mayor esfuerzo aún, pudo David poner un pie en el estribo y quedar colgado a través, como un fardo.

—Si va de esa manera, llegará aún más dolorido.

—Suba usted conmigo, no la dejaré de a pie.

—El que está lastimado es usted.

—¡Suba!

David consiguió enderezarse, pasar la pierna al otro lado y tomar las riendas. Luego tendió la mano hacia la joven que lo miraba desde abajo, dudosa. Él no sabía si dudaba en cabalgar pegada a él, o si temía que fuera demasiado peso para la hermosa yegua.

—El camino es corto —la tranquilizó—. Vivo al otro lado, en la mansión del valle.

Juliana ahogó la sorpresa mientras montaba delante del hombre. Los fuertes brazos la rodearon y sacudieron las riendas con eficiencia.

—Guíeme, señorita enfermera, sea usted mis ojos. No confío en los míos a estas horas.

Fueron al paso, como le gustaba a la abuela, con el perro brincando a uno y otro lado de Pretty, soltando ladridos cortos de alegría.

La mansión del valle se alzaba como un castillo por encima de la cúpula de la iglesia de Amherst, de su bosque de robles y hayas y de los tejados de pizarra. Juliana la había avistado de lejos incontables veces, e imaginado la vida de sus moradores como la de un cuento de hadas, rodeados de sirvientes y niños correteando por sus jardines, o gozando de tardes de té en el invernadero. Su abuela nunca le

mencionó nada acerca de los habitantes del castillo, si bien era cierto que no hacía tanto que compartía sus días con ella.

En aquel atardecer invernal, la mansión lucía despojada de encanto. El jardín que la rodeaba no estaba muy cuidado ni ostentaba muñecos de nieve fabricados por niños. Tampoco se veían coronas de muérdagos entre los pilastres de la entrada, ni un árbol de Navidad titilante tras los cristales, como en la mayoría de las casas de Amherst. Era una mansión victoriana de tres plantas, porche redondo con ventanales estrechos, cúpulas de reminiscencia oriental, un altillo y una curiosa torre aledaña que hacía pensar en pasadizos secretos y fosos profundos. Los muros de ladrillo ofrecían un contraste con las casas de madera del valle y le daban el aspecto de fortaleza preparada para resistir al tiempo y a los enemigos.

David percibió el silencio sorprendido de su acompañante.

—¿Le gusta? No tendré abuela, pero tengo un padre que ama vivir aislado aquí.

—¿Él solo? —atinó a decir Juliana.

—Conmigo.

La lacónica respuesta dejaba muchas preguntas sin responder.

Antes de que el hombre lograra desmontar, ella ya lo había hecho y corría en dirección al porche en busca de ayuda para aquel desdichado. Además de estar maltrecho y ver poco, vivía solo con su padre en un caserón habitado por los recuerdos. Que ella suponía malos, dada la falta de espíritu navideño de sus propietarios.

Golpeó la aldaba sin prestar atención a los epítetos que adivinaba desde lejos.

—Maldita mujer —decía David, arqueado de dolor al intentar deslizarse por un costado de la yegua. Tenía la costilla fisurada, eso era seguro.

Mientras él forcejeaba con su propia torpeza, la puerta se abrió y otro hombre, más siniestro aún, se presentó ante Juliana. Alto y nervudo, vestía camisa blanca suelta, pantalones de ante y un chaleco de piel. Llevaba botas y un curioso aderezo alrededor del cuello. Aunque su pelo estaba bien cortado, poseía algo incivilizado que a la joven le hizo recordar las historias de “malones” que le contaba su padre. Cuando su mirada le llegó al rostro, Juliana casi retrocedió un

paso. Los ojos estaban enmarcados por un sinnúmero de cicatrices. Podía decirse que aquel sujeto era una cicatriz viviente, ya que a ella se le antojaba que también su cuerpo debía de estar surcado por aquellos estigmas, muestrario de una vida de peligros y sufrimientos.

El hombre miró por encima de su cabeza hacia donde David seguía intentando desmontar con decoro, y un atisbo de sonrisa le torció la boca hacia un lado.

—El señor… —comenzó Juliana, y se detuvo incómoda al advertir que nunca le había exigido una presentación formal— tuvo un accidente al rodar por la cuesta. Creo que a causa de eso no ve con claridad.

Ismael paseó su mirada oscura por aquella silueta encantadora, que podía adivinar a pesar del grueso abrigo, y sobre todo degustó el sonido de su voz, femenina pero dotada de energía, no como las vocecitas chillonas de algunas mujeres que él conocía.

Su amigo se las había ingeniado para provocar piedad en una dama.

—Iré por él —contestó con sencillez, y echó a andar el trecho que los separaba de Pretty.

Juliana se quedó allí, indecisa acerca de lo que debía hacer; si se esperaba que ella se marchara una vez que aquel hombre entrase a su casa, o si correspondía presentar sus respetos al padre y decirle que su hijo estaba herido y que convenía ver a un médico. ¡Ojalá estuviese ella ya en carrera y pudiera servirle de ayuda!

La respuesta llegó en forma de orden intempestiva.

—¡Cierren esa puerta! O entran, o salen.

La voz potente y malhumorada no dejaba opción. Juliana entró, sacudiéndose la nieve de las botas en el felpudo, y miró en derredor, buscando al portador de aquella orden.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa?

En el rellano de la escalera que conducía al primer piso, un viejo se aferraba al barandal con tanta fuerza, que sus nudillos se habían puesto blancos. El anciano debía de haber sido imponente en su juventud, pero a esas alturas el cabello se le pegaba a la cabeza y sus ojos diminutos y claros poseían la dureza del diamante. Desde

donde ella estaba, en el vestíbulo, podía percibir el disgusto con que recibía la interrupción inesperada.

Dio un paso en su dirección.

—Señor, me llamo Juliana Balcarce y vengo acompañando al joven que vive aquí. Ha tenido una mala caída y temo que deberá consultar a un doctor.

—¿David se cayó?

Juliana paladeó el nombre de su paciente, que escuchaba por primera vez.

—Debe de haber pisado en falso, sin duda. La nieve es resbaladiza —dijo, remedando a su abuela.

—Vaya, qué conclusión brillante. Los jóvenes de hoy podrían obtener premios a la estupidez.

La joven supo de inmediato de dónde heredaba el hombre llamado David su mal talante.

—Entonces me retiro a mi casa, señor. No me agradezca el tiempo que perdí escoltando a David no sé cuánto, porque no es necesario. Estamos en víspera de Navidad, y toda buena acción es bienvenida. Que tenga usted buenas noches.

—Amherst.

Juliana se detuvo en seco.

—¿Decía usted?

—Jeffrey Amherst III es mi nombre y mi hijo, el joven baldado que usted acompañó, es David Malcolm Amherst, descendiente en línea colateral del primer barón de Amherst.

¡Así que aquella gente descortés estaba ligada al nacimiento del pueblo! Serían tan orgullosos de su estirpe que no se daban con nadie más, y considerarían un atrevimiento que alguien del llano entrase a su casa. Quizá necesitasen algunas lecciones de vida republicana para que se les bajaran los humos. Por lo que ella sabía, en los Estados Unidos no había títulos de nobleza, como no los había tampoco en el Río de la Plata, mal que le pesara a algunos.

Hizo una burlona reverencia.

—Mis respetos, señor. ¡Feliz Navidad!

Casi se llevó por delante a David, que cruzaba el vestíbulo apoyado en el hombro de Ismael. Ambos contemplaban la escena con diferente expresión. David parecía horrorizado y su compañero, divertido. Los esquivó con toda la gracia que pudo y salió de aquel falso castillo encantado hecha una furia. Si hubiese tenido un látigo, lo habría restallado en la nieve, para que su chasquido le dijese a esos inadaptados lo que su garganta no había podido decir.

Luchaba por poner su pie en el estribo cuando la sorprendió una voz apagada detrás de ella. El hombre de las cicatrices se encontraba tan cerca, que podía percibir el hálito de sus palabras en el aire helado.

—No se ofenda, señorita.

Juliana lo encaró con aire majestuoso.

—¿Lo han mandado para disculparse?

Él sonrió de nuevo, esa vez con cierto cinismo.

—No preciso de órdenes para saber cómo actuar. Mi amigo está muy golpeado, y su padre… Bueno, el viejo siempre ha sido así, no sabe actuar de otro modo.

—¿Es un excéntrico?

Ismael la volvió a contemplar con atención. La joven era resuelta y muy hermosa. A pesar de su atuendo sencillo, se traslucía su condición de dama educada de buena familia, y sobre todo, un atisbo de originalidad que a él le resultó atrayente.

—Es un viejo amargado.

Juliana no esperaba una respuesta tan tajante.

—Entonces, vive solo con su hijo. Y con usted.

—Vive solo. David ha regresado hace poco del frente de batalla en la frontera, y ambos están intentando adaptarse a la convivencia. En cuanto a mí, voy de aquí para allá. David y yo somos viejos amigos.

Juliana encontró singular que aquel hombre tuviese amistad con el apuesto soldado herido, ya que no parecían provenir del mismo

ambiente, pero no observó nada por prudencia.

—Me llamo Ismael —le dijo con otra de sus extrañas sonrisas, y le tendió su mano.

Juliana la estrechó y pudo percibir la fuerza que emanaba de ese cuerpo fornido.

—Como le dije al señor antes, soy Juliana Balcarce y vivo con mi abuela en Amity St.

—Pero no es de aquí.

—¿Cómo lo supo?

—Su acento. Y el color de su piel. La gente de acá es blanca, muy blanca —la joven creyó advertir un tono de repudio en la aclaración.

—¿Le parezco morena?

—Me parece dorada, señorita Balcarce.

Juliana se descubrió sonriendo ante aquella afirmación, y el hombre le correspondió.

De pronto, ella supo que no era correcto mantener aquel diálogo con un desconocido del que ni siquiera sabía el apellido y mucho menos sus intenciones, y se apresuró a despedirse.

—Dígale a su amigo David que le deseo mejoría, y una feliz Navidad.

—¿Por qué no lo visita mañana y se lo dice usted misma?

—No estoy segura de ser bienvenida en la casa.

—La estoy invitando, y mi amigo estará de acuerdo. Somos dos contra uno —respondió con soltura Ismael, aludiendo al viejo señor con total descaro.

—En ese caso… —y Juliana dejó en el aire la respuesta, adrede.

Montó con destreza y antes de azuzar a Pretty, escuchó que el hombre de aspecto siniestro decía:

—Hermosa yegua.

Ella se lanzó al galope con las orejas ardiendo de vergüenza. Le había parecido que aquel comentario llevaba mala intención, pero no se hubiera arriesgado a retrucarle sin estar segura.

Al dejar atrás la mansión del valle recuperó su confianza, y el frío nocturno le devolvió la serenidad.

—¿Sabías que el castillo del Valle de los Pioneros estaba ocupado, abuelita?

Era bueno tener un hogar cálido y afectuoso al que retornar, no como el de aquel pobre soldado que debía soportar a un padre malhumorado que ni siquiera se alegraba con la presencia del hijo.

En la casa de Amity St., en cambio, se palpaba la Navidad. Su abuela había tejido preciosas botas coloridas para colgar de la chimenea, y la señora Pip usó la lana restante para sujetar piñas y bellotas en las cortinas. El cotilleo de ambas mujeres fue un bálsamo para el corazón palpitante de Juliana. Mientras arrojaba piñones al fuego, aguardaba con paciencia a que Emily respondiese.

La anciana parecía concentrada en dirigir la receta de la tarta de ciruelas.

—¿Qué decías, hija mía? —contestó al fin.

—He visto a los propietarios del castillo, el anciano y su hijo.

—Bueno, no es raro, ya que viven ahí desde que tengo memoria. Y por cierto, no es un castillo sino una casa. Grande, eso sí.

—¿La conoces? Quiero decir… ¿Fuiste invitada alguna vez?

—Cuando joven, hace tanto ya que ni recuerdo. Ellos no suelen invitar a nadie.

—¿Ni siquiera en Navidad?

—Especialmente en Navidad. Detestan las fiestas.

—Qué gente más horrible.

—Tendrán sus razones. Sus vidas no han sido muy felices.

—El joven heredero parece desdichado, tienes razón, *Granny*.

Emily le dirigió una mirada fugaz.

—¿Lo has conocido?

Juliana relató su encuentro con David Malcolm Amherst con tanto énfasis, que su abuela se la quedó mirando.

—Veo que ese muchacho te ha impactado. Ha de ser un hombre hecho y derecho.

—Según me contó su amigo Ismael, acaba de volver del frente. ¿A qué guerra se refería?

La anciana sacudió la cabeza con tristeza.

—Siempre hay pelea en algún lado. Supongo que habrá partido para proteger a los pioneros que cruzan territorio indio hacia el oeste. ¿Dices que está herido?

—Me preocupa que tenga secuelas, porque al parecer no ve con claridad. Llevaba un gorro de piel que le cubría hasta las orejas, no pude apreciar ninguna herida. Fue un buen golpe el que se dio, aunque no sé si es para tanto.

—Quizá haya vuelto de la frontera con algún tipo de daño invisible.

—Una vez más tienes razón, *Granny*, no lo había pensado. Claro que él no me contó nada de su vida. Al igual que su padre, parece más bien hosco. ¿No habrá ninguna mujer en aquella casa?

La abuela pareció molesta con la observación.

—Vaya una a saber. Las vidas de puertas adentro son terreno vedado para los de afuera.

—Iré a visitarlo mañana si no te parece mal. Ismael, es decir, el amigo del soldado, me sugirió que lo hiciera para desearle feliz Navidad.

—Para eso están las tarjetas —fue la respuesta hostil de la anciana, que sorprendió a Juliana.

—Aun así, me siento responsable de su salud por haberlo ayudado hoy. Una regla que aprendí es que a las personas heridas no se las debe mover hasta estar seguros de lo que tienen. Si se rompió algo…

—Querida, sé que tienes natural inclinación por curar hasta a las ardillas, pero mantente lejos de los vecinos irascibles. El viejo Amherst tiene mala fama por aquí. No me perdonaría si sufrieses una ofensa. ¡En la víspera de Navidad!

El fuego arrancó destellos a los ojos de Juliana, tan enigmáticos como los de su padre, que habían atrapado el corazón de su madre para siempre. Emily sintió en los huesos un estremecimiento al escuchar la respuesta de su nieta:

—Es en Navidad cuando debemos ser más solidarios que nunca, *Granny*. Te prometo que no le daré oportunidad de hacer ningún berrinche a ese hombre insoportable. Es al hijo a quien deseo visitar.

La anciana suspiró. Era lo que tanto temía.

2

Bajo la luz amarilla de la farola, un grupito de niños entonaba villancicos con sus vocecitas agudas y algo desafinadas. Los dirigía una niña mayor que movía los brazos como un director de orquesta mientras miraba hacia uno y otro lado, esperando ansiosa algún público. Bufandas y gorros uniformaban su aspecto, y varios entre ellos tenían los guantes recortados para poder mover mejor los dedos al recoger las dádivas.

Juliana se acercó y revolvió en su bolsillo, reuniendo las monedas que le quedaban. Como le pareció poco, completó su ofrenda con trozos del budín que llevaba a la mansión del valle. Los rostros escarchados sonrieron felices, y por un rato el aire helado de la tarde se vio privado de sus voces.

Juliana había pedido a Tony que preparara a Pretty temprano, para que la visita no la sorprendiese al anochecer. Quizá el anciano malhumorado se encontrara durmiendo la siesta para entonces. Emily no aprobaba que fuera al castillo, como Juliana se empecinaba en llamarlo, y ella no deseaba contrariarla en Navidad, pero era cierto que la abuelita poseía un carácter terco, como lo probaba su insistencia en regresar a su pueblo a morir, a pesar de la pena que causaba con ello a su única hija y a sus nietos.

La historia de *Granny* había sido triste. Viuda desde joven, debió someterse a la tiranía de su cuñado, un irlandés de carácter temible que no admitía réplica a sus designios. La necesidad obligó a Emily O'Connor a vivir sujeta a un hombre que administraba sus bienes y brindaba protección a la niñita que criaba, único recuerdo del hombre que ella había amado. Juliana sólo sabía que "el querido abuelo", como decía *Granny* al mencionarlo, provenía de un linaje de navegantes, pues sus ancestros se habían sostenido llevando pasajeros en sus botes de una isla a otra, surcando las tempestuosas aguas del Mar del Norte. Juliana había imaginado a ese abuelo como un marinero de barba, patillas hirsutas, gorra de capitán y una pipa siempre humeante. La única fotografía que le mostraron la desilusionó un poco. El querido abuelo no fumaba en pipa ni hacía gala de ninguna barba patriarcal, sino que tenía el aspecto de un cantinero alegre, bebedor de cerveza y contador de historias. Ya de pequeña, cuando le comentó a su madre su parecer, Elizabeth suspiró al decirle:

—Sólo puedo decirte que mi padre era un buen hombre, pero

que no tuvo suerte en el reparto de bienes, aunque él jamás se quejó de nada. Ojalá lo hubiese podido disfrutar más tiempo y ustedes lo hubieran conocido.

De aquel malencarado tío O'Connor nunca obtuvo referencias, y Juliana entendió que su recuerdo no era grato, ni para la madre ni para la hija. Sabía también que Emily había tomado la decisión de volver a Amherst porque, según su corazón, el espíritu del esposo la llamaba para que por fin descansasen juntos en la tierra que los había reunido y donde ahora reposaban sus huesos.

La opinión de Tony Tim sobre aquella excursión no se hizo esperar.

—Más le conviene visitar a los vecinos de este lado, niña, que por lo menos agradecen lo que se hace por ellos. El viejo Amherst bien puede echar raíces, que no movería un dedo por él. ¡Ni en Navidad! Que Dios me perdone —agregó, al ver la expresión reprobatoria de la joven.

Tanta animadversión hacia los descendientes de los pioneros de aquel pueblo le resultaba llamativa. Ella nada sabía de los antepasados del soldado David, pero si la gente de Amherst odiaba a los últimos representantes de aquella estirpe, algo muy malo debían de haber hecho. Se avergonzaba un poco de no estar al tanto de la historia nacional. Quizá Ismael, que no llevaba su sangre, pudiese sacarla de su ignorancia.

De nuevo la visión del castillo le resultó triste en una época en que las casas se engalanaban para recordar el nacimiento del Salvador. Sin luces de colores ni guirnaldas festivas. ¿Cómo podían conjurar el frío del invierno? Imaginó que tampoco habría dulces aromas de tartas ni alegre crepitar de bellotas asadas en el fuego. Aunque ya no hubiera niños, la Navidad poseía una magia que devolvía la infancia a los corazones.

Muy duro debía de ser el del señor del castillo para no conmoverse ni siquiera en esa época.

David murmuraba por lo bajo, fastidiado por la inmovilidad a que lo condenaba la faja con que su amigo había insistido en vendarle la costilla. El dolor era intenso, por lo que se hallaba rígido en un sillón de alto respaldo situado frente a la ventana. Desde allí

dominaba el valle, sus bosques de ramas desnudas y el lejano resplandor de las casas del pueblo. En ellas se encontrarían reunidas las familias, preparando pasteles y confituras. Muchos habrían viajado desde otros estados buscando el refugio de amorosos brazos, anhelando estrechar al hijo pródigo o al nieto que quizá aún no habían conocido. Podía imaginar las conversaciones tumultuosas, los ojos titilantes de lágrimas contenidas, la fascinación de los niños ante las medias rebosantes de regalos en la chimenea. Eran emociones que jamás había experimentado. Y era probable que no las conociese nunca.

En algún momento de su vida, la cercanía de una mujer le hizo soñar con momentos similares, pero aquel noviazgo se deshizo cuando su padre supo que la familia de la joven heredaba la sangre de sus enemigos en la historia familiar. El viejo había sido sutil en sus insidiosos comentarios; al principio nadie advirtió la enemistad, hasta que llegó el pedido de mano y entonces el orgulloso Jeffrey Amherst III descargó todo su veneno, insultando hasta a los ancestros de la novia, provocando la airada reacción del futuro suegro, que retiró su venia al matrimonio. Cosa curiosa, David se sintió en cierto modo aliviado, pues con el transcurso del tiempo entendió que su cariño hacia Alice Queenland no era tan sólido como debería serlo en un esposo. A los pocos meses ella se comprometió con un promisorio joven de Harvard y él admitió que su padre, sin imaginarlo, le había hecho un favor.

Después desfilaron por su cama muchachas de diversa moral de las que el viejo nunca supo, o bien no quiso saber. Su vida en el ejército también estuvo endulzada, y conoció incluso la suavidad de las mujeres nativas, que se acercaban desde las reservas en busca de raciones y sucumbían a la seducción de los que, como él, no las consideraban inferiores.

Todo eso era agua pasada. Ya no habría pieles morenas que ofrecieran su aroma silvestre a sus caricias, ni esperaba otras que lo sacasen de su apática existencia. Su pensamiento recayó de pronto en la muchacha samaritana que tanto se empeñó en llevarlo a casa. Recordaba algo impactante en su rostro. ¿Qué era? Los ojos, sí, de increíble color dorado, como las hojas de roble que danzaban en el aire crepitante del otoño.

—Como los tuyos, viejo —dijo a Falcon, que apoyaba su quijada en la pierna del hombre y le lanzaba miradas furtivas para animarlo.

—¿Hablando solo?

Ismael se acercaba por detrás, silencioso según su costumbre.

—Si un día quisieras asesinarme por la espalda, podrías hacerlo sin problema —refunfuñó David sin mirarlo siquiera.

—Eso me reconforta.

—¿Qué anduviste haciendo?

—Nada especial. Investigué un poco por mi cuenta.

El indio palmeó la cabeza del perro y se acuclilló a los pies del sillón con aire pensativo.

—Quién lo diría, la pequeña enfermera vive en una casa cercana en compañía de una anciana y su criada —comentó.

—¿La estuviste espiando? —saltó David, clavando en el amigo sus ojos grises con dureza.

—Qué otra cosa mejor puedo hacer, con este clima. Es tarde para emprender el viaje a mis tierras. Y no sé qué podría encontrar en ellas.

David guardó silencio. A menudo se sentía en deuda con su amigo, que había perdido mucho más que él cuando su gente se vio obligada a recluirse en Oklahoma, después de que los colonos se apropiaron de sus tierras. Era una historia repetida, mas no por eso menos cruel en el recuerdo de los hurones. Su pueblo había sufrido primero las Guerras del Castor a manos de los iroqueses de la Casa Larga, sus sempiternos enemigos, para después caer bajo la persecución de los colonos norteamericanos, cuando la Confederación de Wendat decidió tomar partido por los británicos. David suponía que su padre soportaba a Ismael sólo por aquella decisión de sus ancestros a favor de la corona inglesa.

Así y todo, raras eran las ocasiones en que le dirigía la palabra.

—¿Y qué más supiste? —preguntó a su pesar.

Ismael ocultó su sonrisa al responder:

—Viene de un país lejano, para estudiar. Se queda con su abuela porque teme que muera sola. Su familia es renombrada allá.

—No perdiste el tiempo, ¿eh? Una joven como ella tendrá pretendientes, acá o allá. Supongo que averiguaste eso.

De nuevo Ismael tuvo que contener su júbilo.

—Pues sí, alguno hay. No sé si ella le dará alas.

—¿De quién supiste tanto? —farfulló David.

—Tengo mis contactos.

—No me fastidies.

—El cuidador de su yegua es amigo mío desde hace tiempo. Suelo pasar con él muchas horas compartiendo el antiguo conocimiento. Me contó que la joven tiene planeado estudiar medicina, aunque él lo ve difícil.

—¿Y quién es él para decirlo? Que la muchacha haga lo que quiera, que se case con su pretendiente o se dedique a poner vendas, lo mismo da.

—No te ofendas, viejo, sólo digo lo que me cuentan. Contigo hizo buen trabajo; llegaste entero después de caer rodando por la pendiente. Y no sé si no te habría colocado la venda mejor que yo. Lástima que tu padre la ahuyentó.

—¿Lástima? ¿Es que esperabas verla de nuevo?

La furia de su amigo era un verdadero bálsamo para Ismael, que no soportaba verlo entregado a la desdicha ni resignado a sobrevivir. Si conseguía acicatearlo lo suficiente, lograría restablecer el antiguo espíritu de su compañero de andanzas. Él entendía que el sufrimiento del joven Amherst provenía de un desencanto profundo, que era su esencia la que había enfermado, no sus ojos ni su costilla, pero no podía decírselo, pues lo negaría rotundamente y se encerraría aún más en su mutismo. La aparición inesperada de aquella joven le dio esperanzas. Quizá fuese la medicina que la Luna del Roble le enviaba a David. Estaría atento, para poder ayudarla.

—¿Fuiste capaz…?

El tono de incredulidad de su amigo lo devolvió al presente. A través de la ventana, vio lo que causaba tanto asombro en David. La muchacha estaba subiendo los peldaños, enfundada en su abrigo marrón, cargando en sus brazos un paquete que intentaba mantener en equilibrio.

Ismael se apresuró a abrir la puerta antes de que ella pudiese golpear el llamador.

—Ha venido —la saludó con una inclinación de cabeza.

Juliana sonrió, feliz de verlo a él en lugar del anciano gruñón. Temía causar algún disgusto que llegase a oídos de su abuela.

—¿Cómo está su amigo?

—Juzgue por usted misma —y el indio hizo un amplio ademán para invitarla a pasar.

La visión de David inmóvil junto a su perro, envuelto en el resplandor del fuego y con el semblante endurecido, la afligió. Las marcas alrededor de su boca y de sus ojos hablaban de sufrimiento, un dolor que se arrastraba desde temprana juventud. La mirada gris, tan helada el día anterior, le resultaba ahora lastimosa. Sin embargo, él hizo lo posible por parecer duro e insensible.

—¿Qué busca usted aquí? —le espetó.

—Puede verme bien, sabe quién soy.

—No estoy ciego.

—Ayer tenía la vista borrosa, ¿lo recuerda? Quizá a causa del golpe.

Falcon intercedió por su amo saliendo al encuentro de la joven con el rabo alzado.

—Su perro me recuerda bien —dijo ella mientras lo rascaba entre las orejas.

—También yo, no sufro de insania ni reblandecimiento cerebral.

—Qué bueno. Veo que lo han vendado. Se fisuró la costilla, entonces.

Juliana se acercó con aire solícito para verificar el estado del paciente y David hizo un gesto de desagrado que le provocó una punzada dolorosa.

—No se mueva, es fundamental el reposo para soldar el hueso.

El gruñido del hombre no la amedrentó. Si bien no se atrevió a tocarlo, se acercó lo suficiente para constatar la eficacia de los primeros auxilios.

Luego miró a David con seriedad.

—Es el vendaje de un experto, yo no podría haberlo hecho mejor.

Él contuvo el aliento ante aquella mirada hechicera a la que no lograba acostumbrarse.

De repente Juliana recordó que aún llevaba el paquete en sus brazos.

—Tenga —dijo, mostrando el contenido a Ismael, que guardaba prudente distancia—, es un regalo de mi abuela, que no cesa de cocinar en estos días. Creo que podríamos alimentar a todo Amherst con lo que ella y la señora Pip han hecho.

Un poco turbado ante aquel obsequio imprevisto, el indio tomó en sus manos el paquete que desprendía un aroma delicioso y una duda subió a sus ojos negros.

—Llévelo a la cocina —aclaró ella, entendiendo el mensaje— y cúbralo con un lienzo para protegerlo. ¿Tienen cocinera aquí?

La pregunta podría haber sonado indiscreta para otros que no fuesen dos hombres solitarios azorados ante la desenvuelta presencia de una joven encantadora.

—El servicio sólo viene hasta el mediodía. Después nos dejan en paz.

La respuesta de David parecía tener un doble sentido que no escapó a Juliana.

—Ah, entiendo que no puedan ofrecerme una taza de té, entonces.

—Un momento, señorita. Aguarde usted aquí.

Ismael salió a la disparada con el budín, tras dirigir una mirada asesina a David, y Juliana no supo si debía sentarse o esperarlo de pie, sin sacarse el abrigo ni los guantes. Optó por acercarse al fuego, siempre seguida por el perro, que parecía eufórico, y se calentó las manos mientras observaba de reojo los detalles suntuosos de aquella casa que en su imaginación era un castillo, aunque ya no de hadas sino de espectros.

David mantuvo empecinado silencio. En su pecho ardía una brasa de furia al verse sorprendido por su amigo. Barruntaba algo al respecto, no era necio, y podía advertir que la muchacha había caído de visita como si la esperasen de alguna manera.

Eso, o era una reverenda descarada. Ninguna de las dos cosas le gustaba.

—¿Quién es el hombre del retrato?

La vocecita sedosa lo sobresaltó.

—¿De qué habla?

—Este hombre vestido de casaca militar, tan pomposo. ¿Quién es?

—El barón de Amherst, mi glorioso antepasado. Es raro que no lo conozca, este pueblo se llama así en su honor.

—Lo lamento, soy extranjera. Me gustaría saber más sobre la historia del lugar.

Una carcajada despojada de gracia resonó en la sala en penumbras, ya que a esas horas atardecía y nadie había encendido las lámparas.

—El primer Amherst fue nombrado comandante en jefe del ejército británico en América del Norte, y ganó a los franceses el territorio de Quebec y Nueva Francia en el Canadá. Tengo entendido que también conquistó la isla de Terranova, que en aquel tiempo era francesa. Eso le valió honores en Inglaterra, aunque no pudo evitar el descontento de los rebeldes colonos en América —recitó el joven, como si lo hubiese aprendido de memoria.

—Un hombre admirable —dijo Juliana, mirando la efigie realzada por el marco imponente de la chimenea.

—Y tuvo tiempo de aplastar revoluciones indias —intervino la voz de Ismael, que se hizo anunciar recién cuando estuvo entre ellos.

David le dirigió una mirada torva que él soportó con estoicismo.

—Siéntese, por favor, señorita.

Ismael arrastraba una mesita de té con ruedas, cubierta por un mantel que sobraba más de un lado que del otro, y un juego de tetera y tazas que no combinaban entre sí.

—¿Azúcar?

—Por favor, déjeme hacer los honores —dijo Juliana, quitándose a toda prisa el abrigo.

Sin nadie que los auxiliase en esos menesteres, no podía dejar que aquel hombre sirviese el té con sus manos toscas, mientras su anfitrión se mostraba grosero e indiferente. Con rapidez se adueñó de la situación, aunque no pudo impedir que Ismael rodase la mesa hasta topar las rodillas de David, con maliciosa intención. Un duelo de miradas precedió al servicio que Juliana ofreció con encanto femenino. Estaba acostumbrada a los tés en la casa de su madre, donde a menudo ayudaba a llenar tazas, servir terrones de azúcar, alcanzaba la cremera y se paseaba entre las invitadas ofreciendo *scons* en platitos de porcelana.

La taza casi desapareció entre las manos de Ismael, que no parecía saber bien qué hacer con ella, y cuando vertió el líquido en la de David, captó la mirada del hombre clavada en ella con suspicacia.

—Dígame si está a su gusto.

Fue una observación gentil sin ningún valor, que aquel soldado recibió como una afrenta.

—Nada es de mi gusto, señorita.

En el silencio incómodo que siguió, Juliana bebió de a sorbos su té, deteniéndose en pequeños gestos de cortesía que resultaban incongruentes en ese ambiente masculino y hostil. Cuando el reloj de la pared de piedra dio las seis, dejó la taza con delicadeza y se puso en pie.

—Creo que es hora de volver. Mi abuela me espera con ansias para que le ayude a coser retazos de tela y fabricar mantas para ofrecer a la parroquia. De seguro habrá niñitos que agradezcan un abrigo así en la mañana de Navidad.

—Conozco niños que lo hubieran necesitado, sí. Hubo una niña… —y David se detuvo, enajenado en un pensamiento que le petrificó el rostro.

—¿Hay una niña a la que usted desee ayudar? —inquirió Juliana, sin saber nada de lo que torturaba a aquel hombre.

Ismael, que tampoco sabía detalles de lo ocurrido en Pine Ridge, salvo que había cambiado para siempre el carácter de David, acudió en auxilio de la joven.

—Es hora de que se marche, señorita. Temo que se ha hecho de noche ya, y no confío en los caminos nevados.

La tomó del brazo y la condujo hacia el sillón donde reposaba su abrigo. La ayudó a ponérselo y con la misma eficacia la llevó hacia la puerta. Una vez que se hallaron sobre la alfombra del vestíbulo, bajó la voz para decirle:

—A mi amigo lo aflige una pena grande. Ha sufrido en la guerra y aún no se recupera. Confío en que su presencia lo anime un poco, si a usted no le molesta venir pese a los desaires que pueda hacerle.

La joven reflexionó sobre esa nueva situación y al cabo dijo:

—Vendré cuantas veces sea necesario. A veces, el sufrimiento excesivo enferma el alma, y luego el cuerpo. Es menester actuar antes de que ese proceso se cumpla. Gracias por confiar en mí, Ismael, es usted un buen amigo. Que tenga buenas noches.

Ismael se quedó viéndola montar en la yegua con agilidad y luego saludarlo con la mano en alto, feliz de haber encontrado motivos para obrar bien. Tardó en cerrar la puerta, ajeno al aire frío que entraba en ráfagas, y no reparó en que su despedida había sido observada por el anciano dueño de casa con el ceño fruncido de manera alarmante.

Más tarde, cuando sólo David quedaba frente al fuego, ensimismado en sus cuitas, Jeffrey Amherst III apareció de las sombras como un espectro y dijo con voz cargada de ira y algo de temor:

—¿Quién es esa que ha venido por segunda vez a la casa?

David apretó los dientes y juntó las manos para contener su rabia.

—¿Por qué? ¿Te molesta verla?

—Quiero saber quién es en realidad, de dónde viene.

—Dice ser nieta de la anciana de la casa de Amity St., la que vive sola con su criada desde hace meses.

Un pozo de silencio se cavó entre ellos. David giró la cabeza para ver el rostro de su padre, que seguía ahí, hierático, con las palabras atragantadas en su garganta.

—Dile que no vuelva más.

Fue demasiado. El joven se irguió, pese al dolor de su costado, y le espetó entre dientes con un furor desconocido en él:

—¡Vendrá cuantas veces quiera! ¡Yo se lo permitiré! Y si te perturba, puedes quedarte en tu cuarto cuando ella esté. Ésta es mi casa también.

El viejo se admiró del estallido de ese hijo que pocas veces lo había enfrentado, y al que menospreciaba justamente por su aparente docilidad, heredada de su madre, a su entender. Por primera vez vio en él un atisbo del carácter que hubiese esperado de un descendiente del heroico barón. Aunque rozase la falta de respeto.

—Espero que no te arrepientas —alcanzó a decir, antes de desaparecer en el pasillo ensombrecido.

David quedó temblando de ira y de una emoción que no lograba discernir. Había salido en defensa de una joven a la que no conocía ni le importaba, desafiando a su padre como nunca antes, y no entendía por qué. Entre Ismael y el viejo habían conseguido que aquella muchacha se adueñase de una parte de él que creía adormecida.

O perdida para siempre.

Apoyó la palma de su mano sobre la cabeza de Falcon, para tranquilizarlo.

—Ojalá todos fuesen como tú —dijo, abrumado.

3

Faltaban pocos días para Navidad, y la mansión aún no mostraba señales. Nadie había colgado coronas de acebo en las ventanas, ni se respiraban aromas tentadores en las habitaciones del servicio. Sólo el blanco jardín y el fuego ardiendo recordaban la temporada de nieve. El viejo había contratado a un jardinero para que quitase la que obstaculizaba el camino de entrada y David se preguntó por qué, si lo que deseaba era pasar en soledad aquellas fiestas. No esperaban visitas. Él había renunciado a los intentos de comunicarse con el padre, ya no anhelaba como antes su aprobación ni sentía deseos de despertar algún sentimiento en aquel hombre duro. Jamás le había levantado la mano y hasta eso lamentaba el joven, porque habría sido al menos un rasgo de interés en el chiquillo que entonces era. Le resultó fácil adaptarse a la vida de frontera, no dejaba atrás nada que lamentar.

Otra vez la vista empezaba a flaquear. Había tenido días buenos, pero volvía a ver borroso, en especial durante las horas de luz, como si la claridad hiriese sus córneas y le obligase a cerrar los párpados. Esa mañana en particular se sentía de muy malhumor.

La costilla había cesado de dolerle, ya podía caminar por la casa sin riesgos.

Decidió de pronto subir al altillo. Era una habitación que de pequeño le intrigaba y fomentaba toda clase de fantasías, desde aventuras de piratas hasta visiones fantasmales cuando afuera llovía y tronaba. Había un baúl repleto de baratijas, recordó, y pensó que tal vez hubiese ahí dentro algo que pudiese servir a esa joven ansiosa por embellecer las Navidades de los demás.

Le costaba reconocer que eso le importara.

La puerta crujió con el sonido tenebroso que recordaba, y una andanada de imágenes de su infancia recayó sobre él. Regresar a la mansión le había resultado agridulce, ya que un niño siempre es un niño y logra sobreponerse hasta a la falta de cariño, pero al mismo tiempo llegaron a su mente recuerdos de su difícil juventud, cuando descubrió que el digno descendiente del barón no estaba orgulloso de su único hijo, ni tampoco guardaba especial afecto por la madre que lo había engendrado. En aquella inmensa casa, no existía un solo retrato de ella.

El altillo era un desorden de trastos viejos. Se respiraba un aire polvoriento que causaba picazón en la nariz, y las telarañas temblaban por la corriente de aire que se produjo al abrir la portezuela. Sospechosos ruidos en los rincones revelaron la presencia de intrusos. David caminó inclinado, debido a que allí el techo formaba un alero bajo, y maldijo su olvido al golpearse la frente contra una viga. Estornudó varias veces antes de dar con el famoso baúl, que a sus ojos adultos no era ni tan grande ni tan misterioso. Con el codo limpió la cerradura, y advirtió que no llevaba candado. Tanto mejor. Lo abrió, haciendo rechinar sus goznes, y una nube de olor mohoso le saltó al rostro. En el cofre había toda clase de cosas: juguetes de lata pintados, una pelota de retazos, su primer diccionario, zapatos viejos sin cordones, dos o tres trofeos de algún episodio deportivo, pilas de papeles humedecidos, ropa de niño ajada y de un horrible color avejentado, y varias cajas con su llave puesta. Abrió una de ellas, y encontró que encerraba su fe de bautismo junto a una medalla con su nombre y una ropita suntuosa que ya no era blanca sino gris. Se deshacía entre sus dedos. En otra halló sus cuadernos escolares, atados con hilo de envolver, y los arrojó a un lado. No deseaba recordar a sus preceptores ni la desilusión del padre al ver que no era un alumno sobresaliente. La tercera caja era más grande y más suntuosa.

La abrió con cuidado y encontró un álbum de fotografías forrado en cuero azul con letras doradas. Las hojas de cartón estaban comidas por termitas, y el papel de seda que las protegía hecho trizas. No obstante, aún podían verse las imágenes, todas con una pátina amarillenta que las uniformaba. Ahí estaba él de muy pequeño, en el jardín de la mansión, rodeado de caras sonrientes que lo mostraban como a un trofeo familiar. Su rostro de bebé había sido rubicundo y sus ojos ya revelaban el gris acerado que los caracterizó.

Una tras otra, las fotografías daban cuenta de una vida feliz, al menos en los comienzos. ¿Quién era la mujer que lo sostenía con el amor pintado en sus ojos oscuros? Le habían dicho que su madre murió al nacer él, por lo tanto, debió de ser alguna tía materna que ocupaba el lugar de su progenitora. David no recordaba haberla visto durante su crecimiento. Siguió pasando las hojas y fue encontrando diferentes imágenes, tan incomprensibles como la primera. Toda esa gente había desaparecido de su vida. Hasta donde se acordaba, su niñez había transcurrido entre niñeras, criados, preceptores, y por supuesto su padre, una especie de vigilante supremo. Acostumbraban a llevarlo al despacho donde el viejo, en la plenitud de su edad en aquel entonces, le pasaba revista al igual que si estuviesen en el ejército. En ese álbum había una familia completa, o al menos eso parecían aquellos seres de rostro sonriente que lo alzaban con amor.

Guardó el álbum bajo el brazo y se disponía a cerrar el baúl, cuando avistó en el fondo un fajo de papeles apergaminados, con aspecto de ser correspondencia oficial. Familiarizado con aquel tipo de envíos, David tomó el rollo y lo desenvolvió, seguro de encontrar viejos documentos de la baronía del primer Jeffrey Amherst. La fecha le dio la razón y estuvo a punto de dejarlos, cuando de improviso captó unas palabras que helaron su sangre.

Se trataba de una carta de su antepasado dirigida a un tal Henry Bouquet, al parecer un subalterno suyo radicado en Fort Pitt, el 16 de julio de 1763. En ella, el famoso y heroico barón Jeffrey Amherst del que su padre tanto alardeaba, orgulloso de llevar su sangre aunque fuera diluida, decía:

"Haríais bien en infectar a los indios con mantas o por cualquier otro método tendiente a extirpar a esta raza execrable".

A su mente vino de inmediato el comentario de Ismael durante la tarde de té, cuando dijo que aquel ancestro también había sofocado rebeliones indias.

El papel tembló entre los dedos de David, que sintió cómo subía desde su estómago una ira incontrolable, un calor que lo asfixiaba. Él sabía, al igual que todos los que luchaban por mantener a los nativos en sus reservas desde mediados de siglo, que en tiempos antiguos los delaware habían muerto por cientos a causa de una feroz epidemia de viruela. Si mal no recordaba, aquél había sido el año: 1763. Si bien las tribus de Ohio y otras padecieron el mal a raíz del contacto con los europeos, la manera veloz y rotunda en que se desencadenó la epidemia hizo pensar a muchos que el contagio fue adrede. Al carecer de pruebas, todo quedó en rumores. Rumores siniestros que ahora él confirmaba con ese malhadado papel que revelaba las intenciones de su ancestro.

David estrujó la carta en su mano como si fuese el pescuezo del mismísimo barón Amherst. Y también, por qué no admitirlo, el de su propio padre. Pese a no haber nacido entonces, el viejo era culpable por alabar su prosapia. Hasta el hartazgo le había restregado en las narices la valentía y el heroico comportamiento de aquel hombre que les legó el apellido de manera soslayada. Fue el latiguillo que amargó toda su existencia. Y resultaba ahora que aquel digno miembro del ejército real era un asesino de indios. De la manera más artera e inescrupulosa, fingiendo ayudarlos para poder eliminarlos.

Descendió los escalones casi sin ver dónde ponía los pies. Y en

realidad no veía demasiado, estaba padeciendo de nuevo la nebulosa que afectaba su vista.

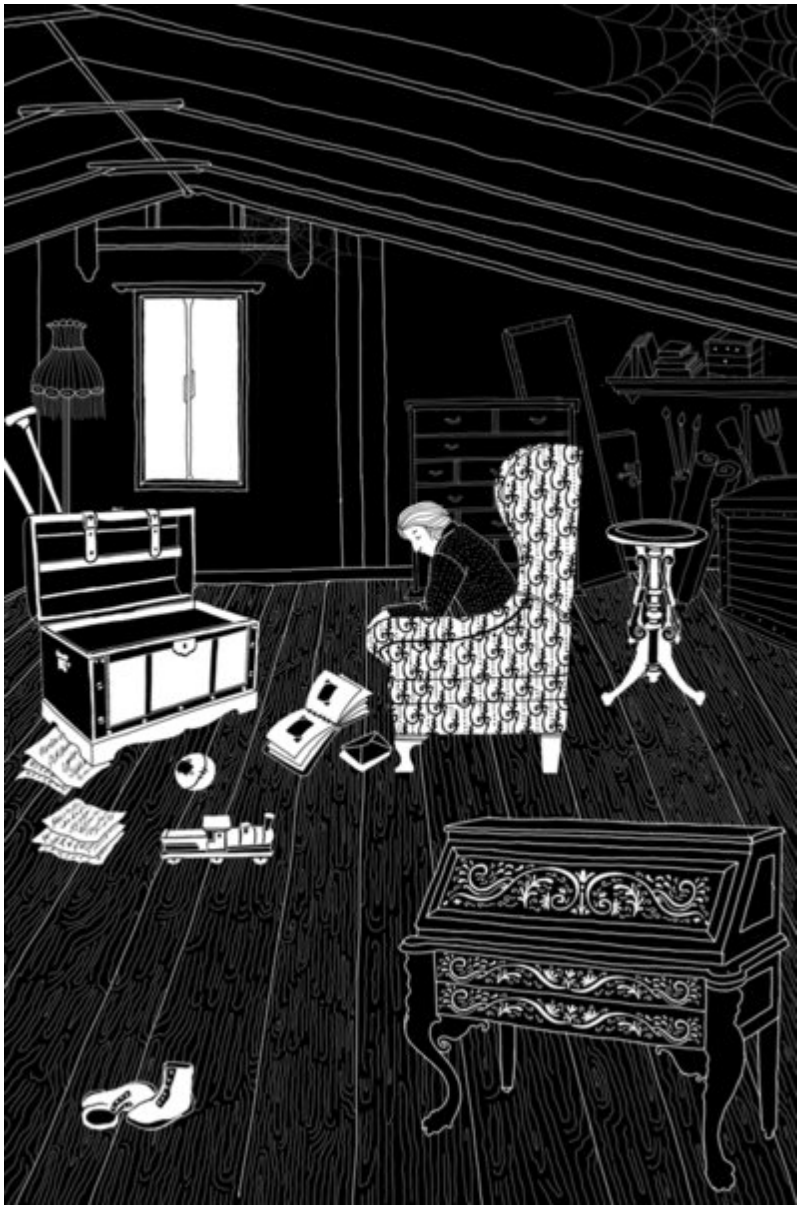
Abrió el despacho del viejo de un portazo que rebotó en la *boiserie* de roble.

Jeffrey Amherst III lo miró como se mira a un monigote que irrumpe en la serenidad de un día de trabajo, esperando con paciencia a que se fuese de una vez.

—Esto es lo que somos, querido padre. Indignos descendientes de un asesino —y tendió hacia él el papel estrujado.

A la distancia, el viejo no veía qué se traía su alterado hijo entre manos, pero sí pudo captar la dimensión de su furia y sospechó que había ocurrido algo irreversible.

—¡Toma! Lee esto, y luego dime que soy indigno de merecer el apellido que llevo. ¡Por supuesto! Por mí, lo enterraría en un estercolero. Pensarás lo que quieras, padre, sé que nunca te han simpatizado aquellos que consideras por debajo de tu condición, pero de ahí a planear matarlos de la manera más insidiosa, enfermándolos con pestes que no pueden resistir sus cuerpos indefensos, hombres, mujeres, niños… Pero qué te digo, si ni siquiera me has preguntado por qué dejé la milicia. Yo te lo diré, para que entiendas la profundidad del abismo que hay entre ambos, padre. ¡Porque el famoso regimiento del que formé parte masacró a cientos de indios la Navidad pasada! Y aunque se pretenda disimular eso bajo la apariencia de una rebelión, yo sé que no es verdad. Y la historia lo sabrá, a su debido tiempo. Claro que no estarás ahí para sufrirlo. Por eso te lo digo ahora. Lee la carta de tu amado Jeffrey, primer barón de Amherst.



David arrojó el papel sobre el escritorio y el anciano lo contempló con algo semejante al estupor pintado en sus ojillos claros. No le temblaba el pulso ni respiraba con dificultad como su hijo, pero su rostro de habitual inmutable se alteró, y sintió una suerte de premonición al tomar el folio.

—Pasó hace mucho —dijo en voz queda.

—Sí, hace un siglo, cuando aún no se conocía del todo la maldad posible.

—Tu antepasado no hizo lo que aquí dice, sólo lo sugirió, y no es seguro que le hayan hecho caso. Él se marchó a Inglaterra luego y no volvió jamás, pese a que el propio rey se lo pidió.

—¡Gran cosa! —escupió David con voz enronquecida por la emoción—. Debió temer que le arrancaran la cabellera, si sabían de quién había sido la idea.

—Te recuerdo, hijo —y en su furia, David no reparó en que nunca lo había llamado de ese modo—, que las conquistas militares no son suaves ni dignas en ningún caso. Basta con leer la historia antigua. Decir ahora que estuvo mal es fácil, cuando no se tiene por delante el problema a resolver. Nadie opinaba entonces que debía permitirse a los indios recuperar sus tierras.

—Eso, padre, es lo que nos separa. Yo ahora pienso que deberíamos hacerlo, precisamente.

—No ocurrirá. Si reflexionas con claridad, David, entenderás que no se vuelve atrás. Aunque duela lo ocurrido o haya arrepentimiento.

—Dudo que el pomposo Jeffrey Amherst I se haya arrepentido —sostuvo con cinismo el joven, repitiendo el adjetivo que había usado Juliana ante el retrato.

—Pues no lo sabemos. Quizá sí, tal vez no.

David se acercó a su padre con los ojos vidriosos, y soltó la terribles palabras que llevaba atravesadas:

—Si tuvieras que decidirlo ahora, padre mío. ¿Qué harías? ¿Regalarías mantas infectadas de viruela a los pobres de este lugar para que desaparezcan de la faz de la tierra? ¿Solucionarías así sus problemas en esta Navidad? Es un buen momento para obrar.

—Eres injusto. Jamás me has visto actuar de modo cruel con nadie.

—Ayer mismo ordenaste que no permitiera a esa muchacha vecina venir a casa.

—Eso es distinto. Ella no sufre de nada, ni es pobre ni está

abandonada. Vive en una casa agradable en buena compañía.

—¿Y entonces? ¿Qué tiene para que no podamos recibirla? ¿No posee sangre noble como la nuestra?

El semblante del viejo se endureció de nuevo, más que antes, si hubiese sido posible.

—Prefiero no hablar de eso.

—Qué pena, porque yo pensaba invitarla, ofrecerle telas y juguetes para que reparta entre los niños pobres en esta Navidad. Por eso subí al altillo, y fue ahí donde me topé con este sucio secreto que guardabas entre las cosas viejas. Te avergüenzas, entonces.

David no podía creer que algo parecido a una lágrima brillara en los ojos del viejo, y no tuvo tiempo de comprobarlo porque el hombre se incorporó y lo echó con fiero ademán.

—Eres un reverendo hipócrita, que ha bebido del néctar de la vida dulce y ahora se siente con derecho a reprochar lo que se le ha dado. ¡Fuera de mi vista!

David salió como ráfaga, no sin antes arrojarle su cuchillada final:

—Tendré la dudosa fortuna de no verte más, padre, porque me estoy quedando ciego. Llegará el día en que ambos nos libraremos el uno del otro.

La puerta quedó abierta, y Jeffrey Amherst III vio desaparecer por ella la figura de su hijo, único recuerdo de una mujer a la que había ofrecido cariño paternal, ya que no el arrebato de la pasión. Ese sentimiento borrascoso sólo se lo había inspirado una mujer en su vida, y no quería pensar en ella.

Al acercarse para cerrarla, observó que su hijo había dejado caer un libro. Lo alzó, y no necesitó abrirlo para reconocer el primer álbum que registraba la vida de David Malcolm cuando todavía eran felices, todo lo feliz que se puede llegar a ser al renunciar al verdadero amor y conformarse con la paz del hogar.

Imposible no escuchar el batifondo de los gritos y los portazos.

Ismael salió de la cabaña contigua a la mansión, a tiempo de ver cómo su camarada se lanzaba al bosque desaforado, sin importarle la nieve ni el frío, sólo con su camisa y sus botas, hecho una furia. Tomó una manta y corrió tras él. Lo alcanzó a la vera de un arroyo congelado que marcaba el límite de la propiedad. David había caído de rodillas.

—Vamos, ven conmigo a la cabaña, te estás helando.

Lo cubrió con aquella piel y lo arrastró hasta su pequeña vivienda, pese a la resistencia del otro, y antes de cerrar la puerta avistó la figura del viejo, asomada a una de las ventanas iluminadas del piso alto.

La cabaña de Ismael era una suerte de cobertizo adaptado a las necesidades de un hogar. El único ambiente estaba dividido en zonas por sencillos muebles: un camastro, una mesa con dos sillas, un aparador viejo y un banco adosado a la pared. Las ventanas se tapaban con pieles de castor y el entarimado del suelo se cubría con una de ciervo. La lámpara de querosén, colgada del techo, completaba el resplandor de una reducida chimenea encastrada en el muro.

Como le había dicho en son de broma a su amigo la vez en que le ofreció aquel techo para que se refugiase de sus andanzas: “Trataré de imitar la ‘casa larga’ de mis abuelos”. Y lo había logrado: adentro de la cabaña, Ismael vivía a la manera de los hurones.

A la temblona luz del fuego, los rostros de ambos amigos poseían un curioso parecido. Pese a la diferencia que la raza dibujaba en ellos, los ojos grises de uno y los negros y oblicuos del otro brillaban con idéntico fulgor salvaje, como si hubiesen visto las mismas cosas y reflejasen los mismos pensamientos. Estaban hechos a imagen y semejanza, eran el uno para el otro y se comprendían con sólo mirarse.

Aun así, no podía haber dos personas más disímiles sobre la tierra.

—¿Qué hubo?

David tardó en responder. Su semblante mostraba visibles rasgos de enajenación, producto de una emoción violenta y también de la desesperante situación de sus ojos. Ismael recordó lo que la muchacha había dicho: que el alma enfermaba antes que el cuerpo. Sabio pensamiento para alguien tan joven.

—Discutiste con el viejo.

El soldado le dirigió una mirada vacía que heló la sangre de Ismael. Lo sucedido debía de haber sido terminante, no cabía otra explicación.

—Él ocultó la verdad, Wanaka —dijo al fin, nombrando a su amigo en su lengua iroquesa.

—¿Sobre qué?

—El afamado barón no es sino un vil mercader de alma s. Él sugirió que se entregaran mantas infectadas a los nativos para acabar con ellos. Por años me sentí miserable en la comparación de las hazañas de ése y otros antepasados, todos magnos e ilustres, y mi padre ocultó todo el tiempo la real esencia de nuestro apellido.

Ismael podía entender la miseria de los hombres, la había padecido, pero no iba a alimentar el rencor en el espíritu de David. Sabía que su corazón era lo suficientemente puro como para intentar acabar con su vida, si eso era lo que requería el pecado cometido por su sangre.

—No habrá sido el único.

—¿Qué importa? —bramó el soldado—. ¿Acaso eso lo hace menos malo?

—La infamia es del que obra, no de los que nacen después.

—Lo sé. Y el viejo también lo sabe, por eso puede dormir tranquilo.

—Deberías intentarlo, hermano.

—Sé que mi padre piensa igual que su ancestro, sólo que ya no quedan nativos que matar. Al menos, no hay sublevaciones. Todos viven arracimados en reservas miserables donde sólo les queda beber hasta caer redondos y comerciar sus pocas cosas.

Ismael suspiró. Bien lo sabía él, que tenía a su escasa familia en una de esas reservas.

Sin embargo David no debía pagar por ello; tan luego él, que había renunciado al ejército por considerar injusta la situación.

—Tampoco eres responsable por tu padre. Sólo respondes por ti mismo.

—Palabras. La sangre se arrastra, se padece como una condena.

—David, mira lo que dices. Si así fuese, todos tendríamos pecados que expiar.

—¿Y no es así? —murmuró el joven, fijando sus ojos borrosos en el fuego.

—Hermano, mírame.

David soltó una risa falsa.

—Ojalá pudiera.

—Mírame —insistió el indio, obligándolo a girarse hacia él—. Se viene un tiempo nuevo, el de la luna fría, antes de Yule. Será luna llena. No siempre ocurre esto en Navidad. Quiere decir que se puede renacer en esta época. Es tu oportunidad para vivir una nueva vida, David. No la desaproveches. Echemos un leño al fuego y encendamos la vela dorada, amigo. Es lo que pide el ritual.

"Dorada" fue la palabra que activó la mente de David. Le recordó de inmediato los ojos magnéticos de aquella joven que de manera inesperada se cruzó en su camino, cuando él no deseaba sino dormir para siempre. ¡Y sin conocer aún lo peor de todo!

—Estás diciendo estupideces para conformarme.

Le tocó el turno de reír a Ismael, aunque lo hizo con cierto desprecio hacia la ignorancia del blanco, que en todo veía superstición.

—La Luna de la Noche Larga es ahora, y si te enteras, mejor, porque luego pasará y habrás perdido la oportunidad. Piénsalo. Si te resistes, sólo te quedará la ignominia de tus antepasados. Si eliges cambiar, podrás renacer.

David guardó silencio. Su mente era un torbellino de pensamientos cruzados e interrogantes. ¿Cambiar? ¿Quién podría llegar a ser? Ya era tarde para eso.

Agotado por la rémora de tantos recuerdos ingratos, se acurrucó bajo la manta de piel y con una seña indicó a su amigo que lo dejase en paz.

Ismael bajó la lámpara y salió al frío nocturno.

El pueblo se veía empequeñecido por la pesada nieve que pendía de los árboles y el cielo comenzaba a teñirse de violeta, anticipando la luna que pronto emergería de la cresta montañosa y reinaría sola en el mundo. Disfrutó de aquel panorama sombrío durante unos minutos, y luego tomó su decisión.

Atrancó la puerta desde afuera, para impedir que David saliese si despertaba antes de que él llegara, y echó a andar rumbo al valle que albergaba las casitas iluminadas de los habitantes de Amherst.

4

Emily O'Connor se asomó por entre los pliegues de la cortina para atisbar hacia la calle.

—¿Quién podrá ser a estas horas?

—Es un hombre —anunció la señora Pip con gesto de desagrado.

A menudo desfilaban algunos pedigüeños en la víspera, pero ninguno se había atrevido a tocar en la puerta tan tarde.

—Pues abre, a ver qué necesita.

La criada se cuadró como para enfrentar a un enemigo antes de abrir la puerta de roble y encarar al desconocido. Casi cayó de espaldas al ver las cicatrices y el fiero ceño del individuo que tenía delante. Detrás de su cuerpo enorme, la calle misma había desaparecido. La señora Pip atinó a cerrar la puerta en las narices de Ismael.

—¡Emily! No vuelvas a ordenarme que abra sin antes ver de quién se trata —reprochó.

La anciana se llevó una mano al cuello revestido de puntillas, donde relucía un broche.

—¿Por qué, quién era?

Juliana, que acababa de entrar a la sala luego de entibiar una tarta de manzanas, las encontró en ese trance y miró a una y a otra sin saber qué había sucedido.

La aldaba volvió a sonar, y ella corrió a abrir.

—¡No, señorita Juliana, no lo haga! —gritó la señora Pip.

La pobre Emily, sin entender aún el motivo del susto de su amiga, también gritó.

—¡Juliana, no vayas!

El desconcierto de la joven encontró su alivio al ver el rostro de

Ismael asomando tras el vidrio de la ventana. Ambas ancianas soltaron una exclamación de horror.

—¡Pero si es el amigo del soldado! —las tranquilizó Juliana.

Claro que eso no sirvió de nada, pues cuando aquel hombre formidable entró a la sala, su aspecto resultó aún más amenazador por el contraste entre los techos bajos, los muebles pequeños y su descomunal altura. Ismael no sabía bien cómo moverse en un ambiente tan recargado y lleno de adornos.

—Pase —lo invitó Juliana, ignorando los rostros de ambas mujeres—. ¿Sucede algo en el castillo?

Ismael evitó sonreír ante esa denominación, y se limitó a saludar con una gentil reverencia a las damas que seguían mirándolo con la respiración contenida.

—Nada demasiado malo —respondió, y sus ojos oscuros se clavaron en los de Juliana, indicando que debía hablar con ella cuanto antes.

La joven entendió el mensaje y, para no escandalizar a la abuela y a la señora Pip, lo hizo pasar a un gabinete contiguo en el que guardaban los pertrechos de jardín.

Allí no había dónde sentarse, así que Juliana juntó las manos en el regazo, esperando que aquel hombre expusiese sus razones de pie, y rogando por que no lo tomase como descortesía. Se encontraba incómoda en presencia de Ismael desde aquel comentario que no sabía si iba dirigido a Pretty o a ella, y al verse a solas tuvo que fingir serenidad.

—Mi amigo ha sufrido una crisis hoy —comenzó el hombre, midiendo las palabras—, y creo que usted podría ayudar con su medicina.

—¿Mi medicina? Señor, apenas soy estudiante del seminario, mis planes de ser médico ni siquiera empezaron a ejecutarse.

—Me refiero a que sabe qué decir en el momento apropiado —insistió Ismael—. ¿Eso no es medicina, acaso? Si sana, lo es.

Juliana contempló el rostro desfigurado con atención. Ya desde el primer momento entendió que entre aquellos dos había una hermandad que no sabía de sangre ni de apellidos, forjada en

aventuras compartidas y en la comunión de sus almas, pero nunca creyó que ese hombre rudo y de pocas palabras la hubiese captado a ella también. Parecía leer en su corazón a través de sus ojos, clavados en los suyos sin respiro ni tregua. La joven llevaba una parte de savia india en sus venas, pues su padre era hijo de una cautiva blanca y de un respetado cacique del desierto. De esa estirpe sacaba el orgulloso Francisco Balcarce aquellos ojos dorados de pliegues pesados que lo distinguían, así como heredaba la tez de su madre Dolores, de bellos rasgos españoles. Juliana portaba, pues, una insólita mezcla: indígena y española en la raíz paterna, e irlandesa por la parte de su madre, Elizabeth, de quien obtuvo el rojizo de los cabellos y las pecas que alborotaban su cutis. El oro de su iris, en cambio, era línea directa del padre. Quizá este amigo indio del soldado estuviese leyendo esa herencia en sus ojos y por eso le hablaba así, con la convicción de que entendería lo que procuraba decirle. ¿Por qué, si no, había ido en su busca en esa noche invernal, confiado en lo que pudiese ofrecer al desdichado heredero?

Esos interrogantes afloraron en su rostro con claridad, e Ismael sonrió un poco al decir:

—No tema, hay tiempo aún. Sólo quería que no dejase de visitarnos por lo sucedido ayer.

Juliana observó de reojo que en la otra habitación su abuela se había enderezado con ayuda del bastón, dispuesta a ir en su auxilio y partírselo en la cabeza al intruso, de ser necesario. Conocía el temple de Emily O'Connor. Después de la muerte del cuñado abusivo, el coraje tanto tiempo reprimido había salido a relucir en toda su magnitud.

—Iré mañana —repuso con rapidez—. ¿Él estará bien?

—Hoy me ocuparé yo. Tenemos dos noches más antes de Navidad.

—¿Otras dos noches para qué?

—Para que mi amigo entienda que no está enfermo ni maldito, y empiece a vivir otra vez.

—¿Qué sucederá en la Navidad? —dijo intrigada Juliana.

—Se acabará la Luna Fría, el tiempo de renuevo.

Ante la sincera sorpresa de la joven, Ismael soltó algo más de

su saber ancestral:

—Es la luna que sale en la noche más larga del año, la luna de invierno, cuando nuestra gente padece más escasez, puede morir de hambre o de frío, y es el momento para hacer acopio de toda nuestra fuerza para sobrevivir.

—Entiendo. Y eso incluye la fuerza del espíritu.

—Así es —respondió satisfecho Ismael—. Es conocimiento antiguo.

—¿De qué tribu?

—Mi gente de Wendat lo posee al igual que muchos otros, porque los pueblos que viven ligados a la tierra así lo entienden. Hay muchas lunas en el año. La luna fría es la Luna del Roble y también la que vaticina el cambio que vendrá. Será llena esta vez, y estará por encima del horizonte mucho tiempo.

—Qué interesante concepto —murmuró pensativa Juliana—. Me pregunto si entre las tribus de mi tierra será igual, porque allá la Navidad cae en pleno verano.

—Supongo que será una luna caliente, con la fuerza del sol. Es lo lógico —resumió Ismael con sencillez—. Usted lo sabe, aunque no lo diga.

La muchacha digirió eso con lentitud. Aquel hombre daba en la tecla. Había muchas cosas que ella sentía verdaderas en su interior, y que por su educación reprimía. Ismael, que acababa de conocerla, había comprendido eso desde el primer momento, y la única explicación posible era que reconocía en ella a un igual, alguien portador del antiguo conocimiento, aunque fuese de otro hemisferio. Corría por debajo de ellos la misma fuente subterránea. Si él no lo mencionaba era por decoro.

Una poderosa confianza en su propio poder la invadió. Sería médico porque poseía el don sanador, y esa convicción provenía ahora del reconocimiento por parte del hombre al que David Amherst confiaba su vida. Si alguna vez había dudado del camino a seguir, en ese instante desapareció toda inquietud. Así tuviese que enfrentar a toda la cofradía de estudiantes y profesores, ella, Juliana Balcarce, se convertiría en un médico hecho y derecho, con el añadido de su intuición, regalo del cielo que no todos poseían. Sería la virtud que la diferenciara.

—Iré —repitió con decisión—. Dígale a su amigo que mañana lo visitaré y que no se moleste en ofenderme, porque tengo el pellejo duro para esas cosas.

La ancha sonrisa iluminó el rostro oscuro del hombre. Estaba en lo cierto, entonces. La joven escondía una cepa que florecería en el momento adecuado.

—La esperamos —le dijo, antes de salir del gabinete y despedirse de las ancianas con otra inclinación de cabeza, más profunda que la anterior.

La puerta se cerró, dejando un vacío extraño en el lugar que el indio había pisado.

Juliana se quedó pensando en el uso del plural para invitarla a volver.

¿Es que acababa de ganarse un nuevo amigo, acaso?

Había que lidiar con el descontento de *Granny*, multiplicado por el de la señora Pip, que repetía las palabras de la abuela como un coro.

—No me parece. Ellos allá, nosotros acá. Así ha sido siempre. ¡Y es lo mejor!

—¿Por qué, abuelita? Es gente que vive muy sola. Tendrán fortuna, pero no son felices.

—Se lo habrán buscado.

—¡*Granny*! Me sorprende oírte hablar así. Nunca fuiste desconsiderada con nadie.

La señora Pip refunfuñaba mientras iba de un lado al otro, fingiendo ordenar cosas que estaban ya acomodadas.

—Escuche a su abuela, niña. Ella sabe por qué se lo dice. Esa familia vive aquí desde hace mucho, y se han creado mala fama.

—Puede ser, pero el hijo está sufriendo y no creo que haya contribuido a la fama si estuvo fuera de Amherst la mayor parte de su vida.

—Hija mía, si pudiera evitarte cualquier dolor o desengaño, daría mi vida por ello. No quiero que vuelvas a relacionarte con los de la mansión Amherst.

Juliana se armó de paciencia y continuó empacando cosas que pensaba llevar esa mañana: libros, un cuaderno de notas, un pequeño amuleto que la había acompañado desde niña, detalles que parecerían absurdos a ese joven maleducado, pero que su amigo sabría cómo introducirlos en su vida. Aquélla sería una prueba, la manera de demostrarse que era capaz de afrontar los desafíos de cualquier paciente.

—Te prometo no quedarme mucho tiempo. Llevaré estas cosas y luego vendré a ayudarte con los últimos preparativos. ¿Has recibido noticias de mamá por correo?

—Si tu madre supiese que me causas este disgusto, Julianita, te aseguro que vendría ella misma por correo, de ser posible.

—*Granny*, eres injusta. Nunca te hago renegar, bien lo sabes. Ya soy grande, sé valerme, nada malo me pasará. Y para que te quedes tranquila, diré a Tony que me lleve en el carro. ¿Así estará mejor?

Estaba dispuesta a sacrificar algo de su independencia a cambio de dar tranquilidad a su abuela. La mujer era muy anciana para padecer por culpa de temores infundados.

—No lo sé —rezongó Emily, que no quería dar el brazo a torcer. Su miedo era más profundo de lo que su nieta sospechaba.

—Se lo pediré ahora mismo —decidió Juliana, abrazando a su abuela.

Salió a todo correr, ansiosa por salvar aquel pequeño obstáculo con ayuda del mozo de cuadra, y no escuchó el comentario que su abuela dirigía a la señora Pip.

—Ay, Adela, siento que se me viene el mundo encima.

—¿Por qué no eres clara con tu nieta, Emily? Ella tiene derecho a saber.

—No quiero que se vea involucrada. Es joven e inocente, tiene mucho que aprender aún, y no sé si querrá quedarse. Su país la retiene. Ella está aquí por mí, porque no quiso dejarme sola, por eso creo que, aunque en esta etapa disfruto como nunca antes, lo mejor

sería que me muriese en esta misma Navidad, así ella volvería a los suyos.

—¡Qué dices! Mal rayo te parta la boca, Emily. No es para tanto tampoco. Yo que tú, hablaría con tu nieta. Es grande ya y puede comprender.

—No lo sé, Adela. Ni yo misma puedo comprender a veces las vueltas de la vida.

Juliana tuvo que soportar también las recriminaciones y consejos de Tony Tim, que no cesó de mascullar durante la travesía del valle. El hombre no hallaba sentido a ocuparse de gente que se las arreglaba sola, como lo había hecho hasta ese momento, sin pensar en los demás tampoco.

—El viejo es duro de pelar. Se sabe que nunca dio nada a la parroquia, ni siquiera durante los tiempos difíciles. Jamás ofreció su casa para las reuniones de la comunidad, y se dice también que negó su apoyo al colegio donde usted estudia. Si eso no es egoísmo, no sé qué será.

Juliana escuchaba a medias, ensimismada en la nueva sensación que la invadió apenas hubo decidido que quería ser médico por sobre cualquier otra cosa. Al principio, aquella idea fue una especie de rebelión tiznada de fantasía. Con una madre tan audaz como la que tenía y un padre que desafiaba a la sociedad ostentando su sangre mestiza, la joven necesitaba destacarse también. Era hábil para entablillar las patas de los perros o curar heridas embichadas. Había solucionado más de un eczema con ayuda de emplastos caseros, y tenía buen ojo para detectar síntomas de diversos males. Esa cualidad había hecho exclamar a Violeta Garmendia, la joven esposa de Manuel Iriarte, dueño del aserradero en el Iberá: “¡Juliana, tienes el ojo clínico!”. Aquella frase quedó grabada en su memoria, pues Violeta era una mujer diferente a todas las que Juliana trataba en la sociedad rioplatense. Aunque vivía la mayor parte del tiempo en la provincia de Corrientes, colaboraba con el diario *La Nación* de Buenos Aires bajo el curioso seudónimo de *Ypekû*. Le había explicado que era el nombre guaraní de un pájaro del litoral que repiqueteaba en la corteza de los árboles con su pico. “Como debe hacer un buen periodista”, aseveraba. Además, Violeta no encontraba raro ni inadecuado que una mujer fuese médico. “En mi tierra —decía,

aludiendo a los esteros correntinos—, hay mujeres que tienen *paje* y curan tanto o más que los médicos diplomados.”

Para Juliana eso constituía una muestra de que no existían límites en lo que una joven podía proponerse. Si su madre había viajado sola hasta la llanura pampeana para educar, su padre provenía de un rapto de cautivas en un malón y su amiga se codeaba con los hombres del periódico más leído en Buenos Aires, bien podía ella destacarse en la medicina. Casi no podía esperar a terminar sus estudios en el seminario para empezar.

—Aquí tiene la casa de los menesterosos —comentó en tono cínico Tony Tim mientras tiraba de las riendas para detener el carro.

Juliana evitó responder, pues el bueno de Tony le hacía un gran favor al acompañarla.

—Ven al cabo de dos horas —le pidió con una sonrisa, aprovechándose de la debilidad que el hombre tenía por ella y su familia.

—Vendré antes —respondió él, mordiendo briznas de paja como era su costumbre—, y que Dios me perdone el engaño a su abuela, que piensa que aquí la espero.

—*Granny* se preocupa por nada. Esta gente es hosca pero inofensiva, y vengo porque me lo han pedido, así que no existe razón para temer nada de ellos.

La respuesta de Tony quedó entre los relinchos de los caballos de tiro y Juliana emprendió el camino nevado hasta el porche de la mansión. Por primera vez, reparó en un detalle significativo: el castillo no poseía buzón en la entrada, otra muestra del aislamiento en el que vivían. Era extraño, sin embargo, que carecieran de esa modalidad típica de las ciudades del norte. Había familias que incluso revestían al buzón de adornos navideños en esa época, y Juliana había visto algunos con gorrito de Santa Claus o bastones de caramelo colgando del poste. Al menos, se habían tomado la molestia de barrer la nieve para facilitar el acceso.

Golpeó la aldaba dos o tres veces antes de que alguien abriera. Una criada ataviada con delantal azul la recibió, con sus grandes ojos asombrados al ver a una extraña en la casa del señor.

—¿A quién anuncio, señorita?

—Juliana Balcarce, por favor. Supongo que me esperan.

La mujer giró sobre sus pasos y dijo en voz alta que parecía fruto del entrenamiento militar:

—¡Lady Juliana!

Aquel tratamiento hizo sonreír a la joven. Nunca le habían endilgado el título.

—Aguarde aquí, por favor, han de estar en los aposentos.

Quedó sola en el vestíbulo, que a la luz del día resultaba más triste aún porque no recibía el resplandor de los leños ardiendo ni se amarilleaba con los faroles de la entrada. Pudo contemplar a sus anchas los techos abovedados, las suntuosas *boiseries*, el oscuro entelado de los muros y los muebles de complicadas volutas. Se notaba que la casa no estaba habitada en toda su dimensión, pues nada se hallaba fuera de sitio, no había pequeñas labores sobre los sillones ni libros apilados en las mesas de arrime.

La mansión era un enorme santuario de recuerdos vetustos.

"Qué lugar deprimente para un soldado que vuelve de la guerra", pensó.

La campanilla sonaba incesante desde un cuarto al final del pasillo. Nadie acudió al llamado y Juliana temió que se tratase de David, que pedía ayuda en vano. Sin cuidarse de las formas, ya que consideraba el caso una emergencia, se adentró en la penumbra prestando oídos al origen del sonido. Provenía de una puerta entreabierta y no dudó en empujarla, para ver si se trataba de su paciente. Se encontró en un despacho revestido de bibliotecas hasta el cielorraso, con altos ventanales de cortinas descorridas que revelaban el melancólico paisaje del jardín desnudo. Detrás de un escritorio, un anciano de chaqueta negra se inclinaba sobre unos papeles. Estaba tan absorto que no advirtió quién acababa de entrar, y lanzó una orden con el tono del que está acostumbrado a mandar y a ser obedecido.

—Traiga coñac y mis pantuflas.

Juliana miró sobre su hombro, y al no ver a nadie, carraspeó con suavidad.

—Me temo que no sé dónde están, señor.

Aquella voz, o quizá más que nada lo que la voz decía, hizo levantar la cabeza con tal gesto de ferocidad al dueño de casa, que si Juliana no hubiera estado acostumbrada al ceño de su padre o al talante de sus hermanos, habría retrocedido.

—¡Usted! —bramó el hombre sin contemplaciones.

—He venido a visitar a su hijo, señor, y a ver la puerta abierta, pensé…

—Que podía fisgonear a su antojo.

Juliana debió morderse la lengua, ya que no podía empezar con mal pie en la casa, pero entendía cada vez mejor por qué el soldado se encerraba en su mutismo.

—No soy una fisgona. La campanilla me hizo pensar que tal vez necesitaba alguna cosa.

El viejo miró de reojo el llamador que había estado sacudiendo en vano.

—El servicio es pésimo —dijo, y volvió a sus papeles.

A pesar de su concentración, Juliana percibió que estaba muy consciente de su presencia, y que no era tan dueño de sí como deseaba aparentar. Se preguntó si aquel anciano no merecería ser considerado también un paciente.

—¿Desea, pese a todo, que busque sus pantuflas, señor?

Jeffrey dio un respingo.

—¡Por Dios, no! Faltaba que hiciese trabajar a los invitados de mi hijo. Puede retirarse si quiere, señorita. David debe de estar en la sala, o en el altillo. Últimamente le ha dado por husmear allí.

—Si no le molesta, me gustaría intercambiar algunas palabras con usted primero.

Esperaba que el hombre dijese que en efecto le molestaba, pero él pareció considerar el punto y con un ademán imperioso le indicó que se sentara en la silla frente a él. Juliana casi desapareció en ese trono de cuero verde con alto respaldo. A la luz del ventanal, el rostro del anciano se revelaba demacrado y con los ojos hundidos. No tenían el color de los de su hijo; eran azules, aunque fríos también. Y al fijarse en ella, destellaron una astucia que le causó estremecimientos.

—Dígame qué desea saber.

—Por empezar, quisiera conocer un poco la historia de su familia. La gente habla, pero no suelo creer todo lo que dicen. Y el otro día vi el retrato de un hombre ilustre, un antepasado suyo que tuvo un papel importante en las guerras coloniales. Sé muy poco de todo eso, ya que soy extranjera. Sin embargo, estudio en Mount Holyoke, y sería bueno que empezara a ilustrarme mejor sobre la historia norteamericana.

Jeffrey analizó los rasgos de esa joven que se atrevía a abordarlo sin temores. Hablaba fluido inglés, lo que confirmaba que era hija de quien él pensaba. La observó buscando ciertas semejanzas. El escrutinio no le satisfizo, a juzgar por su mueca.

—Jeffrey Amherst, mariscal de campo y primer barón, comandante del ejército británico y gobernador de varios estados de América, cargos que a menudo delegó.

Un recitado similar al de su hijo, sólo que despojado del tono sarcástico. Aquel hombre se sentía orgulloso de su ascendencia.

—Impresionante. Allá en la Argentina no tenemos títulos de nobleza, y los gobernadores han sido a menudo caudillos que lucharon en las montoneras de provincias. Corrió mucha sangre antes de organizar la República.

Esa idea pareció interesar al hombre, que soltó los papeles para acodarse sobre el escritorio.

—Es lo que intenté explicarle al necio de mi hijo, que no existe conquista sin sangre, pero él, a pesar de formar parte del ejército, parece creer que eso es posible.

—¿Su hijo participó en la guerra?

—Él se alistó en un glorioso regimiento de caballería del que toda América está orgullosa. Su misión es escoltar a las caravanas que van hacia el oeste, para protegerlas de los ataques indios en el territorio central, donde todavía hay tribus rebeldes, aunque ya muy pocas, gracias a Dios y a la civilización. Las guerras indias se han terminado. Quedarán escaramuzas, nada que no se pueda solucionar.

Juliana empezó a captar la raíz del problema. Si David era íntimo amigo de un indio, sin duda no aprobaría ese actuar contra las tribus alzadas, mientras que el padre, heredero de un apellido que había luchado por doblegarlas, estaría a favor. Lo que le resultaba extraño era que ese hombre agrio soportara la convivencia con Ismael.

—Nosotros hemos tenido también guerras de frontera, algunas aún subsisten.

Calló por prudencia el hecho de que ella misma llevaba sangre india.

—Me intriga usted, señorita. Ha venido desde tan lejos para estudiar y acompañar a su abuela.

—¿Conoce usted a mi abuela? Ella insistió en volver para morir en este pueblo, y a veces me pregunto si mi madre hizo bien en dejarle hacer su voluntad. Estaba tan a gusto allá, en nuestra casa…

—Los viejos tenemos manías y es mejor dejarnos en paz con ellas. Los jóvenes creen que saben lo que nos conviene, pero al cabo del recorrido serán tanto o más tercos que uno. Yo podría haberme ido de aquí hace muchos años, y preferí quedarme en este casco hueco aguardando a mi hijo. Y ahora que ha venido… —la frase quedó trunca, al ensimismarse el anciano en un pensamiento triste.

Juliana creyó percibir que el mal de aquel castillo era la falta de comprensión entre padre e hijo. Ambos habían vivido alejados por las circunstancias de sus vidas, y en la adultez no resultaba fácil acortar aquella distancia. Ya no podrían abrazarse ni besarse para enmendar una palabra mal dicha o acabar una discusión. Y percibió también que se daba entre ellos el rechazo de los similares. El viejo Amherst debía de tener el mismo carácter que su hijo, y David detestaría en el padre lo que encontraba en su propio ser. ¡Qué complicadas resultaban las relaciones humanas! Se necesitaba más que un doctor en medicina para entenderlas y ayudar a curar las heridas que no se veían.

—Ya que menciona a su hijo, quisiera saber si ha recuperado la vista. Cuando lo encontré tirado en el camino, noté que no distinguía con claridad, aunque en mi visita anterior pudo verme bien, según dijo. Los golpes en la cabeza, si son fuertes, pueden producir visión borrosa, pero es importante controlar la evolución, por si hubiera algún daño permanente.

—Parece tener idea de lo que habla.

—Voy a estudiar medicina, me gusta estar informada de los avances científicos.

—Si piensa sacar adelante a David, tendrá que echar mano de algo más que técnicas. Es un muchacho que tiende al pesimismo y no confía más que en su perro.

—Y en su amigo Ismael.

—También.

—Usted lamenta que no confíe en su propio padre.

—¿Cómo se atreve? —rugió el viejo, aunque su arrebato tenía mucho de teatral.

—Con su perdón, es lo que me pareció entender. Si así fuera, le confieso que a veces los padres espantan a los hijos con su afán por sacarlos buenos. Mi hermano mayor Santos, por ejemplo, es un dechado de perfecciones, y sin embargo mi padre parece encontrarle toda clase de defectos: que no habla lo suficiente, que carece de iniciativa, que es demasiado racional, o tímido, en fin, tienen sus encontronazos. Y Francisquito, el menor, es un dolor de cabeza. No quiso estudiar porque se le ha metido entre ceja y ceja que lo único que le importa es cabalgar y hacer trabajos de campo. Dice que a él le

gusta ser peón y que para eso no es preciso leer ningún libro.

—Vaya, su padre tiene con qué entretenerse. Deduzco entonces que la hija predilecta es usted.

A Juliana no se le escapó el sarcasmo, otro parecido con David.

—Tampoco es tan así. Mi decisión de ser médico no le gustó ni un poquito. A mi madre no le hizo gracia, pero ella está más dispuesta a entenderme. Lo que digo es que los hijos no siempre cumplimos el plan que los padres tienen para nuestra vida. David, en su caso, tal vez no haya querido ir al ejército si tenía otras ideas sobre el bien y el mal.

—Mi hijo no ahonda en cuestiones filosóficas. Lo único que quiere es oponerse a mí. Es la fina estampa de su madre.

En el entendimiento de que ése era un tema delicado, Juliana no respondió. El tiempo pasaba y necesitaba encontrar una excusa para abandonar el despacho e ir en busca de David, pero le daba pena dejar al viejo en un momento de debilidad como ése, sobre todo porque tuvo la impresión de que no sólo no hablaba con su hijo, sino que no tenía a nadie que quisiera escucharlo.

El perro de caza fue en su auxilio. Debió de olisquear su presencia, pues apareció en la biblioteca meneando la cola y lanzó dos o tres ladridos cortos, celebrando el encuentro.

—Saque a ese animal de aquí y cierre la puerta al salir —ordenó Jeffrey, contento de poner fin a esa conversación que lo había malhumorado.

—Él me llevará adonde está David —dijo alegremente Juliana, y antes de hacer lo que le indicaba, se volvió para comentar:

—Fue un gusto conocerlo, señor Amherst. Otro día le traeré más budines de mi abuela.

Cerró la puerta, y por suerte no vio el semblante descompuesto del hombre al escuchar eso.

Encontró a David en la postura que ya le resultaba familiar: sentado junto al fuego, perdido en la contemplación de sus propias

miserias. Sin duda ocupaba ese sitio desde hacía sólo unos momentos, ya que ella no lo había visto al entrar a la casa. Supuso que la criada le habría avisado de su presencia. Vestía una casaca de lana y calzaba botas que aún tenían restos de nieve. Su perfil, recortado por las llamas, resultaba seductor con su nariz recta, la mandíbula poderosa, las cejas gruesas y los labios finos; pero apenas entraban los ojos en el conjunto, su frialdad destruía el encanto. Juliana se preguntó si la tortura que revelaban sería justificada, o si el soldado sufriría alguna enfermedad mental que lo dispusiese a ser infeliz sin motivo suficiente. Sobre esos asuntos no tenía conocimiento, era una ciencia que todavía ofrecía muchas oscuridades.

—Por fin lo encuentro —dijo, intentando que su voz sonase alegre.

Él se removió, incómodo, pero le dirigió un saludo atento.

—Estuve hablando con su padre —siguió ella.

Eso acaparó toda la atención del hombre, que perdió su envaramiento y la miró atónito.

—Conversamos de todo un poco, incluso sobre usted.

—¿Qué le dijo?

Era un reto. Casi podía ver al guerrero dispuesto a saltar sobre el enemigo.

—Nada fuera de lo común. Su padre ambiciona la carrera militar para usted, según entiendo.

—He renunciado.

—Me parece bien, si no era lo que le gustaba. Es hora de que los jóvenes sigamos nuestra vocación.

—He malgastado la mía hace tiempo —fue la agria respuesta.

Juliana se armó de paciencia. Entre el padre y el hijo, había que recurrir a un arsenal de ella.

—La vida ofrece muchas oportunidades, no hay que dejarlas pasar.

—Veo que es usted una mujer sabia, o crédula. No sé cuál de las dos propiedades padece.

—Y yo entiendo que usted es un hombre desilusionado, o bien antipático. Tampoco me decido.

David la taladró con la mirada y apretó los puños contra el sillón.

—Recoja todo eso y váyase.

A su lado había una caja de cartón de la que sobresalía toda clase de cosas: juguetes, ropa, libros… Juliana se preguntó si intercambiarían recuerdos esa mañana, ya que ella traía sus propios regalos.

—Yo también le he traído algo —comenzó—, para que pase más entretenido sus días de reposo.

—Ya no hago reposo.

—Bien, mejor aún, porque le pensaba proponer un paseo.

La sorpresa distendió los rasgos de David, que lució de repente joven y muy atractivo. Juliana salió del apuro con una idea súbita.

—¿Acaso no hay trineo en esta casa? —dijo con un mohín travieso.

El soldado recordó que en la parte trasera del cobertizo dormía el viejo trineo de su infancia. Había olvidado el vértigo de arrojarse barranca abajo con la cabeza hacia adelante, los ojos cerrados a causa de la nieve que saltaba a su paso. Era feliz, o creía serlo entonces.

—Estará herrumbroso, supongo.

—Si me dice dónde buscarlo, iré.

—Iremos juntos. ¡Leda, mi abrigo!

Juliana se arrebujó en el suyo, mientras pensaba en la extraordinaria similitud de las voces de mando de ambos Amherst. Otra prueba palpable de lo que allí ocurría.

La mañana les salió al paso con una brisa helada que cortaba el aliento. Dejaron profundas huellas en la nieve al caminar el trecho que separaba la casa del cobertizo. Tras ellos, Falcon dejó las propias, en línea zigzagueante detrás de uno y de otro. Juliana tiritaba un poco, pero a David no le hacía mella aquel frío intenso, debía de estar habituado a los rigores de la frontera. El cobertizo se encontraba en la

primera hilera de árboles que precedía al bosque, un laberinto de ramas negras y desnudas. Él le indicó que lo siguiera mientras rodeaba la cabaña en busca del viejo trineo. Allí, bajo una lona encerada, con su rojo trepidante oscurecido por la suciedad, dormía su sueño de olvido. Juliana ahogó una exclamación. ¡Nunca había visto uno más bonito! En las láminas de invierno de los almanaques extranjeros a veces se veían trineos deslizándose por las laderas, llevando a bordo niños de mejillas encarnadas y bufandas coloridas. Esas imágenes le habían causado siempre la impresión de que una felicidad exultante se desprendía de esos vehículos asociados a la Navidad, la nieve y los renos de erguidas astas. Ahora tenía ante ella un ejemplar, y no podía creer que aquel ensueño se volviese real. Ignorante del cúmulo de emociones que sacudía a su compañero de aventuras, se acercó a despojarlo de la lona y contemplar en toda su belleza el trineo de David.

—Es precioso —murmuró—. Me encanta que sea rojo, es como me imaginaba los trineos.

—¿Nunca viajó en uno?

—No tenemos nieve en el Río de la Plata. En la cordillera nieva bastante, pero las laderas son muy empinadas para lanzarse, creo yo.

David tiró del trineo para sacarlo de debajo del alero y sacudirle la tierra enmohecida antes de invitar a su acompañante a subir. Se preguntaba si estaría en condiciones después de tanto tiempo, y arrugó el entrecejo ante la duda.

—¿Algo está mal? —quiso saber Juliana, atenta a sus reacciones.

—Nunca se sabe. Hay que esperar siempre lo peor.

Ante aquel comentario deplorable, la joven suspiró y aguardó, saltando sobre uno y otro pie, a que el soldado pusiese a punto el trineo.

Ninguno de ellos descubrió el rostro que los contemplaba desde adentro, oculto por el empañado del vidrio. Ismael se había acercado con sigilo al escuchar las voces.

Todo iba sobre rieles, o más bien sobre cuchillas de hierro, en ese caso.

Vio cómo David se sobreponía al dolor de la costilla para

empujar el trineo en dirección al bosque, y también con cuánta admiración lo miraba aquella joven de cabello rojizo que ningún gorro lograba someter. Falcon husmeaba feliz entre ambos. Ismael contuvo el aliento al ver pasar de cerca la figura de Juliana. Ella, que no sospechaba su presencia, se alisó la falda del abrigo para prepararse a subir y sacudió los rizos molestos de sus mejillas. David la incitaba a trepar a la parte de atrás, reservándose el sitio del conductor. Era una maniobra arriesgada luego de tanto tiempo, deslizarse por la pendiente con acompañante. Había que ver si las correas estaban firmes, si las cuchillas no tenían desviada la línea, si el cuero del asiento conservaba mullido el interior. Nada de eso parecía importar a aquellos dos audaces. Por primera vez, Ismael creyó advertir cierta chispa de diversión en su amigo. Retrocedió en las sombras para evitar que al verlo se sintiesen obligados a invitarlo, o se avergonzasen de su comportamiento de chiquillos. Escuchó los ladridos excitados de Falcon al partir. Juliana iba sentada y David, con increíble dominio de su costilla, tiraba del trineo para conducirlo hacia la bajada por la que se deslizarían.

Ismael volvió al interior de la cabaña, se acuclilló frente al fuego y lo alimentó con leños. Las llamas bailotearon en su rostro, desnudando un sentimiento sorpresivo hasta para él.

—¿Está lista?

Se encontraban en la cima de la ladera del otro lado de la estrecha línea de bosque que delimitaba la propiedad. Era una colina suave que desembocaba en el arroyo. Había que ser diestro para esquivarlo a gran velocidad y evitar caer en la quebradiza superficie.

—¿Puede venir el perro también?

—¡Qué va! Faltaba eso. Falcon bajará por su cuenta, con sus propias patas.

David parecía preso de una extraña excitación. Juliana tuvo de pronto un atisbo de temor al pensar que tal vez él tuviese la vista borrosa todavía.

—¿Ve bien ahora? —gritó, pues en la cima soplaba un viento tenaz que ahogaba sus voces. Además, los labios se le endurecían y apenas lograba articular palabra.

—¿Qué?

—Que si ve…

—¡Sujétese!

Pudo rodearlo con sus brazos antes de que el impulso la echara hacia atrás. Los oídos le silbaron por la velocidad que el trineo alcanzó apenas tomó la pendiente, y aquella felicidad que imaginaba al ver los almanaques se trocó en incomodidad por la ceguera que causaba el viento helado en su cara. Atinó a recostarse sobre la espalda de su intrépido paciente, cuando sintió que había aire bajo sus pies en lugar de nieve. Ya fuese por lo empinado, o porque habían rozado alguna roca, el trineo volaba en vez de deslizarse. Juliana soltó un alarido, mezcla de excitación y pavor. Al no escuchar casi nada la invadió una sensación de irrealidad, como si estuviese adentro de un sueño.

O de una pesadilla.

David, en cambio, experimentaba un atolladero de emociones. Al ver el trineo había sentido nostalgia por su niñez solitaria; luego, al trepar en él, un recuerdo molesto le nubló la mente, hasta que empezó el descenso y las imágenes lo enredaron como telarañas. La congoja se adueñó de su pecho, y en la cumbre de la velocidad recordó de pronto que aquella vez, siendo muy pequeño, alguien lo había empujado colina abajo para evitar que presenciase una violenta discusión. Se escucharon gritos de alarma al verlo despeñarse con el trineo y luego, cuando fatalmente rodó hasta el arroyo, aquellas voces, cada vez más cercanas y violentas, lo habían aturdido en su inconsciencia. “Vete”, recordó que gritaban. Acostumbrado a los desplantes, David había creído que se lo decían a él.

Juliana notó que el trineo se desestabilizaba y que su conductor no parecía darse cuenta.

Miró hacia atrás y se horrorizó al ver que los árboles pasaban raudos a su lado, rozándolos con sus cortezas descascaradas. David era bueno, sabía eludir los obstáculos, pero ella no entendía si él tenía un plan para el último tramo, que se aproximaba de modo alarmante. El arroyo relucía con brillo asesino al final de la bajada.

—¡David! —lo alertó ella, al tiempo que le apretaba el costado.

Quizá fue su voz, o el dolor que se le clavó entre las costillas, el caso es que el soldado acertó a esquivar la fatal caída con hábil movimiento del manubrio. Cayeron de todos modos, pero sobre la

nieve blanda que los protegió de los golpes. Hubiese sido dramático hundirse bajo la delgada capa de hielo que cubría el agua. David se incorporó de inmediato y acudió a ayudar a Juliana, que se sacudía la nieve de la cara.

—¿Se hizo daño? Soy un torpe, me creo que tengo cuatro años todavía.

—¿Y a esa edad se arrojaba por esta ladera? Le daban muchas libertades, David.

—Muéstreme que está entera —insistió él, que no se atrevía a palparla para cerciorarse.

—Oh, soy más dura de lo que aparento —dijo ella con énfasis, pero debió contener un dolor repentino en su pie al apoyarse.

—Lo sabía. Venga, la llevaré en andas.

—¿Usted, con su costilla fisurada? Buena pareja de desahuciados seremos.

El tono bromista de Juliana arrancó una sonrisa al hombre, que mostró una dentadura pareja y seductores hoyuelos en las comisuras.

Él conocía todos los atajos de aquel sitio y subieron dando un rodeo, Juliana apoyada en su brazo y saltando sobre el pie sano, David sujetándose el costado con la mano libre y lanzando toda clase de improperios a Falcon, que saltaba entre ellos como si hubiesen logrado una hazaña al volcar el trineo que quedó sepultado a medias en la nieve. Lo buscaría luego, cuando hubiesen resuelto lo más importante. A pesar del susto y del dolor, Juliana se sentía contenta. Por fin aquel soldado había olvidado lo que lo atormentaba y disfrutado de una sencilla alegría, como un niño. ¡Él mismo dijo que se sentía de cuatro años! Lo que ella no podía saber era que el tormento había cambiado de signo, y que los miedos de la niñez podían ser tan arteros como las desgracias de la adultez.

Sostener a la joven era un modo permitido de sentir su tibieza aun bajo el grueso abrigo, percibir el latido de su corazón y recibir su aliento cálido en el cuello, causado por el esfuerzo de subir las pendientes del bosque. Juliana era valerosa. De no haber sido por su grito, él quizá se habría precipitado en el arroyo congelado. Estaba hecho de recuerdos ingratos, toda su vida era un rosario de pérdidas, pero la peor de todas era revivir el vacío que sintió durante la infancia en aquella casa. Si era honesto, no debía culpar a su padre de su

alistamiento en el ejército. Para él resultó un modo de alejarse, aunque fuese en pos de algo que no le interesaba. David también era culpable de las decisiones tomadas, no era justo achacárselas todas al viejo. Pudo haberse marchado con una bolsa al hombro en busca de trabajo, o huido a bordo de un barco hacia horizontes lejanos. Obedeció en cambio los designios del descendiente del barón, en un último intento de complacer a ese hombre desapegado, eternamente insatisfecho con su único hijo. Ya no lo haría más. Estaba decidido a enrostrarle todo lo malo y fracasado que era, para acabar de una vez con las pretensiones de los Amherst.

"Y si me pinchas demasiado en contra de esta chica, me casaré con ella", pensó, sorprendiéndose de haber llegado a esa conclusión.

Más aún le asombró ver al mismísimo Jeffrey aguardando su llegada en la escalinata del porche, bajo una fina llovizna que empezaba a caer en ese mismo momento. Detrás del anciano, un hierático Ismael contemplaba la escena con gesto indescifrable.

—¿Qué te has creído? —bramó Jeffrey, bajando los escalones con rapidez inusitada—. ¿En qué estado traes a esta joven a la casa? ¿Y qué se te ha dado por remover cosas viejas? Debo pensar que el regimiento te trastornó el cerebro. ¿Cómo le explico a la abuela de esta niña que su nieta se accidentó en mi propia casa?

—Yo mismo se lo explicaré, no es necesario que te tomes la molestia.

—¡Descarado!

—Señor Amherst, por favor, no es para tanto. Me duele un poco el pie, nada grave. Se me irá apenas entre en calor.

—Al entrar en calor dolerá más —se escuchó decir a Ismael.

David le lanzó una mirada aviesa.

—Gracias por tu ayuda. ¿Puedes apoyar el pie? — y se volvió hacia Juliana, tratándola con repentina familiaridad.

—Sí, sí, es cuestión de acostumbrarse —respondió ella, del modo más informal que pudo. Mientras departían junto a la escalinata, el carro de Tony Tim apareció en la verja, y la joven encontró la oportunidad para deshacer el nudo de la discusión.

—Creo que es hora de irme, han venido a buscarme.

David echó un vistazo y repuso, con aquel tono de mando que ella ya le había conocido:

—De ningún modo te irás sola, iré contigo hasta la casa de tu abuela. Le explicaré lo sucedido.

—Me gustaría saber cómo —gruñó Jeffrey antes de darse la vuelta y subir los peldaños con furia en cada pisada.

Al quedar los tres jóvenes bajo la llovizna que ya se convertía en nevisca, Juliana tomó el toro por las astas y les hizo saber que se las arreglaría con su pie y con su abuela, que esa torcedura no era nada comparada con las caídas del caballo en la estancia de sus amigos, y que *Granny* era una mujer acostumbrada a lidiar con esas tonterías sin asustarse.

—Nos reiremos juntas del pequeño accidente —aseguró.

—Iré contigo de todos modos.

Ismael parecía reticente, pero luego asintió y se limitó a acompañarlos hasta el carro, donde un cochero disgustado observaba el lamentable estado en que llegaba su pasajera. ¡Después de sus advertencias y las de la señora O'Connor!

—A la casa de la señorita —indicó David, como si se pudiera ir a algún otro lado.

—Ya lo creo —masculló Tony, y fustigó a los caballos.

Atrás quedó Ismael, con el ceño fruncido y la mandíbula endurecida bajo su piel cobriza. No le gustaba lo que estaba sucediendo. Esa Luna Larga venía con una inesperada novedad. Y no sabía si tendría corazón para enfrentarla.

5

Cómo es posible que te hayas hecho esto? —repetía Emily mientras acomodaba el almohadón bajo el pie de Juliana por enésima vez.

—*Granny*, no es nada, sólo una torcedura. Si me hubiese quebrado un hueso, estaría en un grito. ¿No ves que casi ni se ha hinchado? Sé lo que digo.

—Pues no sabes lo que haces. Te advertí que no fueras a la mansión —y miró de reojo hacia donde David Malcolm Amherst ocupaba el sillón de enfrente con ánimo compungido.

—Le aseguro que ella pudo caminar sin problema hasta mi casa, señora —dijo él, también por enésima vez.

—¡Adela! ¿Está lista el agua con sal?

Desde la cocina se escuchó el vapulear de los cacharros y la voz apagada de la mujer, que se apresuraba a cumplir con el pedido. Ese lavaje, unido a una pomada con árnica, eran los remedios que aconsejaba la abuela. Y si empeoraba, llamarían al doctor.

Juliana rogaba que su pie se mantuviera como hasta ese momento, sin hematomas y apenas hinchado. Lo último que deseaba era arruinar la Navidad a todos.

David la miraba con ojos arrepentidos, pero también con cierto regusto de hallarse en aquel sitio acogedor repleto de adornos, con la sensación de ser un chico malcriado al que regañaban con un resabio de cariño que él jamás había experimentado.

La abuela era un trofeo hogareño. Todo en ella denunciaba el amor maternal extendido a los nietos, el placer de convertir la casa en un rincón de puertas abiertas, y hasta el modo brusco con que se dirigía a él en reproche por no haber cuidado de Juliana, ocultaba simpatía por su situación. Él se daba cuenta y lo disfrutaba. Aquél era un verdadero hogar, aun si faltaban los demás miembros de la familia, pues sus presencias se percibían como hálitos que rodeaban a la abuela y a su nieta.

Paseó su mirada por las innumerables carpetitas bordadas

distribuidas en todos los muebles, las porcelanas, el reloj tallado en láminas de roble, y los retratos donde caras desconocidas le sonreían, dándole la bienvenida a Amity St. Del arco de la entrada pendía una corona de acebo engalanada con cintas rojas, y las botas de calceta de la chimenea mostraban su interior abultado de regalos que se abrirían en la mañana de Navidad.

La criada apareció portando la palangana y canturreando un villancico.

—Aquí lo tienes, tibio como me dijiste, Emily.

—Ponlo aquí, justo debajo del sillón. Quítate la media, Juliana.

David se puso de pie y miró por la ventana en deferencia al pudor de la joven, aunque advirtió que a ella no se le había pasado por la cabeza que fuese indecoroso desnudar su pie ante él.

—Cuando tenga pacientes propios usaré tu receta, abuelita —informó Juliana con placer, al sentir confortable el baño de pie.

—Ya veremos —refunfuñó la anciana.

David se volvió hacia ellas.

—¿Va a ser médico entonces?

—Ésa es mi vocación, de lo que hablábamos antes. Tengo buen ojo para descubrir síntomas y adivinar su cura. Claro que aún no alcancé un conocimiento científico, pero me las arreglo con vendajes y emplastos. Pude adivinar lo de su costilla antes de que Ismael lo verificase.

—Es cierto. Me maravilla que sepa con certeza lo que quiere hacer en la vida. Es una profesión, digamos, arriesgada para una mujer.

—Oh, como cualquier otra. También es arriesgado parir hijos, criarlos y acompañar al esposo cuando viaja al extranjero. Mi madre lo ha hecho todo con mucha entereza.

—Juliana, cuida tu lenguaje —le advirtió la abuela.

—Los médicos usan palabras técnicas, abuelita, debo acostumbrarme. Y no son obscenas.

David sonrió al ver la diferencia entre ambas mujeres: una

educada en las antiguas costumbres puritanas, la otra representando a una generación de jóvenes decididas a tomar las riendas de su vida, con independencia de la opinión general. Juliana había hecho lo que él, a pesar de llevarle unos cuantos años, no se había atrevido a hacer: adueñarse de su futuro. En la conversación trunca de aquella mañana, la joven le había mencionado que la vocación era el camino a seguir, y él no quiso decirle cuál había sido la suya entonces. Porque desde que mostró esa inclinación, sufrió el desprecio y la burla de su padre. Y fue Jeffrey quien dio la orden de quitar el hermoso piano de la sala cuando supo que a su hijo de apenas cuatro años le interesaba tocarlo. De pronto, algunos recuerdos enterrados afloraron en su mente. Había una mujer que discutía con su padre. ¿Quién sería? ¿La dama de ojos oscuros que estaba en el álbum de fotos que dejó caer en el despacho del viejo el otro día? Era extraño que junto con la presencia de Juliana volviesen a su memoria hechos que había sepultado tan hondo en ella.

—¿Desea una taza de té?

Emily O'Connor le indicaba con un ademán que se acercase a una mesa plegadiza arrinconada entre los sillones. En una bandeja cubierta por un mantel azul lucía la vajilla con cisnes pintados, y el detalle de una guirnalda de hojas y bellotas en torno a los bizcochos. Se ubicó entre ambas mujeres, un poco incómodo por no poder estirar las piernas y también por sentirse fuera de lugar en una casa tan femenina. Había sido privado de lo femenino durante su infancia.

—Así que ha vuelto de su misión —comenzó Emily mientras untaba una tostada con mermelada para su nieta.

—¡*Granny*, no estoy inválida!

—Come y calla. Me decía Julianita que regresó de la frontera. ¿Piensa volver?

La abuela lo estaba interrogando, y él debía quedar bien parado ante ella.

—En absoluto. He renunciado al ejército, mal que le pese a mi padre.

Emily detuvo el gesto y lo contempló con interés.

—Tuvo agallas para hacerlo. Reconozco que el descendiente del barón no es un hombre fácil de convencer —y cambió de opinión y le extendió a él la tostada.

—Es que no lo he convencido, sólo le informé mi decisión. Me niego a volver luego de lo que he visto. Tenía otra idea de lo que me esperaba como parte del regimiento. Es hora de que haga mi vida sin tomar en cuenta mi apellido. Tampoco creo que mi prosapia valga mucho.

—No diga eso. Aquí la figura del barón Amherst es muy valorada.

—Si le contara algunas cosas quizá no lo valorarían tanto, pero no quiero arruinar el descanso de su nieta, ni la armonía a la hora del té.

—Muy sabio y educado de su parte. ¿Y a qué piensa dedicarse entonces?

—Venderé mi herencia y me iré a otra ciudad. Hay sitios más modernos que éste, donde se puede forjar un destino mejor.

—Nueva York es uno de esos lugares —afirmó Juliana con la boca llena—, aunque si fuera usted, me embarcaría rumbo a un país lejano y salvaje, para dejar mi huella.

—¡Qué disparate! —terció la abuela.

—Es lo que hizo mamá.

—Por eso digo, un disparate que a tu madre le salió bien, pero luego de mucho sufrimiento. Si ella te contase…

—Yo veo los resultados, *Granny*. Mamá es feliz como parte de la comunidad de maestros, tiene un nombre y autoridad para decidir. Papá la respeta y admira, y son tantos sus alumnos ya diplomados, que las visitas a nuestra casa no cesan nunca.

—Usted no ha seguido sus pasos —observó David, interesado.

—Oh, la paciencia no es mi fuerte. Yo quiero acción. Si hubiera alguna guerra cuando me graduase de médico, iría a la frontera a prestar servicio.

La expresión espantada de la abuela casi arranca carcajadas a David.

—¡Válgame Dios! ¿Qué he hecho yo para merecer esta descendencia? —murmuró la anciana.

—Tiene arrojo, señorita Juliana, debo reconocerlo, pero la frontera no es lugar para una dama, aun siendo médico o enfermera. Se lo aseguro porque lo he visto. Pienso que, sin arriesgar tanto el pellejo, podría dejar su huella en otras partes. ¿Va a ser cirujano, acaso?

La joven quedó pensativa con la taza en alto. No se había decidido por ninguna especialidad, pero era cierto que de eso dependía su suerte. Quizá fuera más difícil ser cirujano en un medio de hombres. Tal vez le conviniese volcarse a otras áreas donde pudiese ser pionera. Ese pensamiento la silenció durante un rato, que Emily aprovechó para ahondar en la vida del soldado.

—¿Se ha mejorado de su visión borrosa?

—Pues a decir verdad, va y viene, es extraño. Hay momentos en los que siento que me quedaré ciego, y otros en los que ya ni me acuerdo del problema. El médico del regimiento me vaticinó ceguera progresiva a causa de la herida de metralla —y David se levantó el mechón rebelde que ocultaba el tajo y las marcas de las esquirlas.

La abuela se estremeció, y Juliana se incorporó para verlo de cerca. Estuvo a punto de deslizar un dedo por la cicatriz, mas se reprimió ante la expresión de la anciana.

—No permitiría que un hijo mío volviera a la frontera después de eso —sentenció la mujer.

—Mi padre lo ve como un galardón. Confieso que lo sería, si lo hubiese obtenido peleando por la libertad de los pueblos, pero se trata de fuego amigo en circunstancias de dudosa reputación.

—Que no nos contará, en deferencia a nuestra sensibilidad —le recordó la abuela.

—Así es.

—Me gusta usted, caballero. Es un hombre sensato. Al principio, creí…

—¿Que había heredado el carácter de mi padre?

—Sí, algo así.

—Veo que usted lo conoce bien.

—Todos en Amherst lo conocen.

Juliana intervino de improviso.

—Yo también, y no me pareció un hombre desagradable en absoluto. Creo que se siente solo.

Tanto David como la abuela la miraron con estupor.

—¿Solo?

Habían hablado al unísono y resultó tan insólito, que Juliana soltó una carcajada.

—Parecen del mismo bando. Voy a formar otro con el señor Jeffrey para emparejar la situación. Falta considerar de qué lado se pondrá Ismael —dijo con desparpajo.

—Y de qué lado se pondrá Falcon —agregó David, guiñándole el ojo.

—Ese perro ya es mi aliado —bromeó ella.

¡Se sentía tan contenta ese día! Había logrado sacar a David de su pesimismo y arrastrarlo a la casa de la abuelita, donde ahora parecía un estudiante en su día franco, tomando té y riendo en compañía de dos damas. Estaba satisfecha con su obra, podía sentirse orgullosa.

—Volviendo al tema —siguió el hombre, con una tenacidad que contrastaba con la ligereza de su anterior talante—, dice que conoció a mi padre. ¿Desde joven?

—Todos éramos jóvenes —contestó evasiva la abuela.

—Era usted entonces una de sus vecinas. Yo no tengo recuerdos de haberla visto en la casa, aunque es verdad que pocos son mis recuerdos. No sé por qué, mi memoria de la infancia me es esquiva. Tal vez no hubo nada que mereciese ser guardado.

—Atesorará sus recuerdos a medida que envejezca, porque

serán lo único que tenga.

—Señora O'Connor, ya está hablando como mi padre.

—Pues no fue mi intención, pero los viejos tenemos algunas cosas en común. ¡Hasta alguien como él!

Juliana miraba a uno y a otro con disimulo. La abuelita se había tornado de pronto locuaz e inquisitiva. Había abandonado la discreción que la caracterizaba y consideraba a David casi como un amigo de la casa, cuando momentos antes lo había recibido como a un intruso. En cuanto a él, la joven lo notaba interesado en lo que la anciana pudiese contarle de su propio padre y de la infancia en Amherst. Bien extraño era todo aquello.

Faltaban dos noches para la luna de Navidad, según le dijo Ismael, y ella iba a aprovechar ese plazo para inducir al soldado a ser feliz de nuevo. Ignoraba la verdadera razón de su desdicha, aunque por intuición creía que no se trataba del ejército ni de las horrorosas experiencias vividas en la frontera, sino de algún padecimiento personal. Le recordaba a Dolfito cuando se abstraía en su mundo interior y levantaba un muro ante los demás. Eso era porque su amigo de la infancia había sido abandonado por su verdadera madre, y a pesar del amor con que fue criado por los Zaldívar, él sabía su historia y la herida no cerraba. ¿Cómo se sentiría tener una madre a la que no se conocía y que no había sido capaz de amar lo suficiente al hijo? Para Juliana era imposible de imaginar teniendo la suya, que vivía pendiente de ellos. Las madres, por desgracia, no se podían prestar.

—¿Siempre ha vivido solo con su padre, David? —se escuchó preguntar, antes de darse cuenta de lo impropio de su curiosidad.

Él dejó la taza y una sombra oscureció su apuesto rostro.

—Desde que me acuerdo. Mi madre murió al nacer yo, y mi padre no acostumbra a mencionarla. Fui pupilo a un colegio en Hartford; al regresar, ya el viejo tenía preparado un lugar para mí en el ejército. Era lo que se esperaba que hiciese, y lo hice.

El relato sonó tan triste, que hasta Emily disimuló el empañado de sus ojos.

—De todos modos —prosiguió David, aumentando la desazón de las damas—, nada hubiese sido muy distinto de haberme quedado. Mi padre no es un hombre dado a las emociones.

—Eso no es lo que yo escuché —dijo de pronto Emily, y el ruido del platillo quedó repicando entre ellos.

—¿Qué dices, abuelita? Cuéntanos.

—No hay nada que contar. Habladurías que no vale la pena mencionar.

—Cualquier cosa que diga será bienvenida. Resulta raro, pero a veces necesito construir mi propia historia.

Juliana miró a David en los ojos, y él le sostuvo la mirada. Había en ella tal reclamo de amor, que por un instante la abuela y la sala desaparecieron, y sólo quedaron aquel hombre y ella, comunicándose sentimientos sin nombre. Fue un momento fugaz que produjo en Juliana una revelación profunda. Era una mujer creyente, solía decirse que Dios le ponía piedras en el camino para desafiarla y así premiar su esfuerzo. Era una manera de explicar el mundo que le gustaba, podía entenderse con el destino si lo recibía como si estuviera dedicado a ella por alguna razón.

Y el destino en esa Navidad era David Amherst.

—Se le hará tarde, joven. Diré a Adela que llame al mozo para que lo devuelva a su casa.

—De ningún modo —objetó él, poniéndose en pie y rompiendo el hechizo—. Volveré caminando.

—¿Por todo el valle? —exclamó Emily, y David creyó escuchar también la voz de Juliana en la misma sintonía que su abuela.

—El ejercicio es bueno para el cuerpo y la mente, y estoy acostumbrado a moverme. En el ejército no teníamos una vida muelle. Agradezco las atenciones, inmerecidas en este caso, puesto que soy el culpable del malestar de su nieta.

La aludida no revelaba en ese momento ningún malestar, por cierto; miraba a David con sus ojos dorados llenos de expectativa, y él tuvo que desviar la vista para evitar que la anciana descubriese algo que aún no existía entre ambos.

—Lo acompañaré yo misma a la puerta. Juliana, quédate —ordenó Emily.

David inclinó su morena cabeza en dirección a la joven y volvió

a guiñarle el ojo, en un intento de convertir aquella reunión en un encuentro de amigos. Ella sonrió en silencio.

La abuela se ocupó de darle las indicaciones del camino como si se tratase de otro de sus nietos, y permaneció unos instantes en la puerta pese al frío, para asegurarse de que las hubiera entendido. David hizo una señal de despedida antes de dejar atrás el buzón de correo de la casa de Amity St., y luego enfundó ambas manos en los bolsillos porque estaba helando, y era probable que cayese nieve antes de que llegara a la mansión. Por dentro, sin embargo, un reciente e inesperado calor de hogar lo invadía.

Había sido buena la decisión de regresar caminando, tenía mucho en qué pensar.

El espíritu de la Navidad impregnaba el valle. En cada copo que danzaba en el aire, en la blandura nacarada del suelo sembrado de agujas de pino, en el perfume de los leños que brotaba de las chimeneas, en el cielo cargado de nubes y premoniciones, y en el cascabeleo de los trineos con que jugaban los niños en las últimas horas de luz.

Había pasado tantas Navidades en el ejército brindando con cantimploras al calor de la escasa lumbre, enfundado en su capa, aterido y solo pese a la camaradería reinante, que aquélla le resultaba novedosa. De las de su infancia nada recordaba, tal vez porque en algunas lo habrían dejado internado en el colegio. Ahora que rememoraba aquellos años, tenía la impresión de que su padre se había alejado del Valle de los Pioneros durante un tiempo. Adónde había ido, no tenía idea. Fue la época en que Wanaka y él se conocieron. David tenía un remoto recuerdo de un pequeño silencioso que lo espiaba. Más tarde, el muchachito se convirtió en su compañero de juegos, y a cierta edad los separaron. Según se le dijo, Wanaka había sido arrancado de la tribu a la que pertenecía e internado en un colegio adecuado donde pudiesen borrar su identidad india. Era lo acostumbrado. Había instituciones especiales para recibir a los niños nativos, vestirlos con uniformes de huérfano y darles nombres cristianos, para que por fin se adaptaran a la vida civilizada. Sus padres estaban muertos, y sus madres empleadas en labores domésticas o en el campo. Era la manera de resolver un problema que ya llevaba mucho tiempo fastidiando al Estado Federal. Pero aquel colegio no resultó bueno, al parecer, y Wanaka se inscribió en el de

David con el nombre de Ismael.

Pronto se hicieron grandes amigos, pues David era un niño solitario y sus silencios simpatizaban a ese otro niño que se resistía a hablar con los *wasichu*, a los que consideraba enemigos. El resto de los internados lo miraba con malos ojos porque aquél no era un instituto para civilizar indios sino un verdadero colegio, y les resultaba extraño compartir sus días con uno de esos salvajes de los que se contaban tantas historias. Ismael y David se defendían el uno al otro, como si algo indefinible los uniese. Los demás niños se fueron alejando de ellos al percibir que formaban una unidad, y así transcurrieron los años de internado, amparándose mutuamente. Fue cosa natural que el muchacho indio volviese después a la mansión del valle. No tenía otro sitio donde ir, en principio, hasta que supo de una hermana suya que estaba viviendo en Oklahoma, en una reserva estéril que los blancos habían destinado a las tribus del este.

A partir de entonces, los amigos alternaron temporadas de caza y pesca con viajes de exploración en los que David conoció las tierras de agua donde los hurones antaño vivían, y aprendió mucho sobre sus costumbres. También supo de la vida en el desierto en Oklahoma y convivió con la pobreza de los desterrados. Ismael, por su parte, se afincaba en el cobertizo cuando volvía de la reserva y participaba de la vida de los *wasichu*, aunque manteniendo distancia, ya que en su interior persistía un nudo de rebeldía que no se había deshecho nunca.

Era fiel a David, pero no debía nada a los blancos.

“Sólo falta que salte ante mí el viejo pascuero con su risa cavernosa, y me entregue un regalo”, pensó el soldado al ver que un cervatillo curioso lo miraba entre los árboles.

Había dicho que pensaba irse de Amherst. Fue una idea peregrina que lo asaltó al verse presionado por las damas para contar sus planes. En realidad no tenía planes, aunque era hora de trazarlos. Su formación era buena, y en los tiempos que corrían existían oportunidades. Todo estaba por hacerse en el oeste, donde día a día surgían nuevos pueblos formados por viajeros, buscadores de oro, banqueros, familias de colonos y hasta extranjeros provenientes de lugares exóticos. Era una vida diferente a la organizada sociedad del este, y valía la pena probarla. Esa muchacha generosa de bellos ojos sin duda volvería a su país cuando la abuela muriese, si es que no lo hacía antes. ¿En qué estaba pensando al mirarla del modo que lo hizo? Él no podía prometer nada a una mujer decente. Ni siquiera a una furcia, que bien interesadas eran cuando se trataba de negocios. En la

frontera había dilapidado con ellas las pocas monedas que recibía. Claro que se pensaba distinto cuando se corría el riesgo de morir a la mañana siguiente. Juliana era una chica con cualidades, le esperaba un futuro venturoso.

Miró hacia donde se alzaba la mansión, y la ventisca le impidió verla. ¿O habría vuelto la ceguera? Se pasó la mano ante los ojos y en efecto, se trataba de eso. Qué contrariedad. Midió sus zancadas, para no caer de nuevo en un barranco, y se afirmó en los árboles que le iban abriendo el paso. Llevaba casi una hora de caminata, ya estaría cerca de la casa. El frío y la nieve arreciaban, debía darse prisa. Recordó con nostalgia la sala de Amity St., su chimenea crepitante, las guirnaldas verdes y rojas, el aroma a vainilla proveniente de la cocina, y a Juliana sentada en su sillón como una reina, saboreando bizcochos y bromeando con su abuela.

El ruido de una ramita al quebrarse lo alertó. Por fortuna, pues estaba a punto de dar un mal paso. Enderezó el rumbo y escuchó lejanos ladridos que lo reconfortaron. Falcon lo aguardaba como siempre, de seguro lo habría olisqueado o intuido con su percepción de perro cazador. Se quitó los guantes y puso dos dedos entre sus labios para soltar el silbido que el animal conocía. La respuesta exaltada no se hizo esperar. Al cabo de unos momentos, Falcon retozaba a su lado, contento de conducirlo hasta la casa y echarse a sus pies junto al fuego.

Ismael permaneció largo rato en el bosque. Había hecho bien en seguir a esos dos hasta Amity St., pues sospechó que David pretendería volver solo y temió que sufriese otro accidente, si la nieve o sus ojos le impedían ver el camino. Fue una larga espera. Su amigo se había tomado su tiempo para pedir disculpas a la anciana. Y ella no reaccionó como lo había hecho ante él, con el espanto pintado en el rostro. David había podido apoltronarse en los sillones de la sala, beber té en deliciosa compañía y departir como un viejo conocido hasta que se le antojase regresar. Privilegio de algunos.

El ardid de romper la rama funcionó, advirtió al amigo que estaba siguiendo un rumbo equivocado. Ismael no quiso darse a conocer, prefirió dejar que creyese que no se había preocupado por su suerte. Hizo trizas entre sus dedos la rama quebrada.

Maldita luna, lo había traicionado.

Los de Wendat, como toda la gente de la región de los lagos, atribuían importancia a la luna. Y en esa ocasión venía con doble significado. Por eso él se sentía inquieto. Y si bien interpretaba la Navidad a su manera, la enseñanza recibida en el instituto coincidía en algún punto con las creencias de su pueblo: los ángeles y el Dios de los cristianos habían sido, en su mente de niño, los tótem y Manitú. Tampoco tuvo problema en asimilar la idea del viaje de los muertos hacia la mansión celestial, ni en aceptar las plegarias como otra forma de rendir culto al sol. Era sencillo, si se miraba bien todo formaba parte del mundo que estaba preparado para los hombres. Y si a los blancos se les antojaba hablar de santos o vírgenes, daba igual mientras él supiera que en realidad se trataba de la Luna de la Fresa o la Luna del Lobo.

Siempre había una luna. Era la deidad antigua que todo lo regía. Pero el lado femenino de esa luna lo perturbaba. Al haber sido arrancado de su gente siendo niño, no tuvo oportunidad de vivir el progresivo acercamiento a la que sería su compañera, el cortejo. Nunca sabría qué se sentía al volver orgulloso de una partida de caza y lucirse arrojando las presas cobradas ante las jovencitas que se ocuparían de desollarlas y curtir las pieles. Ni había clavado sus ojos por encima del fuego en la elegida, mientras los miembros del clan contaban sus historias. La vida en la reserva carecía de esas vivencias. Allí las muchachas corrían el riesgo de ser violadas, y la comida era repartida en carros y administrada por una oficina del gobierno. Pese a eso, Ismael conservaba en su interior, como una joya en bruto, lo que podría haber sido su vida en la confederación.

Era un saber que le latía en la sangre.

¿Por qué, entonces, aquella chiquilla lo había sacudido en lo más hondo? Si estaba fuera de su alcance, no sólo por pertenecer a una familia de rango o haberse instruido en la civilización blanca, sino por brindar a su amigo la oportunidad de librarse del pasado. Juliana representaba el futuro de David, y él lo intuyó desde el comienzo. Su corazón, sin embargo, había roto las riendas que lo mantenían sujeto a ciertos principios. La tarde en que la entrevistó en aquel cuartito mínimo a escondidas de las otras dos mujeres, comenzó su martirio: cayó prisionero de los ojos dorados.

—¿Qué dices ahora, abuelita? ¿Te siguen pareciendo salvajes los habitantes del castillo?

Juliana disfrutaba del dulce de *cranberry* adherido a la cuchara y del apuro de Emily en responder aquella cuestión mientras acomodaba la vajilla en el mueble de la platería.

—Ese muchacho es una cepa nueva. No se puede condenar a la descendencia.

—Tu problema es con el señor Jeffrey, entonces. Falta que lo invitemos también, para que te desengañes y aceptes que es una familia como cualquier otra, quizá acostumbrada a la soledad debido a las pérdidas que sufrieron. Pobre David, huérfano al nacer…

La anciana le dedicó una mirada de soslayo.

—Él dijo que no recordaba nada de su historia familiar.

—¡Con mayor razón! No puede estar influido por los prejuicios. Creo que debemos cultivar su amistad.

Emily se sentó otra vez junto a su nieta y tomó el cesto de la lana con excesivo ímpetu. Enhebraba la aguja a toda velocidad, hipnotizando a Juliana.

—Hay cosas que no sabes, querida, porque pasaron hace mucho y no vale la pena revolver en el pasado. Son asuntos que no los atañen, ni a ti ni a tus hermanos.

—¿Quiere decir que guardas un secreto, *Granny*? —inquirió la joven con voz ansiosa.

Se acomodó en el asiento y cruzó las manos bajo el mentón, esperando una buena historia en la víspera de Navidad.

Emily suspiró derrotada y habló sin desviar sus cansados ojos del tejido.

—Tarde o temprano tenías que saberlo —murmuró.

6

La noche se alargaba, como las llamas que ennegrecían el marco de la chimenea. Dieron las diez en el reloj de pie, que sonó lúgubre en los oídos de David. Al viejo se le había dado por trasnochar y mantenía encendida la lámpara del despacho. Quería subir la escalera sin hacerse notar, porque desde que llegó a la casa no había recuperado la nitidez en la visión y no soportaba ser el centro de las miradas de Ismael ni el dardo de las invectivas de su padre. Esa noche, sin embargo, todos se encontraban despiertos y sin deseos de irse a la cama. Ismael revolvía entre las cenizas, callado como siempre o tal vez más, y Falcon husmeaba en el sitio donde habían estado los paquetes destinados a la señorita Juliana, que por orden de David se cargaron en el carro de Tony Tim.

La incipiente alegría que le produjo la tarde de té se diluyó ante la evidencia de que su ceguera aumentaba. A pesar de que no esperaba grandes cosas en su vida y estaba acostumbrado a no dar la talla frente a su padre, saber que lo aguardaba un futuro de negrura y que se vería privado de placeres elementales como leer o disfrutar de una puesta de sol entre los pinos, le dolía. Esa incapacidad lo aislaría aún más del mundo, hasta de Ismael o de Falcon, porque ¿qué clase de compañero de andanzas sería un ciego inútil? Miró de reojo a su amigo, que seguía escarbando entre los leños. Sabía distinguir un entripado y Wanaka rumiaba algo. David no lograría sonsacárselo, de modo que no valía la pena iniciar una discusión.

—Me voy a dormir —anunció en cambio, y se levantó tras palmear la cabeza del perro.

El otro apenas asintió y continuó en su ensimismamiento. Se palpaba una atmósfera cargada, y David supuso que habría tormenta de nieve esa misma noche.

Subió los peldaños tanteando el barandal y contempló la escena borrosa desde las sombras del rellano. Ismael y Falcon se hallaban dentro del círculo de luz del fuego, que proyectaba oscuridades fantasmales sobre los muros. Por las ventanas entraba la noche blanca y misteriosa, amortajando la sala. David no recordaba bullicio entre esas paredes, nunca hubo otros niños ni personal que riese en voz alta o cometiese torpezas tales como dejar caer una porcelana o golpear una cacerola con una espumadera. Era un contraste notable con la casa de sus vecinas, en la que la cocina se inmiscuía a través del

vaivén de la criada entre los cacharros. Y aquel ruido no molestaba a la señora Emily, por lo que él había visto. Ojalá tuviese ese recuerdo infantil en su mente, para evocarlo en esas horas de apatía. A decir verdad, le hubiera gustado tener cualquier recuerdo que no fuese el del internado y sus paredes húmedas que encerraban pasillos llenos de ecos que se multiplicaban en la época de vacaciones, cuando todos se marchaban. De no haber llegado Ismael al colegio, habría muerto de miedo y soledad. Con el muchacho indio ya eran dos los que permanecían pupilos el año completo y salían únicamente cuando llegaba Acción de Gracias y a veces en Navidad.

Del otro lado de la sala, en el corredor que conducía a las habitaciones de su padre, la puerta entreabierta dejaba salir un haz de luz que se recortaba sobre la pared opuesta. El viejo se encontraba aún en su despacho. David imaginó por un momento a Ismael y a su padre conversando en torno a un brandy o a una taza de té, algo que nunca había sucedido. Era extraño que el viejo aceptase sin más la presencia de su amigo. El día del regreso del colegio, cuando aparecieron ambos en el pórtico de la mansión, Jeffrey los había mirado con dureza, y su única reacción fue indicar al cochero que llevase los bultos al interior de la casa. Luego, surgió la opción de habilitar el cobertizo para Ismael, aunque David debía reconocer que aquélla había sido idea de su amigo, más bien. El viejo jamás dijo nada al respecto.

De pronto, Jeffrey salió al pasillo y, sin advertir la presencia de David en lo alto, dirigió su mirada a la sala. Se quedó unos momentos contemplando la ancha espalda de Ismael, encorvada sobre las llamas. Falcon levantó la cabeza y alertó al indio, que se incorporó.

—Señor Amherst.

—¿Mi hijo se fue a dormir? —la voz del padre sonó ansiosa.

—Así es. Y yo me retiro ahora mismo.

—Espera, quiero decirte algo.

Ismael se irguió ante el anciano. Jeffrey no estaba usando el bastón y avanzó con lentitud hacia el arco del fuego, donde su figura adquirió una dimensión mágica. Llevaba en sus manos un objeto que extendió hacia el otro.

—Ten esto y guárdalo. Es un viejo álbum de fotos que traerá malos recuerdos.

Ismael demoró en tomarlo, lo miraba con desconfianza. Al fin,

su mano aceptó el libro y permaneció en silencio, aguardando lo que no tardó en llegar.

—¿Te ha comentado mi hijo sus planes?

—Aún no, señor.

—Tampoco reveló sus intenciones con esa chiquilla vecina —lanzó el viejo con malicia.

—No.

—Y bien. ¿Qué piensas? ¿La está cortejando?

—Se han visto un par de veces.

—Eso no responde a mi pregunta. No hace falta acumular citas para enamorarse.

David dio un respingo en lo alto de la escalera. Jamás había escuchado a su padre mencionar siquiera la palabra amor.

—¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? —se atrevió a decir Ismael.

—Porque no se me da la gana. Lo único que me preocupa es que haga sufrir a esa niña, no deseo tener a los vecinos en mi contra por cosas que haya hecho mi descendencia. Bastante me ha costado mantenerme aislado del chusmerío. Si mi hijo decidió tomar esposa, espero que lo haga con alguna mujer de otra parte, para que no tengamos que confraternizar con ninguna familia cercana.

La expresión hermética de Ismael no revelaba sentimiento alguno frente a tamaña declaración. Por otro lado, estaba acostumbrado a los desplantes del viejo, pero un movimiento le hizo levantar la vista hacia el rellano, donde descubrió la figura de David agazapada en las sombras. Entonces decidió suavizar el diálogo.

—Quédese tranquilo, averiguaré las intenciones de su hijo con la señorita Juliana.

—Esa chica tuvo el descaro de presentarse ante mí sin ser invitada. Me habló como si yo fuese su abuelo. ¡Incluso se permitió indagar en mi historia familiar!

Ismael ocultó un rictus de diversión. Sabía que David estaría disfrutando igual que él del enojo del anciano. Un disgusto que Jeffrey

acentuaba adrede, enfatizando las palabras y frunciendo el ceño más de la cuenta. Los dos amigos percibieron que, bajo la aspereza de las palabras, al viejo le había impresionado la frescura de Juliana Balcarce.

Al parecer, en esa luna sucedían cosas extraordinarias que torcían las vidas de todos.

—Hablaré con David —repitió el indio.

—Bien. Me retiro ya, es tarde. Y guarda bien ese álbum, donde nadie más pueda verlo.

Un gesto que podría haber pasado desapercibido a cualquiera que no tuviera la afinada intuición de Ismael, lo alertó. Había en la recomendación del viejo un mensaje implícito, una señal. El hombre había aguardado a que el hijo se retirase para darle ese álbum de fotos, en lugar de esconderlo él mismo donde nadie pudiese encontrarlo.

En aquella misión se ocultaba un propósito que Ismael debía dilucidar.

En cuanto a David, tomó nota mental de reclamar ese álbum apenas pudiese. Si su padre deseaba mantenerlo lejos de su alcance, él se ocuparía de burlar ese intento.

Amaneció con un cielo cargado de nubes oscuras. El frío podía olerse, como puñados de escarcha. De la cabaña de Ismael brotaba un humo sutil que dibujaba arabescos en el bosque lindero. Adentro, la luz que pendía del techo oscilaba con el ir y venir de su ocupante, que no podía contener su temperamento. Más de una vez su cabeza rozó la lámpara, y al fin, ofuscado, la descolgó para colocarla sobre la mesa.

Había pasado la noche en vela por causa del álbum de fotos. Lo primero que hizo la víspera, al cerrar la puerta, fue avivar el fuego y sentarse a la manera india para mirarlo. Al principio, la sucesión de fotografías viejas plagadas de rostros desconocidos no le dijo mucho, pero a medida que las fue revisando en detalle esos rostros comenzaron a revelar secretos profundos a los que no podía dar crédito, tan absurdos eran. Su cabeza se convirtió en un torbellino de ideas, y su corazón un remolino de emociones. Lo que aquel álbum traicionaba podía ser la verdad más cruel o la mentira más perniciosa.

Y le tocaba a él decidir si compartiría aquella inquietud con David, o la guardaría para siempre. El viejo, ambiguo como de costumbre, dejaba abiertas las dos posibilidades.

Ismael atisbó por la ventana y observó que se detenía el carro de Tony Tim ante la reja.

—Maldición —exclamó.

Lo que faltaba ese día era soportar la presencia de aquella niña en medio de su desazón.

Juliana despedía al mozo de cuadra con otra de sus sonrisas cautivadoras.

—Vuelva en un rato, Tony, que esta vez prometo estar lista y sin ninguna lesión.

—Más le vale, señorita Juliana, si quiere que guarde compostura, porque estoy tentado de zurrar a toda esta gente desconsiderada.

—Eso mismo querría hacer mi abuela —rio Juliana—. Tony, por favor, no olvide sacar a Pretty a trotar. Desde hace dos días no asoma la cabeza del corralón y no quiero que se entumezca, la pobre.

Tony masculló sus consabidos improperios, que nunca alcanzaban a oírse del todo, y partió de regreso al establo, dejando a la joven en medio de la nieve, con su gorro de piel y su manguito, sacudiendo la mano en señal de despedida y muy sonriente.

Ismael también mascullaba, sumido en un maremágnum de sentimientos. Anhelaba verla de nuevo, pero sabía que no venía a verlo a él, y a pesar de toda su buena voluntad, no conseguía apaciguar los celos que le provocaba la amistad de Juliana con David.

Por eso, grande fue su asombro al comprobar que la muchacha torcía el rumbo, y en lugar de encaminarse al porche se desviaba hacia el sendero que llevaba a su cabaña.

Apenas logró componer la expresión antes de que ella golpease a su puerta.

—Señorita Juliana, qué sorpresa.

—Ya puedo caminar, Ismael, y decidí hacerle una visita. Tengo

algunas preguntas sobre lo que hablamos la otra vez.

Él le franqueó el paso, dudando sobre si dejar la puerta abierta o cerrada. Una ráfaga nival le brindó la respuesta, y pronto quedaron sumidos en la penumbra de la cabaña, que sólo tenía una ventana pequeña. Ismael acercó al fuego el único banco del cuarto y subió la llama de la lámpara, mientras invitaba a la joven a entibiarse. Al igual que con David, la muchacha no parecía incómoda ante la presencia masculina, quizá porque tenía hermanos varones o tal vez porque su espíritu estaba impregnado de esa energía.

Ella se quitó el gorro, dejando caer una cascada de rizos que relumbraron al fuego, y luego el manguito. Acercó sus manos a las llamas y miró a Ismael con su rostro enrojecido.

—Me refiero a la luna de Navidad, la que usted llamó “fría”. ¿Cuándo es que la veremos?

Él respiró hondo para acallar sus emociones contrapuestas.

—Si deja de nevar, la noche de la víspera empezará a verse.

—Bien, eso nos da un margen para actuar.

—¿Qué pretende hacer?

—Quiero preparar una cena de Nochebuena para ambas familias. Sé que no simpatizan mucho —agregó con rapidez, al captar la aprensión en los ojos del hombre—, pero es Navidad y la oportunidad para olvidar rencores y hacer las paces.

—¿Usted sabe si hubo peleas entre su familia y la de los Amherst?

—Oh, sé mucho más que eso —y dedicó a Ismael una mirada extraña, mezcla de conmiseración y anhelo—. Mi abuela me contó una historia del pasado que lo explica todo. Hablamos mucho anoche, y aunque no me otorgó el permiso para hacerlo, quiero ser la mediadora, lograr que se tienda un manto de amor y paz a través de este valle.

Ismael sonrió sarcástico.

—Pretende demasiado, señorita Juliana. El señor Amherst es…

—Duro de pelar, sí, me lo ha dicho mi abuela. Ella tampoco es

un hueso fácil de roer.

El hombre se admiró de la forma descarada en que la joven hablaba de sus mayores.

—¿Qué la mueve a lograr eso, señorita? ¿Acaso lo que le dije sobre David?

—En gran parte sí, por lo que usted me contó sobre el renacer de la luna, pero en esta historia hay más personas involucradas, y creo que la verdad y el perdón harán un bien a todos ellos.

De repente la joven se hallaba cerca y podía oler su aroma de verbena, distinguir las pecas que salpicaban su nariz y hundirse en el extraordinario color de sus ojos, réplica del fuego que ardía tras ella y que le quemaban el alma igual que una llama.

Ismael apretó los labios y evitó retroceder. Se exigió sufrir por su amigo.

—¿Qué quiere saber? —dijo con aspereza.

—Todo lo que pueda contarme sobre la Noche de Luna Larga, lo que debo hacer para preparar el cambio, no sólo el de David, sino el de las familias.

—Supongo que eso me excluye —se escuchó decir, sorprendido de haber hablado.

—Oh, no, al contrario. Usted es uno de los convidados imprescindibles en la cena.

Ella le tomó una mano y estaba a punto de decir algo más, cuando la puerta se abrió y el aire helado los congeló a los dos.

—Perdón —dijo la voz de David, que sonó estrangulada por la sorpresa.

Acababa de encontrar el cuadro menos pensado: la joven había llegado de incógnito y se hallaba en íntima posición con su amigo Wanaka. Por un instante ambos hombres cruzaron sus miradas, desafiándose como guerreros antes del combate, midiendo sus fuerzas, calculando el golpe inicial. Pasada la primera impresión, Davi d lució tan hermético como acostumbraba a mostrarse siempre Ismael.

—Qué bueno que ha llegado —se apresuró a decir Juliana, que

comprendió su error—. Le decía a Ismael que tengo planes para esta Navidad. Vine a la casa para decírselo a usted y a su padre también.

—Y empezó por el cobertizo —dijo David con sarcasmo hiriente.

Era la primera desinteligencia entre los dos, y le dolía tanto como la herida en la frente.

Ismael se mantenía impertérrito, aunque por dentro sangraba. Le ardía lo que él consideraba una traición hacia su amigo, y también la desventaja en que lo colocaba su situación de arrimado a la familia. Por primera vez, era dolorosamente consciente de ello.

—Vi luz aquí adentro —respondió la joven, algo cohibida al percibir el tono del hombre que el día anterior se mostraba despreocupado y ligero como un escolar.

—La señorita quiere organizar una cena familiar —aclaró Ismael, ya repuesto.

David despegó a regañadientes la mirada de su amigo para dirigirla al rostro de la joven que jugueteaba con el manguito, nerviosa.

—¿En serio? ¿Se atreve a desafiar al lobo?

Ella no supo a quién se refería en realidad. En ese momento, cualquiera de los dos hombres podía ser un lobo, incluso más que el señor Amherst, a quien ella había considerado un anciano solo y triste, aun antes de conocer su historia.

—Es Navidad —retrucó, rehaciendo su compostura.

Se la veía pequeña e indefensa bajo la tensión que causaban las miradas masculinas.

—Es verdad —concedió David—, y las he tenido peores.

Sus ojos grises se clavaron en los de Ismael, en una tácita comunión de sentimientos.

El indio dejó salir su aliento contenido y desarmó la coraza que lo cubría.

—Dejemos que la señorita prepare una Navidad inolvidable —accedió en tono amable.

—¡Qué bien! —y Juliana batió palmas—. Vayamos a decírselo al señor Amherst.

—Oh, no, de eso se encargará usted, que lo tiene todo planeado. Es probable que si mi padre me ve entusiasmado con la idea decida arruinarla por completo. Confío en sus cualidades persuasivas, Juliana. ¿Qué dice su abuela?

—Ella aún no lo sabe —soltó la joven mientras huía por la puerta hacia la mansión.

Sobre el banco quedó su gorro de piel, como un trofeo de guerra que los amigos debían disputarse.

Durante un rato, el crepitar del fuego fue el único sonido que llenó al cuarto. David se sentó sobre el banco también, acodado en las rodillas, pensativo.

—Debiste decírmelo —lanzó de pronto, sin separar sus ojos de las llamas.

—¿Qué cosa?

—Que te gusta la chiquilla.

Ismael se inclinó ante los leños y los removió para darse el tiempo de responder.

—Esperaba que lo dijeses primero —retrucó.

David asimiló esa acusación velada.

—No tengo nada que ofrecerle.

Ismael soltó una carcajada amarga.

—¿Y crees que yo sí? Mírame —y extendió hacia David sus manos ajadas, para luego señalar sus cicatrices—. Soy un indio de la reserva, no tengo más futuro que un paria, a menos que me emplee en las caravanas que viajan al oeste.

—Entonces mi misión sería aniquilarte, como ya lo han hecho mis camaradas del ejército.

—¿A qué te refieres?

—Abandoné el regimiento a causa de la masacre del año

pasado. He matado como soldado, pero no a mujeres ni a niños. Me sentí indigno al ver en qué nos habíamos convertido. Para mi padre no será tan grave, si nuestro ancestro tuvo la idea de eliminar a los pieles rojas con mantas infectadas de viruela. Una táctica poco marcial, pero efectiva.

—Te dije que otros lo hicieron después que él en Fort Clark, en Dakota del Norte. Llevaron mantas del hospital de Saint Louis. Ya ves, el barón Amherst no fue peor que los que ejecutaron la misión. Y no eres ninguno de ellos, David. Te perteneces sólo a ti mismo.

—Da igual. Mi padre no me aceptará por lo que soy. Es mejor que deje de intentar agradarle, pues no lo he logrado en tantos años.

—Cásate con la chica y llévatela de aquí.

David miró a su amigo con estupor.

—¿Te atreves a sugerirme eso, después de admitir que la amas?

—Yo tampoco soy rival, llevo cicatrices en el cuerpo y mis odios todavía laten en mis venas. Ella debe quedar fuera de rencores ajenos.

—Tal parece que le gusta meterse en ellos —suspiró David.

—Amigo —e Ismael le aferró el brazo, con la tensión pintada en su rostro afeado—, no dejes pasar la oportunidad de ser feliz con alguien que el destino arrojó a tu puerta.

—Por lo que acabo de ver, el destino llamó a tu puerta primero.

Ismael dejó pasar el sarcasmo y arremetió de nuevo.

—David, sabes que tarde o temprano volveré a la reserva. Allí está la familia que me queda, y no existe otro sitio adonde pueda llevar a una muchacha. No es lugar para ella, me niego a someterla a esas indignidades. Por otra parte, nadie ha dicho que la señorita Juliana se haya imaginado siquiera ese futuro. Es a ti a quien mira, y por eso quiere la reconciliación con tu padre.

—Nunca tomó mi mano, salvo cuando me recogió en el camino, maldita sea.

—¡Entonces toma tú la iniciativa! Es una dama, no esperarás que lo haga —aunque Ismael ignoró al decirlo la ternura con que Juliana había tocado su mano momentos antes.

No deseaba pensar que en ese gesto hubiera intención, porque en ese caso se vería en el trance de competir con David, y aquella Luna Larga se convertiría en una fuente de desdicha. Él debía salvar a su amigo a toda costa.

—Dile lo que sientes, ella tiene que saberlo.

—Sí, claro —respondió David mirándolo de manera extraña—, eso es lo que haré.

Recogió el gorro de piel y, tras palmearle el hombro, se marchó del cobertizo donde el chisporroteo de los leños acentuaba la desdicha de Wanaka.

Una vez solo, el indio volvió a hojear las páginas del álbum de fotos con una premonición clavada en el pecho.

Las palabras que intercambiaban su padre y la joven detuvieron a David en el vestíbulo.

—Jamás asistí a cenas navideñas y soy muy viejo para empezar

ahora.

—Pues mi abuela y yo lo esperamos, señor Amherst, y no querrá desilusionar a una anciana que está a punto de morir.

—¿A punto de morir? ¿De qué diantres habla? —bramó Jeffrey.

—*Granny* quiso volver a su pueblo para ser enterrada junto a mi abuelo. De lo contrario, se habría quedado con mi familia en Buenos Aires, pues éramos muy felices todos juntos. Le aseguro que eso tuvo gran peso al momento de decidirme a permanecer aquí. Quise acompañarla en esta etapa de su vida, y ya que estaba, aprovechar el tiempo estudiando, porque pienso dedicarme a una profesión.

Aunque David no veía el rostro de su padre, imaginaba la estupefacción pintada en él mientras la joven le lanzaba sus dardos, uno tras otro, para convencerlo. Sonrió al pensar en Juliana dirigiendo una sala de hospital en medio de una guerra, como ella soñaba hacer. Sería capaz de dar órdenes hasta a los coroneles. Él no había encontrado a la señora Emily en estado agonizante ni mucho menos. La anciana parecía capaz de interceder también en una contienda, pero quizá tuviese un mal invisible que su nieta conocía.

—Qué reverenda estupidez —escuchó murmurar al viejo.

David estuvo a punto de irrumpir en el despacho para proteger a Juliana de la crueldad de su padre, pero la vocecita tranquila de ella lo serenó.

—Cuando uno siente que va a morir, aunque no sepa cuándo ni cómo, tiene el derecho de elegir dónde, al menos. Mi madre vendrá más adelante a pasar una temporada con mi abuela, y así nos iremos turnando para reconfortarla y darle nuestro amor hasta el último día.

—¿Pero ella está enferma? —insistía Jeffrey.

—Sus huesos se debilitan, y se cansa más que de costumbre.

—Si es eso, su enfermedad se llama vejez y la padecemos todos —gruñó el anciano.

—Tiene usted suerte de que su hijo haya vuelto para acompañarlo, entonces.

El silencio llenó de expectativa el corazón de David. ¿Qué cara

habría puesto su padre ante esa reflexión?

—Es Navidad, señor Amherst, y le ruego que por esta vez haga una excepción y acepte la invitación de los O'Connor. Luego, no lo importunaré más. Se lo prometo.

La voz de Jeffrey sonó débil cuando dijo:

—Prometo pensarlo, sólo eso.

—Gracias, señor Amherst. Iré a decírselo a su hijo.

David retrocedió hacia la sala y aguardó allí el paso de Juliana, que como ráfaga apareció para darle la noticia.

—Estoy convenciendo a su padre —susurró, mirando de refilón hacia el despacho, por temor a ser oída—, creo que por fin tendremos nuestra Nochebuena.

—La felicito, ha logrado en un rato más de lo que yo pude obtener en varios años. Sin embargo, creo que debería dedicar sus esfuerzos también a su abuela. Por lo que pude entender, ella no sabe nada sobre sus planes.

—Mi abuela ama las reuniones familiares y sé que al estar lejos de mi casa no me negará ésta. Además, le encanta celebrar y agasajar a los invitados, es una costumbre que teníamos allá, y la disfruta. Déjela por mi cuenta.

La confianza de Juliana en sus capacidades era extraordinaria. David supuso que los convencería a todos de brindar en la víspera de Navidad y hasta de prometerse futuras visitas. Le agradaba la idea.

—Necesito hablarle de un tema delicado —repuso entonces, tomándola del codo y acercándola a la chimenea.

Juliana se puso seria, dispuesta a colaborar en todo lo que fuera preciso.

—Se trata de Ismael, mi amigo. Él es como un hermano para mí, quiero que lo sepa.

—Sí, él lo quiere mucho también, me di cuenta de eso enseguida. A pesar de su aspecto feroz, es un hombre de profundos sentimientos.

—¿Le impresiona su rostro? —dijo de pronto David,

preocupado.

—Confieso que me impactó cuando me abrió la puerta aquella tarde, pero ahora que lo he visto varias veces y me ha hablado, lo siento más cercano, como si entre él y yo…

—¿Sí? —y David tuvo que morderse el interior de las mejillas para evitar decir algo inconveniente ante la oleada de celos que lo invadió.

—Como si tuviésemos algo en común, no sé de qué forma explicarlo. Nos entendemos.

—Bien, eso me facilita lo que debo decirle, ya que no es probable que él lo haga. Ismael ha sufrido el mayor despojo que un niño puede padecer. Privado de madre y de padre, fue llevado como huérfano a distintos establecimientos donde acabaron por echarlo debido a que no aceptaba civilizarse de modo adecuado, hasta que cayó en el mismo colegio donde yo estaba y enseguida confraternizamos. Hubo entre nosotros un entendimiento inmediato.

—Es lo que digo —apuntó Juliana.

—El caso es que nos criamos juntos, y las pocas veces en que salíamos del colegio veníamos aquí como si fuésemos hermanos y compartíamos lo que nos tocara vivir. De grandes fuimos compañeros de aventuras y conocimos algo de mundo. Habrá notado que mi amigo es de sangre india, y eso no le allana el camino, todo lo contrario.

—Entiendo —contestó Juliana, pensando en su padre, que no conoció la identidad de su propio progenitor sino después de muchos desplantes y sufrimientos.

—En este país —siguió diciendo David, luego de un ligero carraspeo— los pueblos nativos han sido diezmados y obligados a vivir en lugares inhóspitos donde no pueden practicar sus costumbres. “Ni siquiera danzar”, pensó, al recordar que la danza de los espíritus ancestrales había desatado la desconfianza y luego el desastre en Wounded Knee.

—Quiero decir con esto que Wanaka…

—¿Se llama así?

—Tiene un nombre cristiano como casi todos los indios, pero el verdadero es Wanaka.

—Suena bien —susurró Juliana.

—A él jamás se le ocurriría hablarle de sus sentimientos, por respeto y porque se considera indigno de pretender a una mujer blanca.

La joven contuvo la respiración al escuchar eso.

—¿Quiere decir que Ismael siente algo por mí? —susurró con voz casi inaudible.

Le resultaba insólito que justo *ese* hombre intercediese por su amigo después de haber cruzado con ella una mirada tan significativa el día anterior. Las palabras que siguieron le aclararon la razón de ese comportamiento.

—Como ya sabe, tengo problemas en la vista. Por ahora son transitorios, pero me han pronosticado ceguera permanente. Seré un inválido que dependerá de un lazarillo para todo. No me quejo, lo tomo como castigo por haber participado de las guerras indias. No debí hacerlo, pero entonces no sabía lo que sé ahora y es tarde para arrepentimientos. La vida del soldado siempre deja secuelas y ésta es la mía. Por lo tanto, no aspiro a tener un hogar normal como la mayoría de los hombres, no puedo comprometerme con ninguna mujer, ya que eso la condenaría a una vida de enfermera.

Eligió mal la palabra, pues algo brilló en los ojos de Juliana, una chispa que de inmediato él se encargó de apagar.

—Jamás le haría eso a una esposa. Tendré que llevar una existencia aislada, o internarme en un asilo para veteranos de guerra. Antes de que eso ocurra, quisiera recomendarle que cuente con Ismael para todo. Él también necesita cuidados aunque de otro tipo, sus heridas son más bien del espíritu. Quizá resulte extraño, tratándose de un hombre fuerte, pero las marcas del rostro son el reflejo de otras más profundas que lleva en el alma.

—¿Qué pretende decir, David?

Juliana lo miraba con el semblante algo pálido.

—Creo que mi amigo se siente atraído por usted, y sospecho que es un sentimiento que va creciendo. En honor a nuestra amistad se lo digo, cometiendo una infidencia. Entiendo si me dice que hay cierto obstáculo. La sangre india…

—La sangre india también corre por mis venas, David. Mi padre nació del cautiverio de mi otra abuela a manos de un cacique del desierto. Es una vieja historia que todos en la familia sabemos, y que mi madre jamás quiso ocultar cuando se enamoró de él. A los Balcarce no nos asustan las raíces nativas. Si es por eso, jamás escuchará de mí un mote despreciativo.

La sorpresa del soldado al oír eso de boca de aquella preciosidad no tuvo tiempo de manifestarse, porque un ruido contundente, el de un cuerpo pesado contra el piso, los sacudió a ambos. Corrieron hacia el despacho y en el camino se toparon con el viejo Amherst tendido en el suelo. Sus pequeños ojos los contemplaban asustados.

—¡Papá!

—Señor Amherst, no se mueva. Voy a auscultarlo.

Juliana abrió la chaqueta y la camisa del hombre para que respirase con libertad, y puso sus dedos sobre la piel del cuello, a fin de comprobar el ritmo de los latidos del corazón.

—Que traigan sales y loción de láudano, si tienen, para que se tranquilice. Creo que es un soponcio. No se preocupe —agregó en beneficio de David, que la miraba con angustia—, de seguro sufrió una emoción. Me temo que la idea de la cena no le cayó bien, es culpa mía.

El anciano se removió al oír eso y pugnó por hablar.

—Quédese tranquilo, señor Jeffrey, no se altere. Se hará lo que usted prefiera, y si no nos reunimos en Navidad, al menos vendré a desearle felicidades en persona, siempre que me permita visitarlo después de esto.

Juliana lucía apenada por lo que consideraba la consecuencia directa de su invitación, pero apenas el anciano logró aspirar las sales que la mucama llevó a la carrera, articuló con voz áspera:

—Iré a esa cena aunque me muera.

La expresión fue tan grotesca que Juliana y David sonrieron, a pesar del apuro del momento. Se miraron cómplices, y de nuevo ella percibió esa intimidad sin palabras que la había conmovido la primera vez. ¿Cómo era posible entonces que él la empujase hacia su amigo? Ya habría tiempo de resolver esa contradicción; lo prudente a esas

horas era recuperar al señor Amherst.

David indicó a la mucama que enviase por el médico del pueblo, y redactó con rapidez un mensaje en la tarjeta personal de su padre. Luego volvió adonde Juliana retenía la mano del anciano con cariñosa atención, pendiente de sus gestos y de sus miradas.

El viejo Jeffrey apretó la mano delicada de la joven y cerró los ojos, asintiendo a todo lo que ella decidiera. Antes de eso, había mirado al hijo que volvía de cumplir su recado con un dejo de orgullo.

El doctor dejó la casa, después de recetar reposo y té de manzanilla con azúcar. Juliana observó atenta las maniobras que el profesional llevó a cabo para enderezar al paciente, así como las recomendaciones que le impartió, creyendo que ella era miembro de su familia.

—Nada de comer o de beber por ahora. Que continúe con descanso en este día, los pies en alto, la cabeza sostenida por un almohadón pequeño y poca agitación. Si alguien aquí toca un instrumento, sería buen consejo que le brinde un pequeño concierto. La música aquieta el espíritu.

El doctor no pudo apreciar la mueca que torció el rostro de Jeffrey al escuchar la última recomendación. ¡Si él supiera! David, que tampoco se dio cuenta ya que era sólo un niño cuando lo privaron del piano, decidió que sería buena idea leerle en voz alta, y fue a la biblioteca en busca de algo entretenido que lo distrajese de sus preocupaciones.

—Nunca imaginé que mi padre las tuviese —comentó incrédulo mientras bajaba del estante un volumen con relatos de viajeros ingleses a las Islas Afortunadas, como se llamó desde antiguo al archipiélago canario.

Juliana hojeó el libro y encontró que muchos de esos relatos provenían de médicos que aconsejaban la visita de los enfermos a las islas debido a su clima benéfico y a su luz característica. Le interesó sobremanera el tema, y pidió a David que le permitiese leer ella misma los relatos.

—Su padre tolerará mejor que lo haga yo al principio, porque le diré que pretendo conseguir su perdón. Después dejaré la tarea en sus manos.

David no pudo negarle ese deseo, y pasó el resto de la hora

sentado en su sillón de la sala, contemplando el fuego y escuchando la dulce voz que provenía del dormitorio de su padre y narraba con vívida entonación las observaciones científicas acerca de los cambios y progresos de los enfermos que acudían a los hospitales en las islas Canarias.

Si su padre resistía eso sin chistar, sería que la señorita Balcarce le caía mejor de lo que él dejaba traslucir.

Cuando el carro de Tony Tim volvió a aparecer junto a la reja, David fue en busca de Juliana y la encontró ensimismada en la lectura mientras su padre dormía a pata suelta, roncando y con una expresión beatífica que él nunca le había conocido.

—Me temo que han venido por usted —murmuró, procurando no asustarla.

Ella dio un brinco y luego sonrió con dulzura al mirar a Jeffrey. Dejó el libro sobre la mesa de luz y salió de puntillas tras el soldado.

—Está mucho mejor —anunció mientras se colocaba el abrigo y el gorro—. Ese té obró milagros con sus nervios.

—Vaya uno a saber por qué se alteró tanto.

—Oh, puedo imaginarlo —comentó Juliana enigmática y, tras sonreír con calidez a David, le tomó una mano entre las suyas—. Acompáñelo, sé lo que digo. Su padre lo ama, pero es duro para reconocerlo y está acostumbrado a mostrar su lado malo. Si usted cambia, él también lo hará. Es la mejor medicina.

Perplejo, David la vio irse a toda carrera hacia el portón de la calle, haciendo señas para que el cochero supiese que estaba en camino y no se preocupase por ella. La mano que ella había tocado vibraba con una extraña emoción.

Al volver al dormitorio, tomó el libro y lo abrió en la hoja señalada. Un sutil aroma a verbena lo invadió, y también él esbozó una expresión beatífica.

Su padre y él se parecieron mucho el uno al otro en ese momento.

Ismael detuvo a Juliana cuando estaba a punto de abordar el carro. Tony Tim y él habían estado departiendo sobre caballos momentos antes.

—¿Cómo está el viejo? —quiso saber, ya que se había enterado del episodio por la criada.

—Duerme como un ángel —repuso la joven algo nerviosa, ahora que conocía las intenciones de ese hombre y no sabía aún cómo tomarlas.

—¿Y David?

—Lo está acompañando ahora. Creo que esto hará que se acerquen un poco entre ellos. Me temo que la cena de Nochebuena fue demasiado para su temperamento.

Ismael alzó una ceja con gesto irónico.

—Nadie se desmaya por una invitación a cenar —dijo.

—Si usted supiese el trasfondo de todo esto, no dudaría tanto.

—Dígamelo, entonces.

—No puedo ahora —y Juliana echó una mirada hacia el pescante donde Tony masticaba su eterna brizna de hierba con cara de pocos amigos.

—Entonces mañana.

—¿Ma… mañana? —tartamudeó ella.

—La espero en el bosque de allá atrás —y señaló la mata de árboles desnudos que sobresalía de su cabaña—. A las tres, antes de que anochezca. Luego la acompañaré a su casa.

Juliana temía que Tony escuchase los pormenores de la cita y se apresuró a aceptar y a subir al coche.

—Nos veremos mañana, entonces. Y le contaré lo que tengo para decirle.

—A cambio, yo le diré lo que deseaba saber sobre la luna de antes de Yule, como le dicen ustedes.

—¿Quiénes?

—Los cristianos.

A través de la ventanilla, la mano de Ismael apartó un rizo que se interponía entre los labios de la joven. Ella sintió un estremecimiento y una especie de anticipación que ahogó el saludo que pensaba dirigirle.

Al partir el coche y dejar atrás la figura tosca del indio, escuchó que Tony Tim decía:

—Yo no vengo ni un solo día más a esta casa. Se arreglará como pueda, señorita, no quiero asuntos con su abuela.

Juliana se dejó caer sobre el respaldo de cuero, mientras pensaba con rapidez en una solución.

—¿Ejercitó a Pretty, Tony?

Un gruñido fue la respuesta, que de todos modos tranquilizó a la muchacha, pues supo entonces cómo acudir a la cita secreta del día siguiente. Quedaba poco tiempo antes de la Luna Larga, y debía conocer todo lo que hiciera falta.

La felicidad de buenas personas dependía de ello.

7

Adela! ¿Estás ahí?

Emily se impacientó al no recibir respuesta. Cuando la mujer se enfrascaba en la cocina, perdía el contacto con el mundo exterior, así cayesen cometas del cielo.

La aldaba volvió a golpear con la misma impaciencia que sentía ella, y por fin Emily se decidió a abrir por su cuenta. Con las cortinas corridas, no había visto el coche de lujo estacionado en la calle. Se quedó de una pieza ante la figura del hombre que la miraba al otro lado del umbral.

Un fantasma del pasado que llamaba a su puerta.

Había corrido mucho tiempo, demasiado quizá para sentir algo más que irritación ante la efigie de Jeffrey Amherst de pie frente a ella, con su abrigo de piel y un distinguido sombrero que sin duda cubriría la blancura de su cabeza.

—¿Me invitas a pasar? —dijo él sin preámbulos, como solía hacer siempre.

Las personas no cambiaban; el pueblo era el mismo de entonces y su calle recibía al descendiente del barón Amherst como aquellas veces, en una época que ya ni recordaba.

Emily no fue consciente del gesto con que acomodó la peineta que recogía su cabello también blanco, mientras se hacía a un lado para permitirle la entrada.

El hombre destinó unos segundos a evaluar el aspecto de ese vestíbulo que tan bien conocía. El mismo perchero de bronce con sombreros y mantillas, el paragüero del que emergían bastones con cabezas de cisne o diminutas rosas talladas, y aquel espejo de marco veneciano en el que él tantas veces se había dado el último retoque antes de mostrarse ante su prometida.

Y Emily, con ese aire discreto y altivo que la caracterizaba. Ella también era la misma. Jeffrey buscó rastros de alguna enfermedad mortal y no los encontró; la anciana lucía entera y no había perdido un ápice de su coquetería. Llevaba el pelo atrapado en un complicado

moño de los que a él otrora le gustaba desatar; el cuello de la blusa sujeto con un broche exótico y la falda recta dibujando una silueta todavía delgada. Emily siempre había sido menuda y delicada, aunque la viveza de su carácter se traslucía en la mirada aguda de sus ojos claros, y en cierto movimiento del mentón que lo ponía en guardia, como en ese momento, en el que ella lo evaluaba también.

"Has envejecido, Jeffrey", pensó la abuela al ver que él llevaba el bastón con mayor necesidad que ella y que su rostro, de pómulos sobresalientes como el del hijo, ahora se veía flácido y sonrosado. Sería un golpe tremendo que se lo dijese como venganza tardía, así que calló.

—¿Qué te trae, Jeffrey? —dijo en cambio, mientras lo ayudaba a desprenderse de su abrigo y su sombrero.

Era un saludo demasiado casual para las emociones que su presencia desataba en su interior.

—Estás muy bien, Emily, luces elegante y hermosa.

—Siempre fuiste adulador. Pasa, le diré a Adela que traiga algo fuerte —ella lo necesitaba más que él.

El anciano se dejó caer con pesadez en uno de los sillones y apoyó su cabeza sobre la carpeta de ganchillo que cubría el respaldo. Era muy propio de Emily cuidar la tapicería, vestir la casa con pañoletas y facilitar el descanso con detalles como el escabel que enseguida procuró acercarle. En la casa se respiraba el aire confortable que él recordaba y que tanto bien le hacía cada vez que la visitaba en otros tiempos. Bajo la tenue luz de la lámpara, aquella mujer que había amado hasta la locura se veía digna y distante, ajena al apasionado romance que habían vivido.

—Supe que regresaste hace poco —empezó—, me lo contó mi hijo.

—También yo me enteré de que volviste a la mansión a través de mi nieta. Ellos se han conocido de manera casual.

—Tu nieta es una fresca —y ante el respingo de la anciana, aclaró—. Una muchacha fresca y hermosa, sale a ti.

—Julianita es la réplica de su padre, tiene sus ojos y su espíritu, pero hereda de mi hija el cabello rojizo y las pecas, así como un temple de acero para lo que se propone.

—Pude comprobarlo. ¿Así que tienes una hija? Me temo que no la conozco.

Emily se removió molesta. No le gustaba desnudar su intimidad ante ese hombre que le había puesto del revés la vida. Jeffrey había sido tan seductor y dominante como cruel e inescrupuloso con el sentimiento que ambos compartían. Y si bien ella logró formar un hogar feliz después, jamás pudo borrar el recuerdo amargo de la traición.

—Como tú tienes un hijo.

—David es el hijo de la vejez. Nació cuando yo ya creía que viviría solo para siempre.

—¡Adela! —volvió a llamar Emily, ansiosa por evadir los temas ríspidos.

Por fin la criada asomó su ancha humanidad por la puerta, y al ver la compañía de su señora lanzó una exclamación ahogada que se apresuró a convertir en tos ante la mirada fulminante de la anciana.

—Trae licores del aparador —le dijo imperiosa.

Jeffrey saludó a la mucama con una inclinación de cabeza. La conocía también.

—Nada ha cambiado desde entonces —comentó nostálgico.

—Te equivocas, todo está muy diferente. Viví años en el extranjero con la familia que formó mi hija, y volví para enterrar aquí mis huesos, donde está el hombre que me hizo feliz. Soy una mujer vieja que sólo espera el momento de despedirse.

El anciano entrecerró los ojos.

—Hasta tu carácter permanece igual —dijo, provocador—. Así es como siempre te recordé.

—Pues yo no dediqué un minuto de mi vida a pensar en ti.

—Fuiste muy drástica, Emily, no sé si merecíamos perder lo que tuvimos por ese entredicho.

—¡Entredicho! —casi gritó la abuela, justo cuando la señora Pip entraba con la bandeja de licores.

—Perdón…

—Deja todo aquí, yo me ocupo —la despidió con el corazón agitado.

Guardaron silencio mientras Emily servía la medida justa del licor irlandés que conservaba por fidelidad a su esposo.

—Sabe horrible —soltó el hombre al degustar el primer sorbo.

—Siempre fuiste flojo para la bebida, no como mi marido.

—Vaya, no sé si es una ofensa o un cumplido. Tengo entendido que a tu marido le gustaba empinar el codo.

—No te atrevas a mencionarlo siquiera. Es el padre de mi hija, y el hombre que me hizo mujer.

Esa acusación caló hondo y Jeffrey hizo fondo con el vasito. Se atoró un poco y luego prosiguió, con la voz más cascada.

—En realidad, Emily, ésta no es una visita social.

La anciana ignoró el desencanto que la invadió al escuchar eso. A nadie confesaría que le dolía saber que aquel rompecorazones vivía a escasa distancia de su casa y nunca la había visitado desde su regreso. Un amor como el que habían sentido merecía ser recordado como algo importante, al menos.

Bebió de a sorbitos su licor y aguardó.

—Como ya sabrás, mi hijo renunció al ejército.

—Lo bien que hizo, si no es su vocación.

Jeffrey levantó una mano en son de paz.

—Tampoco vengo a hablar de eso. Mi interés es saber qué siente tu nieta por él.

—¿Juliana? —se admiró la abuela—. No me ha dicho nada.

—Pero habrás notado algo. Entusiasmo, miradas furtivas, embobamiento…

—Qué arrogante eres. ¿Quiere decir que en tu hijo no se nota nada de eso? ¿Las miradas perdidas y el arrobamiento son sólo para

las mujeres?

—David no comparte sus cosas conmigo. Ayer… bien, tuve un desmayo leve —le satisfizo la expresión alerta de Emily al oírlo—, y por primera vez en mucho tiempo lo noté cercano, pendiente de mí. Él sale a su madre y es algo diletante.

La anciana dejó el vasito con fuerza sobre la bandeja y se reclinó también en su sillón. Si iban a hablar de la mujer con la que Jeffrey Amherst se había casado, debía armarse de paciencia. Conocía la historia de la joven pianista de manos lánguidas, cuerpo mórbido y ojos aterciopelados. Era una doncella a la que cualquier hombre hubiese deseado abrazar, pero su temperamento de artista no le permitió aferrarse a ninguno.

Y así ocurrió: cuando David era aún pequeño, aquella joven abandonó la mansión del valle en pos de una gira de conciertos que le consiguió su representante, y nunca más volvió. Había sido un duro golpe para el descendiente del barón, una afrenta a su hombría y a su dignidad aristocrática. Emily no logró satisfacerse con aquella jugada del destino, ya que casi al mismo tiempo murió su esposo y quedó a merced del cuñado que las alojó en su casa de Boston, a ella y a su

hija. Ambos se vieron de pronto solos y separados el uno del otro. Jamás supo de Jeffrey desde entonces, y después de tantos años, verlo allí sentado en su sala y bebiendo de su licor como si el tiempo no hubiese pasado, le resultaba incongruente. Esperaba que él no notara su desasosiego.

—Los hombres y mujeres de ahora se relacionan sin tantos aspavientos —contestó evasiva—. Y Juliana es una muchacha seria, no le dará alas a quien no pueda corresponder.

—Creo que tu nieta ha creado un conflicto en mi casa.

—¿Cómo es eso?

—Tanto mi hijo como su amigo Ismael han puesto los ojos en ella. Presiento problemas.

—Juliana es incapaz…

—¡Emily, por Dios! No vengo hasta tu casa, que no he pisado desde entonces, para reprocharte la conducta de tu nieta. Es una joven encantadora y no pienso nada malo de ella. Sólo digo que hay dos hombres en la casa que han quedado con el corazón preso, y quisiera saber si has notado preferencia por alguno.

—Al decir dos hombres te refieres al piel roja, ¿verdad? Pues él ha venido aquí.

—¡Lo supuse! Ambos la cortejan, pues. Tengo razón en temer.

—Mi nieta tampoco me dijo a qué vino. Se guardó el secreto —reflexionó la anciana, que recordaba bien el espanto que le produjo la llegada intempestiva de Ismael.

Jeffrey adoptó una expresión cautelosa de repente, como si dudase en seguir hablando o callar.

—Hay algo que debes saber, Emily —dijo por fin.

La mujer captó la resignación en el tono, y sintió algo de pena por el hombre que se veía despojado de la coraza que lo protegía de la maledicencia y los reproches. Ella sospechaba qué le diría, pues había sacado sus conclusiones a solas, rumiando sobre el pasado en sus noches de insomnio.

—Nadie lo sabe, ni siquiera el propio interesado, y mucho

menos David. Ismael, en fin, fue al colegio donde envié a mi hijo porque…

—Porque es también tu hijo —completó Emily con frialdad glacial.

Él la taladró con sus ojos azules, buscando la burla o la complacencia en la venganza, cosa que no encontró. Aquella mujer que había robado su corazón para siempre lo miraba con una flema capaz de destronar al rey de Inglaterra. ¿Lo sabía? ¿Cuándo lo supo? Emily no tardó en responder a sus dudas mentales.

—Mucho después de caer en manos de mi cuñado, y poco antes de que mi hija viajase al Río de la Plata, alcancé a saber que habías contratado a una niñera para que se ocupase de David. Me pareció lógico siendo tan pequeño, pero una tarde en que pasé con mi coche por la reja de tu casa, vi a esa mujer. De inmediato reconocí en ella a la amante por la que echaste por la borda nuestro noviazgo. Muy bella, y supongo que también amorosa, ya que cumplió el papel de cuidar al hijo que su antiguo amor había tenido con otra mujer.

—Ella venía a informarme de la existencia de mi primogénito. Yo no la contraté, simplemente se quedó con nosotros, se apiadó al vernos solos. Sí, era una buena mujer y yo no fui bueno con ella, como tampoco lo fui contigo, Emily. Hasta que te perdí, no supe el error que había cometido y que empañó toda mi vida.

—No te exijo explicaciones.

—Pues yo quiero darlas. Deseo que sepas que no he amado a nadie como te amé a ti, que me casé con Loretta porque me sentí despechado después de saberte casada con aquel irlandés, pero jamás pude darle mi corazón. Era una joven demasiado egoísta, con pocas ganas de dedicarse al hogar. El nacimiento de David le provocó pánico, le hizo temer que su carrera de artista se evaporara, y vivir en la mansión del valle le significó una prisión peor que la de la torre de Londres. Nunca congeniamos. Hicimos un hijo por el impulso natural de los cuerpos.

Emily se ruborizó al escuchar eso. Ella también había sentido ese impulso en su juventud, aunque jamás le había dado rienda suelta antes del matrimonio, y cuando Jeffrey incurrió en aquella traición se alegró una y cien veces de no haber cedido a la tentación. Al menos, pudo brindar su inocencia a un hombre que la respetó hasta el último día. Un poco vago, sí; alegre y dado a la bebida también, pero

afectuoso, y un buen padre capaz de derramar lágrimas de emoción al ver a su hijita ensayando sus primeros pasos de su mano. Ella no había podido sentir el mismo apasionado amor por él, pero le había sido fiel en cuerpo y mente, y lo añoraba como se añora a un amigo querido que ha formado parte del ser más íntimo.

Otra habría sido su historia de casarse con Jeffrey. Era probable que hubiera debido soportar más de una infidelidad, y quizá no hubiese sido tan libre para hacer cuanto quisiera, ya que los Amherst tenían muchas tradiciones y se veían obligados a preservarse de las miradas ajenas para mantener su prestigio.

La vida le puso por delante a Eugene, y ella jamás renegaría de eso.

—¿Ismael no lo sabe? —repuso luego, adivinando la respuesta que el anciano le daría.

—Hace dos noches le di un viejo álbum de fotos para que tuviese oportunidad de descubrir la verdad. Creo que la captará, si bien en esas fotos él era aún pequeño.

—¿No te atreves a contarle la verdad tú mismo?

Jeffrey suspiró, y Emily sintió otra oleada de pena.

—He sido una especie de ogro para esos niños. Fue mi manera de mantenerme alejado de cualquier exigencia de cariño de su parte. Me limité a conseguir que Ismael fuese al mismo colegio que David; quería que se hicieran amigos y por eso no los retiraba del pupilaje, para que permanecieran juntos cuando ya no quedaran alumnos en el internado. Dio buen resultado, son inseparables. Por eso me preocupa esta situación inesperada.

—¿Qué pasó con tu amante india?

—Se llamaba Soyala, que significa solsticio de invierno.

—Vaya casualidad —comentó con aspereza la abuela.

—Cuando ella vino —continuó el hombre, ensimismado en su relato e inmune a los comentarios sarcásticos— nos pusimos de acuerdo en crear un ambiente hogareño para los chicos, aunque sabíamos que no podríamos vivir como marido y mujer. Nos separaba un abismo y yo no estaba preparado para saltar tantas vallas. Ella no me lo pidió tampoco.

—Qué conveniente para ti.

—¡La cuidé con mi vida! —exclamó el anciano con disgusto al sentirse juzgado—. Cuando enfermó, llevé lejos a los niños para evitarles el contagio. Y a Ismael, el dolor de ver morir a su madre.

—¿Qué creen ellos que pasó?

Jeffrey se encogió de hombros.

—A David le conté siempre que su madre murió al darlo a luz. Él no la recuerda. Y a Ismael lo envié primero a un instituto de readaptación para pieles rojas, pero cuando vi que era infeliz allí, concebí la idea de hermanarlos en la amistad, aunque no supiesen nunca que lo eran de sangre. Así, los junté en el colegio de Hartford. Me costó una fortuna —aclaró, un poco resentido con aquellos académicos que cedían su repugnancia ante el poder del dinero.

—Pobres muchachos, ninguno sabe la verdad de su vida —dijo Emily con auténtica compasión.

—¿Crees que debo decírsela?

El anhelo de Jeffrey era tan palpable, que la anciana se tomó su tiempo para pensar la respuesta.

—La verdad es dolorosa, pero al cabo de un tiempo es mejor que toparse con ella cuando menos se lo espera. ¿Acaso ninguno de los dos ha preguntado ni sospecha nada?

—Motivos para dudar no tienen. Que Loretta haya muerto al dar a luz no es nada raro. En cuanto a Ismael, fue educado en el instituto y luego se encontró con una pariente a la que considera su hermana y que vive en Oklahoma. Es una historia similar a la de cualquier muchacho indio, no debería sorprenderle.

—No se parece en nada a ti.

—Es cierto, es la viva imagen de su madre. Tiene de mí sólo el carácter hosco.

—No se puede ser perfecto —dijo desdeñosa Emily, aunque en el fondo sentía piedad y afecto por los hermanos Amherst, privados de madre a temprana edad y engañados por su padre. Por una razón u otra, pero timados al fin.

—¿Puedo preguntarte algo a lo que jamás volveré a hacer referencia? —añadió luego.

—Por supuesto, soy todo tuyo.

Hizo caso omiso de esa frase remanida y preguntó lo que desde siempre quiso saber:

—¿Por qué me engañaste, Jeffrey? ¿Por qué caíste en brazos de una mujer huron en lugar de esperar a que nuestro compromiso se trocase en boda? Fue esa decisión la que cambió todo.

El anciano se pasó una mano por la cabeza deshilachada y al fin respondió con total sinceridad:

—Se es hombre, y por lo tanto, impulsivo y estúpido. Soyala vino a mí en un momento en que te deseaba con todas mis fuerzas y sabía que no podrías ser mía hasta contraer matrimonio. Era una de las tantas mujeres indias que iban de un lado a otro, despojadas de sus casas y separadas de sus familias. Por supuesto, bonita y tentadora. Creo que se enamoró de mí apenas me vio.

—No lo dudo —fue la respuesta ácida que escuchó Jeffrey.

—Cedí a una tentación de la que me he arrepentido cada día de mi vida. No por haberla conocido, sino por haberte perdido.

—¿Qué esperabas? ¿Que te aguardara tejiendo calceta mientras te revolcabas con otra?

La crudeza del lenguaje no afectó a Jeffrey; Emily, en cambio, se turbó un poco.

—¡Tuviste el descaro de volver a pedir mi mano! —le reprochó.

—Te amaba.

—No lo suficiente, está claro.

—Emily, no entiendes la manera de ser de un hombre.

—Mi Eugene era bien hombre, y me fue fiel toda su vida.

Jeffrey disimuló una mueca al escuchar eso, pues lo último que quería era hostigar aún más a esa mujer porfiada. Asintió algo compungido, aceptando la derrota.

—Él me quitó lo que más amaba —porfió.

—No te lo quitó, se lo diste en bandeja.

—Como sea. Te perdí, y nunca me lo perdoné.

—Porque la que debía perdonar era yo, y no estaba dispuesta.

—Eres una mujer dura, Emily, siempre lo fuiste.

—Dura no es la palabra, sino íntegra. El hombre que yo quería por esposo debía ser digno de mi amor.

—¿Podemos llegar a un pacto, en bien de nuestra descendencia? —insistió él.

—No sé qué quieres que haga.

—Sólo mantener los ojos abiertos. Lograr que tu nieta te haga confidencias, y si se inclina hacia uno u otro lado, venir a decírmelo. Mándame llamar —agregó de súbito, al ver que la anciana abría la boca para replicar—, que vendré de inmediato. Esta conversación no se habrá terminado aquí.

Emily estuvo tentada de decirle que en efecto se había terminado y no se volvería a repetir, pero al notar el esfuerzo que ese hombre hacía para ponerse de pie, y al captar cierto temblor en las manos mientras buscaba su bastón, un sentimiento bondadoso, el mismo que había heredado a su hija y de seguro también a su nieta, le impidió hacerlo.

Lo acompañó al vestíbulo, siguiendo con paciencia sus pasos cortos, y le ayudó a ponerse el abrigo, subiéndole el cuello de piel como para que no pescase frío. Le acomodó el sombrero sobre la frente y con gesto maternal verificó que todo estuviera en orden. Jeffrey se dejó mimar un poco. ¡Lo necesitaba, cómo lo necesitaba! Y era incapaz de admitirlo.

—Tu nieta anda diciendo que harás una cena en Nochebuena —agregó él cuando estaba por salir.

—Sí, como es natural.

—Y que nos has invitado a todos.

Emily casi pierde el equilibrio al escucharlo.

—¿Eso dijo? —murmuró, admirada de la osadía de la muchacha. ¡Después de lo que ella le contó! O quizá fuese justo por eso. Se creería componedora de corazones. Pues a ver cómo componía el suyo, si es que Jeffrey tenía razón en cuanto a sus hijos.

—Todavía no hemos decidido nada formal —se excusó temblorosa.

—Lo que decidas estará bien —contestó Jeffrey—. A mí también me costó aceptarlo. Si no nos vemos antes, Emily… ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad, Jeffrey.

Lo vio subir al coche que aguardaba bajo la reciente nevisca y sacudir su bastón dando indicaciones al cochero, para luego dedicarle a ella un leve gesto antes de partir. La huella de las ruedas del carro permaneció un tiempo en su calle, hasta que la nieve la cubrió del todo.

—Se ha ido —se escuchó decir a Adela, que espiaba tras la cortina de la sala.

—Así es.

—¿Cómo te ha caído su visita? —insistió la criada.

La anciana se volvió hacia ella con un gesto de determinación que endurecía su rostro bondadoso.

—Espero no verlo hasta el día en que me muera.

8

El corazón le galopaba en el pecho al ritmo de los cascos de Pretty.

Había sido muy arrojado de su parte aceptar aquella cita, sobre todo después de la tarde anterior, cuando su abuela la miró de modo raro y mantuvo desacostumbrado silencio durante la cena. Emily solía ser comunicativa, y Juliana temía que estuviese barruntando algo.

Más de una vez la joven miró por sobre su hombro, para asegurarse de que nadie la siguiera a la distancia. Tony Tim podía convertirse en aliado de *Granny* si la situación lo reclamaba, y ella debía estar alerta. A las tres en punto, la hora convenida, detuvo a la yegua en el camino del bosque. Una niebla fría reposaba sobre los árboles como velo de novia.

Nadie a la vista.

Juliana recorrió los alrededores al paso y observó que la nieve no guardaba huella de pisadas. ¿Se habría arrepentido Ismael de verla? Quizá por la razón que dijo David.

Aunque no le parecía un hombre que pudiera sentirse intimidado por nada, en cuestiones del corazón hasta el más pintado podía trastabillar. Juliana pensó en el indio con simpatía. ¡Semejante corpachón, lleno de cicatrices de guerra, acobardado ante ella!

Esbozó una sonrisa bajo la bufanda.

—¿Habremos venido en vano, Pretty? Bueno, al menos hiciste ejercicio.

No la alertó ningún crujido, fue su instinto el que le hizo volver la cabeza y descubrir la imagen que casi la tumbó de la montura.

Entre los árboles avanzaba un hombre como nunca antes había visto: la parte superior del rostro pintada de color negro que aumentaba el brillo feroz de sus ojos, y de rojo la mandíbula. Juliana no podía discernir cuál de las dos partes era más impresionante. Ismael llevaba el cráneo rapado en las sienes, dejando un largo mechón a lo largo de la coronilla, revelando de la manera más cruda las terribles cicatrices. Los pendientes y abalorios que colgaban de sus

orejas y de su cuello eran inofensivos comparados con la opulencia del pecho desnudo bajo el chaleco de piel. Un trozo de asta de ciervo se destacaba como talismán. Llevaba pantalones de ante y mocasines largos que se anudaban en las ingles. Toda su efigie era la de un guerrero que ella bien podía imaginar blandiendo su *tomahawk* para arrancar cabelleras. Y la suya, de raro color cobrizo, debería de ser apreciada. Un escalofrío recorrió su columna.

El hombre no llevaba armas, sin embargo, y le tendió su mano para ayudarla a desmontar con delicadeza. Sin decir palabra, la retuvo para conducirla al interior del bosque envuelto en la pálida luz del atardecer. Juliana podía percibir el calor de la palma masculina a través de sus guantes. Hallaron un claro donde ya estaba dispuesto un caldero de hierro en medio de un círculo de piedras. Un reflejo parpadeaba en el interior de la marmita, y Juliana vio que había un fuego encendido. Todavía en silencio, Ismael extendió una piel de ciervo sobre la nieve para que ella se sentara y luego hizo lo propio enfrente, de modo que el resplandor les permitía verse las caras.

—Gracias por venir —dijo él a modo de saludo.

—Casi no lo reconocí —se excusó Juliana—. No esperaba… esto.

Ismael nada respondió. A decir verdad, había fallado en su propósito de asustarla. Pensó que al verlo convertido en un salvaje la joven recularía y se refugiaría en David, alejando para siempre de él la ridícula pretensión de acercarse a quien no debía. Se había jurado lograr la sanación del alma de su amigo y lo haría a costa de cualquier sacrificio, incluido su propio sufrimiento. Ese primer ardid no le resultó, era evidente que Juliana no se parecía a las demás mujeres. Sólo le quedaba apelar a la sensibilidad femenina, proclive a amparar al más necesitado.

—Para honrar esta ocasión necesitaba mi ritual de ceremonias —alegó.

—¿La pintura no es para la guerra india?

Ismael dejó salir una risa apagada.

—También, pero no es éste el caso. Quiero explicarle el sentido de la Luna Larga. O de la luna fría, si quiere, la Luna del Roble.

Juliana se mantuvo atenta, aterida de frío y algo inquieta por el aspecto perturbador de él. Por mucho que le asegurase que se había

ataviado de esa forma por razones sagradas, ella tenía presente la feroz imagen del guerrero bajo su máscara. Por otro lado, aquellas cicatrices atestiguaban un pasado tortuoso.

—Éste es el sol —explicó Ismael señalando el caldero iluminado—, que ahora es débil, pero a partir de mañana comenzará a calentar más la tierra. Lo que hoy parece dormido está aguardando el momento de florecer.

La joven se inclinó un poco para mirar el interior del caldero y él satisfizo su curiosidad:

—Hay un tronco de roble quemándose. Cuando se haga cenizas, las recogeremos. Tenga —y le entregó un puñado de salvia—, arrójelo adentro.

La pequeña hoguera chisporroteó un poco y un perfume delicioso inundó los sentidos de Juliana. Él había logrado crear un halo mágico en la penumbra del bosque de invierno. Su voz, profunda y monótona, producía un efecto hipnótico. Ella siguió el movimiento de su mano callosa.

—Todo es en círculos: el cielo, la tierra y los nidos de las aves. Todo vuelve, y volverán las semillas fermentadas, los ciervos con cuernos de terciopelo y las flores. Lo que hoy parece muerto —repitió— está esperando. El roble sólo perdió sus hojas; sus raíces siguen afirmadas en la tierra. En la víspera, veneramos el eterno retorno de la naturaleza. Es lo que el blanco ha olvidado y lo que quiere borrar de la mente del indio.

Mientras lo decía, la mano de Ismael se movía frente a los ojos de Juliana.

—¿Por qué querría borrarlo? —susurró conmovida.

—Por ignorancia, porque no sabe escuchar. La tierra nos habla, hay que prestar oídos. El viento, el agua, los pájaros, el trueno, todo nos habla. Hay que entender.

Juliana se mecía al compás de las palabras como si fuesen música. Ismael parecía canturrear, aunque sólo hablaba.

—Se agradece este tiempo de espera —continuó él—, porque significa que todo se está preparando. El poder viene del círculo. Esta luna señala el momento para salir fortalecidos de la oscuridad, como el roble que resiste.

—Para los cristianos es el día del nacimiento de Cristo Redentor —objetó Juliana.

Ismael asintió, al parecer inmutable ante ese significado.

—Sí, es un renacer. Está todo en armonía —concluyó.

—¿Creen los hurones en Cristo?

—Creen en el regreso de la luz, en el sol que vuelve a reinar después de la oscuridad. Yule significa rueda, el círculo en el que todo gira y retorna, pero no es un término de ninguna tribu; viene de lejos, del mundo helado del norte, de los guerreros rubios. Ellos lo dejaron regado por donde pisaron y así llegó hasta nosotros, de la mano de los conquistadores. Lo aceptamos, es buena idea. Sirve para entender también.

Juliana asintió, pensativa. El aroma de la salvia, unido al frío, le provocaban letargo y sueño. Cabeceó y dio un respingo.

—En el tiempo más oscuro nace el niño Sol —y el indio comprobó con satisfacción que la joven encontraba lógica en su relato—, es el momento propicio para despojarse de lo viejo y renovar el espíritu, hacer regalos y desear cosas buenas a los demás. Debemos sentir amor y mantener la paz.

—Qué lindo —murmuró Juliana, algo mareada.

—Deje atrás lo que no desee seguir cargando, señorita. Y pida para que otros también puedan hacerlo, otros que llevan a cuestas un gran dolor que les ha partido el alma. Usted tiene buena medicina para eso.

Ismael revolvió adentro del caldero con una rama y extrajo un puñado de cenizas. Las esparció sobre la nieve y luego tomó parte de ellas.

—Llévelas a su hogar y arrójelas en la chimenea. Son el testimonio de lo vivido durante el año que termina.

Juliana acunó las cenizas en sus manos y luego las metió en el bolsillo de su abrigo.

—Hemos compartido una ceremonia —dijo Ismael.

Ella levantó la mirada y vio en la de él un brillo extraño.

Un poco confusa, admitió:

—No tengo nada para darle a cambio.

Ismael luchaba en su fuero interno contra el impulso feroz de abrazarla y fundirla en su calor, pero había organizado aquella cita con un propósito bien distinto, y aunque ella no había sido consultada sobre sus sentimientos, se imponía lograr la felicidad de David. Lo que había visto a través de las fotos del álbum lo exigía.

—Se equivoca —la contrarió, y con un movimiento felino se deslizó hasta ella. Le levantó el mentón con un dedo y clavó en los ojos dorados los suyos, más negros que el carbón del caldero.

—Tiene la oportunidad de hacer feliz a un desdichado, de renacer junto con la luna y la nueva estación que vendrá.

Juliana no sabía de quién le hablaba, si de David o de él mismo, y de manera inocente ofreció sus labios. El humo de la salvia y del roble, y la extraña sensación de estar viviendo fuera de la realidad, le impidieron actuar como le habían enseñado. Un vago recuerdo de las advertencias de su padre revoloteó en su mente, pero su anhelo de vivir sensaciones nuevas pudo más que la prudencia.

Para Wanaka fue demasiado. El ardor de su cuerpo salió a la

superficie como un incendio en la hojarasca. En forma confusa, pensó que tal vez le haría un favor a David si le infundía temor a la muchacha con sus actos. Si la pintura en el rostro no la había asustado, un beso salvaje quizá lo lograría con mayor contundencia. Sin dejar de mirarla, hipnotizándola como si él fuese una serpiente, sopló sobre la cara de la joven como lo haría en el hocico de una yegua para domarla, antes de apoyar su boca dura sobre la de ella.

Juliana podría haber saltado como una ardilla, pero la ensoñación que él había creado con sus pases mágicos y sus palabras la mantenía rígida sobre la piel de ciervo, sujeta a lo que él deseara. Sintió el roce áspero de los labios masculinos, y un instinto que ignoraba tener le hizo abrir los suyos para permitirle el paso. La lengua se apoderó de la boca inexperta y con movimientos rápidos la recorrió entera. Juliana se descubrió inclinada sobre el brazo musculoso, con los ojos cerrados y la voluntad quebrada.

Aquel hombre misterioso podría lograr de ella lo que quisiera.

Él se apartó y con estudiada precisión la devolvió a su postura, le acomodó el cuello del abrigo y cuando los ojos de ella se abrieron, le sonrió.

—Me ha dado una promesa —dijo en tono casual—. La tomo para el futuro.

¿Qué acababa de prometer?, pensó Juliana horrorizada. ¿Acaso entre las costumbres indias dejarse besar significaba matrimonio? Por una razón que en ese momento no podía explicarse, la idea misma de unirse a Ismael no le disgustaba. ¿O él se refería a la promesa de cuidar de David? Se hallaba más confundida que antes.

Debía de haber caído presa del hechizo de la luna fría.

Contempló aturdida cómo el hombre volcaba el contenido del caldero y recogía la piel de ciervo. Sus mocasines zapatearon sobre el rescoldo y dejaron un manchón sobre la nieve. En lo alto las nubes corrían a toda prisa, despejando el cielo y anunciando la llegada de una luna deslumbrante.

—Es tarde —murmuró Juliana, mirando a su espalda para ver adónde había ido Pretty.

Ismael silbó, y la yegua apareció como si aquel sonido hubiese sido una antigua señal entre ellos. La ayudó a montar y acarició el cuello de Pretty de un modo que provocó un aleteo en las entrañas de

Juliana. Ella no sabía qué decir después del beso que habían compartido. Aunque no se sentía avergonzada, ignoraba las consecuencias que ese contacto podía producir en él, y eso, unido a lo que David le había dicho, le causaba temor de herir sus sentimientos.

En los suyos todavía no podía ni pensar.

—Vaya hasta la entrada de mi cabaña —le indicó él— y espéreme, que allí la buscaré para acompañarla a la casa de su abuela.

Ismael palmeó el anca de Pretty y la yegua la llevó trotando fuera del bosque, donde se avistaba la luz que brotaba del cobertizo. Al verse de nuevo en el ambiente conocido de la mansión del valle, Juliana recuperó el sentido y se reprochó haberse dejado llevar hasta el punto de permitir que aquel hombre la besara. Tal vez él creyera que se había encontrado con él por interés en una cita. De pronto, aquel recuerdo esquivo se le presentó con claridad: su padre solía decirle que una dama debía mantener “el punto”, porque había gavilanes ansiosos acechando por doquier. En esas ocasiones, su madre solía menear la cabeza y murmurar cosas como “sabrás por qué lo dices”. A Juliana le divertían aquellas conversaciones a medias. Nunca creyó que podría verse envuelta en una situación como la que acababa de vivir.

Mientras aguardaba, sumida en la confusión y pensando en Ismael como uno de esos gavilanes, la puerta del cobertizo se abrió de pronto y la figura esbelta de David apareció a contraluz. Juliana sintió palpitar el pecho con furia. ¿Acaso los habría visto besándose? No, imposible, aquel sitio del bosque se hallaba alejado de la claridad del día. Sin duda, el soldado estaría aguardando a su amigo. Juliana era consciente de que la vez anterior los había sorprendido en un gesto comprometido, y temió que el heredero de Amherst la considerase una coqueta.

—Buenas tardes.

La voz masculina sonaba tranquila, como si a él no le sorprendiese encontrarla allí.

—Vine para…

—¿Ver a mi padre? Hizo bien. Parece haberse acostumbrado a que lo consientan.

—¿Se encuentra saludable?

—Mejor que yo, que sigo padeciendo ataques de ceguera. Por favor, entre un rato a conversar conmigo. Mi padre aún no sabe que está aquí, y ya después querrá acapararla.

¿Cómo negarle ese deseo tan sencillo? ¡Pero justo en la cabaña donde Ismael iría a buscarla! Juliana ensayó una explicación.

—Su amigo me vio llegar y me dijo que lo esperara para acompañarme luego a la casa.

—¿Ismael se propuso como escolta? Bueno, me figuro que con él irá segura por esos caminos desolados. Esperémoslo adentro, hace frío y está anocheciendo.

David se hizo a un lado sosteniendo la puerta, y aunque su semblante era amable y la sonrisa iluminaba sus ojos, había dureza en la invitación. Sonaba a orden, como las que sin duda habría recibido a diario en el ejército.

Juliana suspiró y se encomendó a la voluntad de Dios. Si iba a quedar expuesta ante esos dos hombres, que fuera lo antes posible. Odiaba agonizar en la espera.

Desmontó y ató a Pretty al tronco de un arbusto que flanqueaba la entrada.

En la cabaña resplandecía un buen fuego, lo que indicaba que hacía rato que David se encontraba adentro. Ella se sintió sofocada, aunque eso podía deberse a la sensación de culpa que la atormentaba. Observó que él vestía con informalidad, como si acostumbrase a pasar las tardes en casa de su amigo. Sobre el banco de la chimenea, un álbum de tapas azules y una lupa testimoniaban que había estado leyendo momentos antes. Le pareció un buen motivo para el comentario casual:

—¿Es otro de los libros de la biblioteca de su padre?

Los ojos de David, fijos en ella de manera inquietante, se dirigieron hacia donde le señalaba. A Juliana le pareció que se turbaba un poco.

—Es sólo un viejo álbum de fotos. Casi no se distinguen los rostros, es muy antiguo.

Eso explicaría el uso de la lupa, pensó la joven.

—Siéntese —la invitó él, retirando el álbum y acercando el banco al fuego.

Pese al calor y sintiéndose incapaz de argumentar nada, Juliana se quitó los guantes y de manera automática extendió sus manos ante las llamas.

—Imagino que estará preparando la Nochebuena —siguió diciendo David en tanto ocupaba el otro extremo del banco, pero mirando hacia la entrada de la cabaña.

—La señora Pip y mi abuela se encargarán de la comida. A ellas les encanta pelear en la cocina, se disputan la autoría de las recetas y luego compiten para ver cuál de las dos acierta mejor con los ingredientes.

El hombre compuso una expresión soñadora que sorprendió a Juliana.

—Eso es lo que se llama delicia hogareña —murmuró, casi para él mismo.

—Tendrá ocasión de vivirla cuando vengan a la casa para la cena.

—¿Por qué no te franqueas conmigo, Juliana? Creo que hemos compartido bastante. Al menos, te puse al tanto de mis miserias.

La muchacha no supo qué decir. El talante de David no era el acostumbrado. Ella podía percibir que había turbulencias en su interior, y no sabía si guardaban relación con su anterior encuentro con Ismael.

—La Navidad nos pone melancólicos a veces —siguió diciendo él—, sobre todo si no se tiene una gran familia para compartirla. O cuando los recuerdos de las Navidades son demasiado lúgubres.

Juliana detectó de inmediato que algo nuevo había calado hondo en el ánimo del soldado, algo que se agregaba al desencanto demostrado desde que ella lo conoció. Como una ingenua, había creído que aquella tarde de té en Amity St. y la perspectiva de una reunión navideña serían suficientes para sacudirle la tristeza que sobrellevaba.

Sin duda, las llagas de David Malcolm Amherst eran más antiguas y profundas que los recuerdos de la guerra. Se interesó en él

de manera genuina. Inclinada hacia adelante, se animó a confiarle lo que acababa de saber.

—Éste es un tiempo de renuevo —le dijo, repitiendo lo que había oído de labios de Ismael, labios que le habían dado su primer beso.

Intentó borrar esa imagen de su mente y continuó:

—La Luna del Roble o de la Noche Larga se considera una ocasión para desprenderse de lo viejo y esperar el renacer de la vida y las ilusiones. ¿No es una linda idea?

Él observó el semblante iluminado por las llamas, las pecas desparramadas por la nariz respingona, los ojos más dorados que nunca, y pensó que Juliana Balcarce bien podía ser una hechicera. Su voz sedosa susurraba encantamientos a los que él de buena gana sucumbiría. El problema era que las cosas se habían complicado. Ya no podía ser indiferente a los sentimientos de Ismael, ahora menos que nunca. Y él tampoco era un candidato apreciable para esa joven repleta de sueños y ligada a un país lejano. Imaginaba que Juliana partiría cuando su abuela ya no estuviese, y entonces la pérdida sería mayor para él, que por el momento no tenía profesión ni ambiciones, aunque sí una responsabilidad como heredero de su padre. Para alguien de espíritu ligero y vitalidad arrolladora como ella, un hombre gastado y rencoroso no era buena receta. Se preguntó si haría bien en arrojarla en brazos de Ismael, tomando en cuenta que la vida con él podía ser aún más dura; la sociedad no estaba dispuesta a aceptar con facilidad a un piel roja, aunque ya no se encontrasen en pie de guerra. Tarde o temprano, Ismael debería alejarse también, a Oklahoma o adonde no importase el pasado.

¡Buena pareja hacían ellos dos, parias de la nueva sociedad que se gestaba bajo los cánones de la modernidad!

—En esta luna podemos desprendernos de las cosas malas vividas, quemarlas en el fuego y soñar con otras —le decía Juliana, creyendo que el pensamiento de él la había seguido todo ese tiempo.

El hombre suspiró y decidió suavizar su respuesta, que pugnaba por salir en tono amargo.

—Pequeña Juliana, debes saber que las cosas vividas nos hacen ser lo que somos. Es una verdad tan rotunda que a veces resulta demoledora.

—Pero existe la renovación. Esta luna…

—Me sorprende tu conocimiento astronómico de esta noche. Parece que hubieras caído presa de un hechizo allá afuera —comentó irónico.

Ella se ruborizó bajo la mirada aguda. David no era un jovenzuelo sino un hombre, y los años que le llevaba, sumados a la experiencia adquirida en el ejército, profundizaban el abismo entre ellos. Se sintió descorazonada. Anhelaba unir los pedazos de esa familia. Después de lo que la abuela le había contado, era todo su deseo para la Navidad.

Se arrodilló junto al fuego y su rostro quedó a la altura de las rodillas de David, que la contemplaba ensimismado.

—Es el desencanto el que habla por ti —le dijo en tono bajo y familiar, para que él se encontrase a gusto—. El corazón siempre anhela el amor, sin importar lo que haya sufrido. En el peor de los casos teme encontrarlo, pero lo desea de igual modo. Es algo humano, imposible de ignorar.

—Cuánta sabiduría —se mofó él con crueldad.

—Te burlas, y es una muestra más de la coraza que te has impuesto. No sé qué ocurrió en la frontera, sin duda algo terrible, pero ahora estás aquí, en tu casa, rodeado de personas que te quieren. Sí, te quieren —agregó con énfasis al ver su expresión—, incluso tu padre, al que consideras frío e implacable. Es un hombre orgulloso que también ha sufrido. ¿Le has preguntado cómo se siente después del malestar que tuvo? A él le causó alivio verte a su lado cuando cayó al suelo.

—¿Cómo lo sabes? —gruñó él.

—Sólo un ciego no lo vería —respondió, y de inmediato se arrepintió al recordar que ése era uno de los problemas que lo angustiaban.

—Entonces está claro por qué no me he dado cuenta —dijo David con cinismo.

Juliana puso una mano sobre la rodilla masculina y lo miró con intensidad.

—A veces los ojos nos impiden ver lo que no aceptamos. Se

tornan ciegos, para justificar nuestra ceguera del corazón. David, tu padre te ama. No todos amamos de la misma manera. Creo que los dos son personas difíciles, se parecen más de lo que creen y por eso discuten. Prueba ser paciente con él, intenta escucharlo.

La carcajada áspera la sublevó. Él no quería entender razones y el tiempo de la Luna Larga se acababa.

—Piensa lo que quieras —repuso ofendida—, que yo seguiré creyendo en lo que digo. Sólo te pido que intentes ser amable en la cena de mañana. Será un grato recuerdo para él en sus últimos días.

La referencia a la posible muerte de su padre causó remordimiento en David. Nadie tenía la vida comprada, y Jeffrey ya era un anciano. Si bien había sido un roble toda su vida, era natural que su entereza flaquease con los años, y él no podría soportar la pena de verlo partir sin dedicarle aunque fuese una palabra de cariño, aunque el viejo nunca se hubiera molestado en demostrárselo. Aun a la luz de las revelaciones que su corazón proclamaba a gritos, le debía al menos respeto filial.

—Seré buen hijo en la Navidad —prometió—, y pediré un deseo para que logres tu propósito de convertirte en médico.

—Pide algo para ti también —rogó Juliana, empeñada en que él aceptase la felicidad que podía empezar a ofrecérsele.

La mirada de acero del hombre adquirió una calidez insólita ante esa súplica. David se inclinó y tomó la mano que todavía descansaba en su rodilla, la envolvió en las suyas y tiró de ella para levantarla a su altura. Juliana trastabilló ante el inesperado movimiento y cayó sentada sobre el regazo del soldado sin darse cuenta cómo. Rápido y certero, él aplastó su boca contra la de ella, moviendo sus labios para incitarla a abrirla. La joven, que aún no se reponía del beso anterior, creyó estar viviendo un sueño o una pesadilla, al verse por segunda vez asaltada en sus sentidos. El contacto de David era tan duro como el de Ismael, y Juliana pensó que estaba reviviendo su experiencia con el indio cuando se vio obligada a dejar entrar la lengua que socavó sus defensas con parecida intensidad. Poco a poco, sin embargo, su condición femenina le permitió advertir diferencias. El beso de Ismael había sido una especie de advertencia; en el de David percibía necesidad. Permitió que el hombre obtuviera lo que su ánimo turbado requería, y cuando pudo le hizo saber que ella también tenía sus deseos. Tímida al principio, más audaz luego, su propia lengua le salió al encuentro, arrancando un

gruñido de placer que sonó a grito de victoria en los oídos de la joven. Se separaron con la respiración entrecortada y los corazones latiendo desbocados.

Ninguno de los dos esperaba sentir tanto con un solo beso.

Él la dejó levantarse y con torpeza le acomodó la falda que se había enredado en sus botas. Se miraron en silencio, confusos, y David carraspeó para ser el primero en hablar.

—Mi padre cena temprano, será mejor que lo visites ahora.

Ninguna referencia a lo ocurrido, nada que trasuntara las emociones del momento.

Juliana se puso los guantes y recogió el manguito.

—Iré ya mismo —repuso, y salió de la cabaña antes de que los ojos se le llenasen de lágrimas.

En menos de dos horas, había conocido los besos de dos hombres y sentido una revolución en sus entrañas que le cortaba el aliento. Se maravilló de que sus piernas la sostuvieran, pues las rodillas le temblaban y sentía la nieve hundirse bajo su peso. Nunca supo cómo llegó al porche de la mansión del valle, sólo recordó luego la expresión sorprendida del viejo Jeffrey al verla arribar con las mejillas rojas y balbuceando incoherencias. La taza de té con coñac que él le ofreció con la excusa del intenso frío le devolvió el ánimo y la compostura. Y cuando el anciano se empeñó en que volviese en su propio coche, con Pretty atada a la parte posterior, Juliana casi le dio un beso de gratitud por entender, aun sin saber lo ocurrido, que no estaba en condiciones de trotar de regreso hasta Amity St.

Ismael la aguardaba según lo convenido, pero ya no era un guerrero, se había quitado la pintura del rostro y vestía camisa y cazadora de piel, sin abalorios ni pendientes. Al comprobar que el viejo había tomado las riendas del caso, se limitó a saludarla y a comprometer su presencia en la cena del día siguiente.

Ella creyó advertir cierto alivio en el hombre al quedarse solo.

A través de la ventanilla observó cómo su figura se empequeñecía a medida que el coche tomaba la curva de salida, y antes de que desapareciera del todo, una luz amarillenta la envolvió.

La puerta del cobertizo había vuelto a abrirse.

Durante el traqueteo silencioso del carro, Juliana se hundió bajo las mantas que el cochero había dispuesto para ella y trató de ordenar sus ideas. Se quitó el guante para acariciar los labios donde ambos hombres habían dejado su huella. Le pareció que, de modo misterioso, se habían puesto de acuerdo para que ella decidiera qué hacer con eso. Y lo peor era que su serena mente racional y práctica se hallaba inmersa en una niebla de deseo y confusión.

Su primer beso había sido por partida doble.

Juliana no alcanzaba a discernir cuál prefería su corazón.

Mientras tanto, al calor de la lumbre y en el mismo sitio donde ella había estado un rato antes, los causantes de la confusión femenina se enfrentaban el uno al otro, sus rostros marcados por turbulentas emociones de larga data.

Entre ellos, un álbum de tapas azules aguardaba.

9

La luna de la víspera empezaba a declinar en la noche cuando Ismael volcó las cenizas de la pipa sagrada que había fumado horas antes con su hermano.

Su hermano.

La revelación que les traía aquella Luna Larga fue mayor aún de lo esperado. Cierto era que sus corazones se habían sentido siempre cerca el uno del otro, y que nadie en el colegio entendía la afinidad que los mantenía unidos ante los demás como un muro impenetrable. Lo que podría haber quedado en simple sospecha, ahora adquiría la contundencia de una verdad: David Malcolm Amherst e Ismael, cuyo apellido había sonado anodino en sus oídos durante toda su vida, eran hijos del mismo padre, el viejo descendiente del primer barón de Amherst. Todavía Ismael era más afortunado que su hermano, ya que había podido conocer a su madre en el rostro dulce de Soyala, mientras que de la madre de David no había ninguna foto.

—Murió al nacer yo —le explicó él ante la pregunta que no llegó a formularse.

Nada de lo que dijesen tenía sentido ya ante la enormidad de la revelación. Si ellos eran hermanos, aquel álbum les pertenecía a ambos. Tanto lo que las fotos reflejasen como lo que su ausencia sugiriese, los comprometía.

—Somos huérfanos a medias —le había respondido Ismael.

Y permanecieron durante horas al calor del fuego, mirando aquellas imágenes borrosas y reconstruyendo sus vidas en la memoria de la infancia y la juventud compartidas.

Lo que los separó fue la reacción ante aquel milagro de la Luna Larga.

Mientras que Ismael se sintió por fin parte de algo al saber que llevaba la sangre del señor de la mansión del valle, David se mostró indignado por el silencio de años de su padre, que los había privado del derecho a llamarse hermanos ante la gente.

—Ha sido ruin —exclamó, golpeando con el puño sobre la

mesa de la cabaña.

—Lo dijo al final y es lo que importa —le retrucó Isma el ; pero David no estaba tan dispuesto a perdonar.

Cosa curiosa, pensaría después Ismael, su hermano llevaba con todo la mejor parte, y sin embargo se sentía más ultrajado que él, que nunca había tenido nada y a quien nadie respetaba por ser tan evidente su piel cobriza.

Miró hacia la ventana que recortaba un trozo de oscuridad. Si antes había obrado en beneficio de su amigo, ahora lo haría en favor de su hermano de sangre. La deuda era mayor y con la vida la pagaría, si era preciso. Hundió sus dedos en las cenizas del rescoldo, y en señal de luto a la manera india, pintó con ellos sendas franjas en su rostro, para demostrar su tristeza ante la pérdida de la mujer que cedería a su hermano para que él sanara el alma, más herida aún que la suya.

Era el milagro que la Luna Larga de esa noche requería.

Cuando aquella Navidad terminara, Ismael saldría en busca de su destino adonde lo llevaran sus pasos, ahora que poseía una identidad y un lugar que podía llamar propio.

David retornó a la mansión a zancadas, aturdido por las revelaciones de esa noche y furioso con el viejo por ocultar una verdad que podría haber cambiado la vida de todos. Le dolía en el alma el sufrimiento de su hermano, que mientras él gozaba del apellido y el prestigio que eso le otorgaba, había pasado privaciones en la reserva de Oklahoma y vivido aislado en un cobertizo, cuando su lugar estaba en los salones de la mansión, comiendo en la misma mesa que su padre. Cientos de recuerdos infantiles volvieron a su mente y, poco a poco, un significado profundo se fue entrelazando en ellos. Entendía ahora la razón de la manera indulgente en que su padre permitía que aquel muchachito indio vagase por donde quisiera en la casa y el parque de la mansión. En cierto modo, David comprendía al viejo: había intentado darle a Ismael un lugar, asegurarse de que no le faltasen educación ni sustento, pero se quedó corto al negarle el apellido. ¿No había amado a la madre, acaso? No sería el primer noble que acogiese a un hijo natural. Después de todo, el rostro de aquella mujer india ocupaba gran parte de las fotos del álbum. Algo debió de significar para su padre. Quizá —y ese pensamiento lo hizo tropezar— la había amado aún más que a su esposa legítima.

Lo encontró en la sala, leyendo junto al fuego con Falcon ovillado a sus pies, cosa rara, pues el perro percibía el talante huraño del hombre y lo evitaba. El animal levantó la cabeza y miró a su dueño con reproche. David supo que lo castigaba por no haberle permitido acompañarlo.

Sin medir su impulso, David arremetió contra el viejo Amherst.

—No sé cómo puedes dormir tranquilo con lo que carga tu conciencia, padre —le espetó.

El rencor latente en la voz del hijo alarmó al anciano. En su fuero íntimo había rogado que la verdad saliese a la luz sin causar más daño del que ya estaba hecho.

Al parecer ésa no iba a ser su suerte.

—Wanaka no va a reprocharte nada, es demasiado noble para hacerlo, pero yo sí. ¡Me negaste un hermano y a él le negaste un padre! Si eso no es ser vil, no sé qué lo será.

Jeffrey dejó caer el periódico sobre las rodillas y miró a David de hito en hito.

—Veo que han hablado.

El hombre más joven comenzó a caminar de un lado a otro, impaciente y furioso. Falcon huyó a refugiarse bajo el sillón de la ventana.

—¡Hablamos como hermanos, por supuesto! Porque fuiste incapaz de hacerlo con nosotros como un hombre de bien. ¿Creíste que me sentiría deshonrado por llevar la misma sangre que un piel roja? Claro, olvidaba que estabas de acuerdo en aniquilarlos con mantas infectadas de viruela. Cómo pude olvidar eso, padre mío.

—Eres injusto, David.

—¡Injusto! Esa palabra suena demasiado hueca en tu boca. Injusto fue condenar a Wanaka a la orfandad y a la vida en la reserva.

—Yo no quise que fuera allí, él se empecinó en sentirse parte de esa gente.

—¿Qué iba a hacer, si ignoraba su sangre? ¿Qué hay de esa familia que tiene? La hermana, los sobrinos….

Jeffrey hizo un gesto vago con la mano.

—Tendrán algún parentesco, pero no es su hermana. Muchos lazos familiares han quedado desdibujados con los traslados de los indios.

—Qué iniquidad… —murmuró consternado David—. Y pensar que fui cómplice de eso, padre, que creí honrarte acudiendo al ejército cuando en realidad estaba matando a mi propio hermano.

—Exageras.

La respuesta sonó tan banal que David tomó un jarrón de la repisa de la chimenea y lo estrelló contra la pared. A Jeffrey no se le movió un músculo. Prefería dejar que su hijo se desahogara, escuchar todo lo que tuviera para echarle en cara, ya que de esa manera sentía que purgaba su culpa, acumulada durante tantos años.

—¿Por qué, padre, por qué? ¿Dónde está ahora la madre de Wanaka?

Jeffrey suspiró y hundió sus ojos azules en el fuego antes de desgranar la triste historia.

—Murió. Ella pescó la viruela, una enfermedad que pululaba por entonces, y yo la alejé de ustedes para evitar el contagio. No pude lograrlo, Ismael enfermó también, aunque en su caso salvó la vida, sólo le quedaron las marcas.

David escuchaba, el alma en vilo, las palabras que desgarraban el velo de tantos secretos. Se había acostumbrado tanto a las cicatrices de su amigo, creció con ellas, que nunca se preguntó a qué se debían.

—Luego, al volver a la casa, decidí darles a ambos la misma oportunidad de educarse. Lo intenté primero con los institutos para indios, pero no resultaron. Me costó mucho dinero y grandes amarguras que él fuese a Hartford. Soporté las miradas aviesas de personajes de rango que me evitaron por un tiempo, hasta que me tomaron por una especie de samaritano que protegía al hijo de una sirvienta de la casa. En ese carácter volví a la sociedad, aunque ganas no tenía de alternar con nadie. Hice mi vida al margen de la de ustedes. Se tenían el uno al otro, mientras que yo me había quedado solo. Merecido lo tengo —y bajó la voz en un murmullo que llamó la atención de David.

—¿Qué hay de mi madre? ¿Cómo murió?

Jeffrey soltó un suspiro más hondo y dijo tajante:

—Ella no murió, que yo sepa. Nos abandonó —podría haber dicho “te” abandonó, pues era el delito mayor, pero calló por piedad hacia su hijo.

Un leño al derrumbarse llenó el silencio oprimente que siguió a esa afirmación.

David miraba incrédulo a su padre.

—Fue por esa…

—¿Por Soyala? No, tu madre se fue antes de que ella reapareciera. Era una pianista que creyó ver arruinada su carrera al dedicarse a su esposo. Lamento decírtelo, hijo, hubiera preferido no hacerlo nunca, pero esta noche no puedo cargar con más culpas de las que tengo. La madre de Ismael vino aquí sin saber que yo estaba casado, quiso que conociese a mi hijo y al encontrarme solo con un hijo también, se quedó para ayudarnos y, por qué no, para obtener techo y abrigo. No me arrepiento de haberle dado albergue, era una buena mujer. Lo creas o no, lloré su muerte aunque no haya sido el amor de mi vida.

Atónito y descorazonado, David intentaba asimilar una verdad tras otra. De nuevo ataba los cabos sueltos de su vida al entender por qué su padre jamás hablaba de su madre, lo que al principio él tomó como dolor sin superar y más tarde como indiferencia. Había sido un motivo más para juzgarlo y condenarlo. Sin embargo, esta nueva visión de las cosas le causaba angustia y a la vez le permitía ver al viejo bajo otra luz.

En el resplandor de las llamas que crepitaban, el rostro de Jeffrey adquirió una palidez cetrina, como si la sangre no fluyese, los labios le temblaron un poco y el periódico resbaló de sus piernas sin que él lo advirtiese. Era una imagen del padre al que no estaba acostumbrado. Se acercó, dubitativo. Un sentimiento confuso, mezcla de conmiseración y empatía por el sufrimiento, lo invadió.

—Viejo —murmuró, sin saber qué otra cosa decir.

Afuera el viento arreciaba y sacudía los cristales, aumentando la desazón en los espíritus. David se arrodilló junto al sillón.

—Yo no lo sabía, nunca me lo dijiste.

—Para qué —contestó derrotado Jeffrey—. Ya tenías bastante con soportar mi carácter. Te dejé al menos la ilusión de una madre amorosa que murió sin poder criarte.

—Y ella…

—No sé dónde está. La busqué, no creas que no, por rencor y deseo de obligarla a volver, pero nunca supe dónde hallarla. Se la tragó la tierra. Tal vez no esté viva, era delicada de salud, una especie

de flor de invernadero.

—En al álbum no vi sus fotos.

—Nos casamos y al tiempo ella se fue. Todo muy repentino.

David frunció el ceño.

—¿Y por qué te casaste con ella? No te hacía un hombre precipitado ni… —iba a decir apasionado, y por alguna razón calló.

—Nuestra boda fue una especie de capricho. Mío, te aclaro.

David comprendió que por primera vez en su vida su padre se sinceraba con él, y el momento era tan extraño que temió que el hechizo se quebrase. Por instinto, rodeó los hombros del anciano con su brazo, infundiéndole calor.

—Ella aceptó mi cortejo —continuó Jeffrey—. Yo fui un hombre influyente y no mal parecido. Quiero decir que ante cualquier damisela era un buen partido. Loretta se sintió honrada de que hubiera posado los ojos en ella. La pobre no supo jamás que mi corazón pertenecía a otra. Bien, eso quedó lejos ya.

—¿Otra?

Ya David estaba a punto de volver a condenarlo, cuando la última revelación de aquella noche lo paralizó.

—Emily O'Connor, la abuela de esa chica que te tiene a maltraer, fue la mujer de mi vida.

Jeffrey clavó sus ojos azules en el hijo con intensidad, aguardando una reacción que no se produjo, tanta era la consternación de David.

—Emily era mi prometida. Íbamos a casarnos y cometí el desliz de seducir a Soyala. No me lo perdonó nunca. Emily se casó con el primer hombre que golpeó a su puerta tiempo después. Como consecuencia de todo esto y de una vida inútil, luego de varios años solicité a tu madre en matrimonio. De ahí en más, nuestras vidas no volvieron a cruzarse. Hasta hoy, que me veo obligado a asistir a la velada navideña por la promesa que le hice a su nieta.

A David no lo engañaba la indiferencia con que su padre narraba los acontecimientos. Jeffrey llegaba al final de su vida con el

corazón destrozado por tantos errores cometidos y sin el amor filial que merecía, quizá, más de lo que él mismo suponía.

—Lo que no entiendo, viejo, es qué intentabas lograr con todo este ocultamiento.

—He sido necio, lo admito. Primero que nada, orgulloso. Por despecho obré como lo hice. Y debo decir que ella no se quedó atrás. ¡Casarse con ese irlandés!

La enjundia con que dijo eso despertó una alerta en David. Pensó en Juliana, empecinada en reunir a las familias. Ella debía de saber esta historia, y por eso actuaba de ese modo, como una celestina. David se sintió burlado. Si Juliana estaba en connivencia con su abuela, él actuaría en defensa de su padre. Jamás se le ocurrió que las mujeres de Amity St. estuviesen confabuladas. ¿Qué esperarían? ¿Heredar una fortuna? Se llevarían una sorpresa, pues los bienes de los Amherst eran exiguos. Lo que más afectaba a David, sin embargo, era pensar que el interés de Juliana no fuese sincero, que aquel rostro adorable de pecas estuviese forzando su expresión anhelante para cautivarlo. Pobre Jeffrey, si a esta altura de su vida volvía a caer en las garras de una mujer egoísta. Como lo fue su madre. Al no tener recuerdos de ella, le resultaba fácil convertirla en diana de sus tormentosas emociones. Pero Juliana Balcarce sí estaba a su alcance, y a él le sobraban agallas para impedir que lograse su cometido. Nadie haría sufrir de nuevo a su padre y menos ahora, cuando él entendía mejor sus reacciones.

—Espero que esta revelación no te impida asistir a la cena de Nochebuena de mañana.

Las palabras de Jeffrey lo sacaron de su reflexión.

—Por supuesto de no, al contrario, estoy deseoso de compartir esa velada.

Y agregó con gesto contrito:

—Padre, yo quisiera….

—Hijo, no hace falta, somos hombres de escasas palabras, no vamos a cambiar ahora. Me basta saberte a mi lado. En cuanto al ejército, quiero que sepas que nunca pensé que sucederían ciertas cosas en la frontera. Lo juro por mi vida. Fui torpe, ciego, egoísta, pero no soy cruel. Y Dios sabe que estoy pagando por todos mis defectos. Con el tiempo, quizá Ismael y tú…

—Ismael, como lo llamas, es más digno de ser tu hijo que yo, que te he juzgado durante casi toda mi vida. Él es más tolerante y benévolo.

—Ha heredado la sangre de Soyala, no la mía.

—En ese caso, déjame a mí el papel de villano. Me estoy acostumbrando.

La luna ocultó su faz en esa noche de milagros. Al día siguiente todos iniciarían una vida nueva, el renacer al que había aludido Juliana.

David se dirigió a su cuarto, agotado por las emociones y con el corazón desbordante de palabras que no había pronunciado. Antes de acostarse recordó que era apropiado llevar un regalo a la casa de Amity St., de modo que rebuscó en el arcón de los recuerdos y halló una cajita de música cuya melodía lo había hechizado de niño. Representaba a un piano en miniatura, y al destaparlo, un angelito de cristal danzaba al compás de un Nocturno de Chopin. Las notas desgranaron memorias incompletas de su infancia, la imagen fantasmagórica de un enorme piano que relucía bajo la araña del salón, y en especial se filtró en su mente la sensación de angustia que solía provenir de la presencia de su padre. Por primera vez, creyó entender la raíz del malhumor y la desdicha del viejo.

Desempolvó la cajita de música y la guardó en una bolsa hecha de retazos de cuero.

—Que esta música te acompañe —murmuró, pensando en Juliana—, para que nunca olvides que no debes fingir en Navidad.

10

Emily O'Connor se hallaba demasiado alterada para reparar en el desasosiego de su propia nieta. La muchacha había salido temprano con el pretexto de comprar algunas chucherías en la tienda del pueblo, y no dio explicaciones acerca de su falta de apetito la noche anterior, cuando llegó arrebatada y con los ojos brillantes, apurada por arrojar algo en la chimenea y deseosa de refugiarse en su cuarto. Por eso la anciana pudo sentarse en el sillón de cretona esa mañana con una taza de té y supervisar a la señora Pip mientras la mujer distribuía adornos en el abeto recién cortado que engalanaba la sala.

—Más arriba. Así. No, ése ponlo en la rama de abajo, que es más pesado. ¿Ya gastaste todas las piñas doradas?

La antigua criada conservaba la calma pese a las constantes sugerencias, aunque el tintineo de la cucharilla revolviendo sin cesar el té le crispaba los nervios.

—¿Crees que hice bien en aceptar que viniese? —soltó de repente Emily, interrumpiendo el repicar de la cuchara.

Adela alzó los ojos al techo en busca de paciencia, y contestó con fingido desapego:

—Yo, en tu lugar, hace rato que hubiera invitado a ese viejo cascarrabias a probar uno de nuestros budines de caramelo. Somos demasiado viejas para alimentar rencores, Emily.

—Él no tuvo miramientos conmigo, Adela, lo sabes.

—Eran otros tiempos y Jeffrey siempre fue presuntuoso. También lo sabes.

Emily frunció los labios para sorber el té.

—No podemos comportarnos como si tuviéramos veinte años.

—Pues si me lo permites, Emily, es lo que estás haciendo. ¡Toma la rama de olivo que te tiende ese vejete y acabemos!

—¡Adela! —exclamó escandalizada la anciana.

—Me has preguntado y te respondo. ¿No crees que él también

ha sufrido bastante?

—Si te refieres a la mojigata que no supo llevar adelante su casa…

—A ésa, a la otra que le dio un hijo también, y a cualquiera que se haya colado en su vida sin ofrecerle el abrigo que ese hombre necesita.

La anciana se apresuró a dejar la taza, que amenazaba con volcársele encima.

—Me sorprendes, Adela —dijo con voz severa—, parece que no me conocieras.

La señora Pip se enderezó con dificultad, pues el frío endurecía sus articulaciones y llevaba largo rato acuclillada, y soltó con autoridad impropia de una criada:

—Te conozco, Emily, como si fueras yo misma. ¿No jugamos a los mismos juegos en la colina nevada? ¿O es que olvidaste el trineo que me regalaste cuando recibiste el tuyo nuevo para Navidad? Parece que no recuerdas los tiempos en que recortábamos figurines para imaginar que vestíamos a la moda. Hemos vivido juntas todo lo que un par de chiquillas vecinas pueden vivir, y cuando Jeffrey empezó a cortejarte, compartí tus confidencias y tus cuitas de amor. Has llorado sobre mi hombro y te consolé como mis años juveniles me lo permitían entonces. Te aconsejé bien, Emily, te dije que debiste darle a ese granuja una oportunidad, porque al fin hizo lo que todo hombre, caer en la tentación. Pero fuiste orgullosa, y él te superó en eso hasta que se distanciaron tanto que ya nunca más se vieron. Después, cuando apareció Eugene…

—Era un buen hombre —la cortó Emily.

—Lo fue.

La respuesta, corta y contundente, evitó todo comentario. Ambas amigas callaron, sumidas en sus respectivas confusiones. La anciana sabía que, al aparecer Eugene, también Adela se sintió atraída por el risueño irlandés, y que cuando el hombre fijó sus hermosos ojos en Emily, la amiga se apartó con discreción y sin resentimientos.

—Estuviste a mi lado siempre —concedió con voz suave—. Eres la hermana que no tuve.

La señora Pip ocultó su emoción entre las agujas y las piñas del abeto.

—Y así seguiré hasta que el polvo de este pueblo nos cubra a las dos —respondió.

En ese momento la puerta se abrió con estrépito y entró Juliana sacudiéndose la nieve.

—Hace un frío de mil demonios —gruñó.

La abuela estuvo a punto de reprenderla por su lenguaje, pero la voz se le atascó en la garganta. El rostro arrebatado de su nieta le trajo el recuerdo del de otra joven con el mismo cabello enrulado alborotándole la expresión. Era Elizabeth a la que veía entrar, envuelta en su capa y con los brazos repletos de regalos. “Su” Elizabeth, su amada hija.

Adela se apresuró a cerrar la puerta y dejar afuera la nevisca.

—Ponga todo eso a los pies del árbol que yo acomodaré los paquetes, niña.

—Juliana se despojó de la bufanda, el gorro y los guantes, para ir a entibiar sus manos frente a la chimenea.

—Compré lo que pude, *Granny*. En la tienda no había quedado mucho para elegir.

—Mejor, así los calcetines no reventarán.

—¿Te sientes bien, abuelita?

—Todo lo bien que puede sentirse una vieja achacosa a punto de morir —fue la respuesta.

En otra ocasión Juliana se habría sentido inquieta, pero la abuela lucía espléndida en su blusa de organza, los hombros cubiertos por un chal de lana y el cabello recogido con peinetas de carey. Imposible pensar en ella como en una agonizante.

—Tomaré té.

Adela sacó otra taza del mueble y vertió el perfumado té, que Juliana bebió ansiosa.

—El árbol quedó precioso —comentó por decir algo que

reanudara la conversación, interrumpida ante su llegada.

—Adela lo compró a un buhonero. Esperemos que dure hasta Navidad refunfuñó Emily.

—Mientras lo haga hasta que lo vean nuestros invitados me conformo —dijo la joven, y aprovechó la entrada para agregar:

—¿Estás contenta de pasar la Nochebuena con los vecinos, *Granny*?

Adela desapareció con discreción de la escena, pero llegó a escuchar la respuesta:

—Lo menos que puede hacerse en esta época es practicar la caridad cristiana.

—Pero no es sólo caridad lo que te mueve, abuelita. Espero que el señor Amherst y tú vuelvan a ser buenos amigos —y escondió la cara en la taza para evitar ser testigo de la expresión de su abuela al escuchar eso.

¡Amigos! Bien sabía ella que lo que hubo entre el señor Amherst y su abuela era más que una amistad de vecinos cordiales, y sin embargo… ¿Qué nombre darle? ¡Ambos eran ya ancianos! Sus sentimientos serían muy diferentes del que le inspiraban los dos hombres ligados a la mansión del valle: Ismael, el portador de secretos que develaba sólo a medias, y David, que enmascaraba su sensibilidad para demostrar algo a su padre.

Su pobre corazón inexperto se encontraba vapuleado entre ambos.

Hizo acopio de toda su valentía para comentar a su abuela con ánimo ligero:

—¿Cómo sabe una cuando se enamora de verdad, abuelita? ¿Se siente algo especial?

Emily volvió a repiquetear la cucharilla con vehemencia.

—Eso depende de lo que se tenga en el corazón, querida. Se ama todo lo que uno es capaz de amar.

—Pero, ¿cuándo se sabe que se trata del amor verdadero?

La anciana calló lo que venía a sus labios. El amor verdadero. Lejos estaba de ser la vida apacible que le deparó Eugene, la felicidad doméstica. A pesar de haberle dado una hija, lo que ella más amaba en el mundo, Eugene no había sido su amor verdadero. ¿Cómo podía decirle eso a su nieta, tratándose de su propio abuelo, sobre el que se tejía toda clase de leyendas? Navegante, jovial narrador de historias, juglar de canciones picarescas, Eugene había sido el mejor padre del mundo, pero su amor verdadero era aquel viejo desconsiderado que la plantó un día y tuvo un hijo con otra mujer.

Emily no podía romper el corazón de su nieta, así que le dijo con tiento:

—Lo sabrás cuando no puedas quitártelo de la cabeza, hija mía.

Juliana suspiró. ¡Eso le ocurría tanto con uno como con otro!

—Iré a ayudar a Adela —repuso entonces, y dejó a su abuela ensimismada en el té mientras corría en busca de otro consejo para sopesar ideas y convencer a su corazón.

El de Emily bailoteaba en el pecho como un pájaro enjaulado.

¡A sus años! Había vuelto a Amherst para morir allí y ser enterrada junto a su esposo, y en cambio recuperaba las ansias juveniles de ver a su antiguo cortejante, como si fuese una jovenzuela. Debería avergonzarse de sus delirios. Quizá ya estuviese senil. Sin embargo Adela no la trataba como a una vieja perdida, su amiga parecía estar convencida de que todo cuanto ocurría era inevitable. Emily jugueteó con la medalla que pendía de su cuello entre volantes y puntillas. Representaba al roble, ese árbol que pierde las hojas embelleciéndose en el proceso. ¿Sería Jeffrey como el roble? ¿Habría conservado el encanto bajo la madurez? ¿Acaso podía renacer de las cenizas un sentimiento quemado en el fuego de la ira?

—Pavadas —gruñó, enojada con su propio desvarío.

Adela se aplicaba a la decoración del pastel navideño, una

delicia de bizcochuelo relleno con natillas y cubierto de chocolate. Rebasaba con precisión los bordes con ayuda de una espátula, y vigilaba con el rabillo del ojo las agujas del reloj para controlar el tiempo que llevaba horneándose la tarta de calabaza. A pesar de que ya la habían degustado durante Acción de Gracias, era el postre preferido de Emily y Adela sospechaba que también de Jeffrey, de modo que los sorprendería sirviéndolo al final de la cena.

Juliana se acodó sobre la mesa a la espera de que le ofreciera la cuchara. Era una costumbre de niña que nunca se le quitaba, la de chupar con fruición los moldes y los utensilios bañados de confitura. Había exasperado a todas las cocineras de la mansión Balcarce con ese capricho. La señora Pip parecía comprenderlo, y Juliana sospechaba que, de no estar ella en la casa, la propia Adela hubiera chupado la espátula.

—¿Cómo será estar enamorada, señora Pip? —atacó de nuevo la joven mientras se relamía anticipando el goce.

Sin levantar los ojos de su labor, la gruesa mujer replicó:

—A fe mía, ha de ser bien incómodo. No poder pensar en otra cosa día y noche, y padecer incertidumbre sobre los sentimientos del otro. No se lo deseo a nadie.

Juliana disimuló una sonrisa. Al menos, ambas ancianas coincidían en que el amor verdadero implicaba no poder quitarse a alguien de la cabeza.

—¿Y cree usted que se pueda sentir lo mismo por dos personas?

Esa vez le tocó a Adela disimular, ya que la pregunta la remitía a Emily, que amando a un hombre pudo casarse con otro y amarlo también, a su manera.

—Un corazón puede partirse en dos si la circunstancia es apropiada —aseveró.

Juliana no sabía que Adela tuviese experiencia en esos asuntos. En realidad, ignoraba casi todo sobre aquella particular criada que con tanta confianza trataba a su abuela.

—Estoy algo preocupada por *Granny*, percibo que acepta la reunión de esta noche para darme gusto, y que en realidad preferiría que los vecinos estuviesen bien lejos. ¿Es así?

—Su abuela tiene que resolver algunos asuntos para morir en paz. Si me preguntan —y la mujer dio por descontado que así era—, diría que Emily está bastante entusiasmada con la reunión navideña, y que lo oculta hasta para sí misma, a fin de engañarse y no dar el brazo a torcer. Su *Granny* es bien testaruda.

—La conoce bastante.

—Nos hemos criado juntas, ella en su casa y yo en la mía, pero unidas por la amistad que aún perdura. Quiero a su abuela, señorita Juliana, como podría querer a una hermana, y deseo que cumpla su sueño de ser feliz con el hombre que siempre amó.

—Adela… —susurró Juliana asombrada por el descaro de la mujer y las confidencias que le hacía.

—A qué negarlo, si está claro como el agua de la fuente. Que cada uno sepa lo que lleva en el corazón, porque si no, aparece el embrollo.

—Y el señor Jeffrey —porque ya no cabía disimular ante Adela —, ¿corresponderá a mi abuela? No quiero que ella sufra.

—Ni uno ni otro han tenido vida verdadera por ser sordos a lo que gritaba su pecho.

Aliviada al poder dar rienda suelta a su propósito de unir a las familias, Juliana dijo sin pensar:

—Ojalá pudiera yo tener tan claros mis sentimientos.

Adela la encaró, enarbolando la cuchara como si fuese un puntero de maestro.

—Pues tómese su tiempo, señorita. Aléjese y viva la vida, así podrá saber si su sentimiento es genuino o simple capricho del momento.

Una respuesta auténtica. Un regalo de Navidad.

Juliana salió de la cocina en tal estado de trance, que se olvidó de reclamar la espátula cubierta de chocolate.

Esa noche, la casa de Amity St. resplandecía. El arte de Adela,

dirigido con firmeza por Emily, había engalanado el pórtico con coronas de muérdago y unas campanillas que giraban locas con el viento, inundando de música la entrada. Todos los rincones de la sala, incluido el barandal de la escalera que llevaba al piso alto, ostentaban ramilletes de piñas y bellotas unidas por cintas doradas. El árbol de Navidad se erguía, majestuoso y fragante, con su cumbre estrellada y sus ramas cargadas de manzanitas de diversos colores. Adela había descorrido el cortinado, para que desde afuera los transeúntes lo viesen y el espíritu navideño se derramase sobre la acera también. Pocos eran los que se aventuraban en esa noche helada, pero aun a la distancia la vista del árbol iluminado era capaz de apaciguar la tristeza en los corazones. Así pensaba aquella mujer hacendosa que se dedicaba a los quehaceres domésticos sin pretender nada más de la vida apacible que llevaba en Amherst.

A esas horas, Juliana se demoraba en el cuarto, revisando su atuendo en el espejo de la cómoda. Luego de las conversaciones con la abuela y la criada, su ánimo se había conturbado. Una ráfaga de nostalgia por su tierra, su familia y el hogar se apoderó de ella. Recordó como nunca antes la vista del ancho río que se ofrecía desde el Paseo de Julio, el horizonte cargado de nubes que llevaban y traían la lluvia a su antojo, el olor terroso de la hierba que crecía en la ribera y las campanillas azules que zarandeaba la brisa por las mañanas. Buenos Aires, con sus calles empedradas y ruidosas, los techos de pizarra que empezaban a levantarse recortados contra el cielo, presumiendo de estilo francés, y las voces de los carreros que maldecían contra los peatones que se les interponían, eran en esa noche callada de invierno un cálido consuelo para su corazón aturdido. Allá estaría su madre, lidiando con el pesebre como lo había hecho siempre, extendiendo cada vez más las colinas de papel y cartón por el piso de la sala, y soportando que su padre las pisara sin advertirlo; sus hermanos provocarían más de una rencilla familiar en su afán por organizar parrandas, y la mansión Balcarce se llenaría de ruidos domésticos que tan bien reconocía ella en su memoria. Podía cerrar los ojos y verlos a todos reunidos en la sala bajo la espléndida araña. Sus padres asistirían luego a la misa de gallo, y allí desearían paz y buenaventura a sus amigos y vecinos, tan apurados como ellos por regresar a la casa para abrir los regalos, que en Argentina se acostumbraban a dar en la Nochebuena. Haría calor, un calor intenso y dulce aromado por los jazmines y las hojas de menta del jardín de su madre. El cielo estaría cuajado de estrellas, quizá con algunas nubes vagando sin prisa. Una noche de verano de las que tanto le gustaban, para dormir con la ventana abierta y soñar que un gran destino le aguardaba.

Se sintió algo injusta al añorar aquella otra Navidad, en vez de gozar de la que su abuela le brindaba; pero si era sincera, su mayor desazón provenía de aquellos besos que no alcanzaba a interpretar. Quizá fuese ese desamparo lo que le hacía tan difícil estar lejos de su madre. Elizabeth siempre respondía de manera calma y sus respuestas tenían la virtud de acallar sus ansias. Juliana era explosiva y temperamental como su padre, y ambos bebían de la fuente de sensatez de la madre. Elizabeth O'Connor era el eje de la usina familiar, el pilar que sostenía el andamiaje, y Juliana la necesitaba más que nunca.

—Ay, mamá, si tan sólo hubieses enviado una postal de Navidad…

Se enjugó una lágrima con rabia y terminó de verificar que estaba espléndida en su vestido de tafetán verde. La pechera se abría en un cuello orlado de puntilla, y la cintura presumía de su estrechez rodeándose con un cinturón de terciopelo. Era un vestido lujoso, porque la ocasión lo ameritaba y porque la joven anhelaba que esos dos varones que habían tenido el descaro de besarla supiesen que quien la cortejara debía competir duramente. Sujetó el cabello enrulado con una cinta que dejaba caer sus puntas al descuido sobre los hombros, y rebuscó en su bolso el carmín que le permitió disimular la palidez súbita de sus mejillas. En aquellas latitudes el sol se ausentaba mucho en invierno, y ella no estaba acostumbrada a permanecer encerrada tanto tiempo.

Al bajar, descubrió que su abuela no había escatimado esfuerzos para lucir elegante. La anciana aguardaba a sus invitados envuelta en un traje de satén que la hacía parecer más joven, debido al color durazno de la tela; del escote emergía un torrente de volados de delicado *broderie*, y llevaba el cabello en un rodete flojo que sorprendió a Juliana, pues era evidente que había utilizado tenacillas para ondular los mechones que escapaban de las peinetas. Sospechó de la complicidad de la señora Pip en ese arreglo, y frunció el ceño. ¿Tendría razón la mujer entonces, y la abuela en el fondo estaría feliz de recibir al señor Jeffrey? En ese caso, su esfuerzo se vería recompensado.

—La mesa está servida, niña. Vea si falta algo, que su abuela está algo nerviosa.

Adela la esperaba abajo con su ropa de domingo cubierta por un delantal impecable, bordado en verde y rojo, los colores de la Navidad.

Habían corrido la mesa al centro de la habitación para que todos cupieran sin esfuerzo, pensando en el tamaño de las piernas de los hombres, que siempre tropiezan con los muebles. El mantel de damasco, abarrotado de botellones donde la sidra y el vino reservado para la ocasión relucían bajo la luz de los candelabros, ostentaba un gigantesco ramo de *poinsettias*, la flor roja de Navidad. El azulado anochecer traspasaba los cristales, y sobre el fuego de la chimenea, un ángel del Señor presidía la repisa. Bajo el árbol se amontonaban regalos envueltos en brillantes papeles de celofán.

Juliana aprobó todo con una sonrisa.

—Espléndido, señora Pip. Se ha superado.

La mujer se esponjó como gallina clueca y corrió a controlar la comida, para poder lucirse también con eso.

—Querida mía, estás hermosa. Me recuerdas una muñeca que tuvo tu madre, y que ella cuidaba con esmero.

—La conozco, fue un regalo de mi padre, su primera muñeca de verdad, me contó ella.

—Así es. Nunca tuvimos mucho y Elizabeth, Dios me la guarde, jamás se quejó por ello.

—¿Me veo bonita, *Granny*?

—Más que eso, te ves radiante, hija. Esos hombres van a llevarse una lección.

Juliana miró a su abuela de soslayo.

—¿Lo dices por alguno en especial?

La anciana hizo un gesto frívolo que sorprendió a la joven.

—Todos son iguales. Ven a una mujer bonita y caen de rodillas. Luego, está por verse que sean dignos de ella.

—No te entiendo.

—Da igual, ya están viniendo.

En efecto, el ruido de las ruedas sobre la nieve anunció la llegada del coche de la casa Amherst.

—¡Adela, la puerta!

La gruesa criada salió de la cocina como pitido de locomotora, ajustándose el delantal y la cofia ante la mirada reprobatoria de la abuela, que controlaba todo.

—Por Dios —murmuró contrariada Adela al pasar junto a las mujeres, para que supiesen que no podía estar en todas partes a la vez.

Los tres hombres entraron juntos y llenaron el vestíbulo con sus voces y sus figuras corpulentas. Hasta el viejo Jeffrey se veía imponente en su abrigo y con sombrero de copa. Pronto todo se redujo a acomodar las capas en el perchero, a comentar el frío reinante y ponderar la calidez de la casa de Amity St. Se pasó por alto con discreción el cráneo rapado de Ismael, y hubo exclamaciones al ver el rincón de la chimenea y la mesa navideña, pero todas las miradas se las llevó el gato que acunaban los brazos de David, un minino negro de ojos verdes achinados que parecía inmune al jolgorio que provocaba.

—¿Dónde lo hallaste? —gritó Juliana alzándolo y cobijándolo en su pecho—. Pobrecito, ha de haber sufrido el frío.

—Estaba junto a tu puerta —explicó el hombre—, creí que era de la señora O'Connor y que había quedado afuera.

—Jamás tuve gato —dijo la anciana sorprendida.

—Es hora de que tengas uno, *Granny*. ¡Mira qué hermoso es!

La voz de Adela irrumpió con tono de duda.

—Es negro. Se dice que…

—¡Tonterías! —la cortó Emily—. Pobres animales, sufren la estupidez humana.

Y para demostrar que estaba en contra de todo eso, tomó al gato de brazos de su nieta y lo llevó junto a la chimenea.

—Tráele un cuenco con leche tibia, Adela. Cuando puedas —agregó, pues no se le escapaba que la pobre había trabajado por diez ese día.

La llegada inesperada del gato derritió el hielo que hubiera debido romperse con las cortesías habituales. Todos tuvieron algo que

opinar sobre el pobre animal, al que la superstición ligó a la brujería en ciertas épocas, y el minino recibió en menos de una hora más caricias que en todas sus otras vidas de gato.

La sala de Amity St. resultaba pequeña para tanta gente, pero los hombres, sin duda cohibidos por la falta de espacio, procuraron moverse poco y aguardar a que les indicaran su lugar en la mesa. El primer rato transcurrió entre la admiración por las fuentes de comida que desfilaban y algunos comentarios banales sobre el clima que se avecinaría al pasar la Navidad. Era bien sabido que después de la temporada festiva solía desatarse el viento del Ártico que congelaba hasta la respiración.

—¿Tienen buena leña aquí? —preguntó Jeffrey mirando a su alrededor, como si los troncos estuviesen apilados a la vista.

—Se la compro a un proveedor que la trae desde su casa, y es un hombre puntual.

El viejo Amherst creía entender en cada respuesta de Emily una alusión a su mal comportamiento con ella, así que frunció el ceño y trinchó una porción de pavo almibarado.

—¿Has recibido noticias de tu familia? —preguntó David en un aparte.

Se habían ubicado de modo que Juliana quedaba entre Ismael a su derecha y David a su izquierda. A pesar de que no era una mujer de baja estatura, se la veía pequeña entre ambos.

—Aún no, y admito que me entristece un poco. Claro que en este tiempo el correo postal puede haberse retrasado.

—No aquí —terció Jeffrey con rotundidad—. El correo es tan puntual como ese hombre que tiene tu abuela para cortar la leña.

David disimuló una sonrisa. Ya desde la entrada, Juliana percibió que entre padre e hijo fluía una corriente distinta; algo había pasado entre ellos, algo bueno que la alivió, pensando en la oportunidad de la luna fría y sus consecuencias.

—Entonces no habrán escrito por hallarse ocupados —contestó algo deprimida.

Ismael, que no hablaba desde el primer saludo, encontró su momento para decir:

—Los pensamientos son como las cartas, vuelan hacia donde tienen que ir.

La joven se encontró con los ojos negros fijos en ella, y el recuerdo del beso aquel le incendió las mejillas.

—¿Te sientes bien, querida?

La voz de la abuela la sobresaltó.

—Sí, *Granny*. Me preguntaba por el postre.

—¡Válgame Dios! Espero que no te hayas saciado aún. Estos caballeros tienen lugar para un plato más.

Adela apareció con puré de manzanas y zanahorias al caramelo en una mano, y una fuente con jamón y papas asadas en la otra. Habían pasado por alto la costumbre de llevar un plato de cortesía, en consideración a que los invitados eran hombres solos, y también porque Adela quería presumir de sus dotes de cocinera, incluso ante su amiga Emily. Reservaba para el final el pastel de Lumberjack, de carne aderezada con canela.

El manjar fue recibido con efusividad y Emily le dijo al fin:

—Siéntate a mi lado, Adela, que nos mareas con tanto ir y venir.

La anciana se sentía satisfecha de la cena que ofrecía, así como de lo acogedora que lucía su casa. En su fuero íntimo, deseaba que Jeffrey supiese qué se había perdido todos esos años.

Después del budín de Navidad y la tarta de calabaza, los más jóvenes decidieron salir a estirar las piernas. Emily ofreció a Jeffrey la posibilidad de tomar licor en el sillón favorito de ella, junto al fuego. El anciano se apoltronó satisfecho. Era la primera Nochebuena que pasaba en familia, sin malos recuerdos ni culpas que lo agobiaran; se encontraba agradecido porque además, también por primera vez, se sentía en comunión con su hijo David, y sabía, aunque Ismael no lo dijese, que ese otro hijo lo aceptaba tal como era. A su modo, aquel muchacho indio entendía mejor las vicisitudes de un hombre, quizá porque la vida lo había maltratado y no se detenía a juzgar ni a condenar.

Le gustaba Ismael como hijo. Y lo aliviaba saber que el descubrimiento de la consanguinidad los había unido en lugar de

separarlos. Ya podía morir tranquilo.

—Gracias por la cena, Emily, es la mejor que he tenido.

—Me alegra que tanto esfuerzo se reconozca.

—Mis hijos están felices de haber venido.

—¿Tus hijos? —y la anciana dirigió su mirada hacia el porche, donde los jóvenes desafiaban al frío y departían quién sabía sobre qué —. ¿Acaso han hablado?

—Ellos lo han hecho, estoy demasiado viejo para sostener cierto tipo de conversaciones.

Emily entrecerró los ojos.

—Eres un zorro, Jeffrey. Te adelantas a decirme que no piensas escuchar reproches. Quédate tranquilo, que no pensaba arrojarte ninguno. Los hemos agotado todos.

El anciano se incorporó de súbito con notable energía.

—Te equivocas, Emily, no lo hemos dicho todo aún. Yo tengo algo más.

La anciana alzó la barbilla, en ese gesto característico que Jeffrey tanto había disfrutado en otros tiempos y que su nieta heredaba.

—Es poco el tiempo que me queda, quién sabe si veré otra Navidad, pero me conformo pensando que ésta fue la mejor en muchos años. Por primera vez David me soporta, Ismael acepta que sea su padre y nunca se lo haya dejado entrever, y aunque sólo eso sería suficiente para brindarme solaz en la vejez, Dios es generoso y me da la oportunidad de volver a tratar a la única mujer que amé.

Emily se sonrojó y unió sus manos sobre el regazo, sin saber qué decir. La respuesta ácida que hubiera soltado en otra ocasión no era propicia en la Nochebuena, y además, tenía que ser franca con ella misma: había esperado de él ese reconocimiento.

—Fui torpe e ingrato, ya lo sabes, a qué insistir. En verdad, Emily, deseo que también tú me toleres, como lo hacen mis hijos. Piensa en mí como en un pobre y débil anciano que puede caer fulminado ahora mismo al salir de aquí, o en la noche mientras

intento subir a mi cama. ¿Quién puede decir si ésta será la última cena para nosotros?

Otra que no fuese Emily O'Connor se habría horrorizado o tal vez impresionado por semejante parrafada, pero la abuela tenía un sentido del humor que la mantenía juvenil a sus años, y se echó a reír con todas sus ganas. Los años pasados junto al pobre Eugene la habrían contagiado quizá, el caso es que no pudo tomar en serio las palabras de su antiguo enamorado.

—¿Qué clase de cortejo me propones, Jeffrey? Para dar pena están los pobres mendigos que en esta noche no tienen una lumbre que los acoja. Eres un hombre de prestigio y que a su edad se conserva bastante bien.

—Vaya, gracias, no lo había visto de ese modo.

—Deberías. Yo tampoco soy una jovencita, y sin embargo recuerdo bien la mujer que fui, cómo luché para sacar adelante un hogar de pocos recursos, educar a mi hija y soportar a un cuñado tirano.

—¡Emily! ¿Has sido feliz al menos? —dijo de pronto el anciano con voz cascada.

—Lo fui, Jeffrey. La vida me dio bendición tras bendición. Y cuando creía todo terminado, mi hija me mandó llamar para compartir la dicha de su propia familia en tierras lejanas. No podría pedirle más a Dios. Ha sido compasivo y justo.

—Salvo en lo nuestro.

—Lo nuestro, como lo llamas, no tuvo que ver con designios divinos sino con tu lujuria, Jeffrey. No te lo estoy reprochando —agregó de inmediato al ver la expresión del hombre—, sólo te lo recuerdo para dejar en claro las cosas. Suele ocurrir que elegimos caminos difíciles cuando el correcto se nos abre despejado ante nosotros. Aprendemos de nuestros errores, y con franqueza creo que no soy yo la encargada de juzgar a los demás, aun si sufrí a causa de sus actos. Alguien por encima de nuestras cabezas lo hará, sin duda con mejor acierto. También yo elegí casarme y no perdonarte aquella vez.

—¿Lo harás ahora, Emily? ¿Puedo esperar que seamos amigos?

Lo dijo casi en un susurro, sólo que la voz del viejo Amherst era

sonora, y Adela, desde la cocina, lo oyó a la perfección. El estrépito de un cacharro lo atestiguaba.

Emily se apresuró a bajar el tono.

—Siempre pensé en ti como un amigo, Jeffrey. En todos estos años, lo que más lamenté es no haber podido conservar, al menos, tu amistad. Disfrutaba de nuestras charlas y tus alocados proyectos.

—Emily, eres una mujer prodigiosa, logras que todos nos sintamos redimidos de nuestras culpas.

—No es para tanto —protestó ella, aunque se la veía satisfecha con el cumplido.

—¿Y podré visitarte a diario? O tal vez desees ir a la mansión. Se la ve muy solitaria y demasiado austera. Miro todo esto —y los ojos azules se detenían en cada adorno sencillo, en cada uno de los paquetes derramados en torno al árbol, con auténtico anhelo.

—Tal vez vaya uno de estos días y te dé algunos consejos sobre cómo decorar un castillo.

—Así lo llama tu nieta.

—Eres el señor de ese castillo, Jeffrey, un señor bondadoso, espero.

—Seré el hombre más bueno y dichoso si me devuelves tu amistad, Emily.

Y con energía inusitada sirvió otra copita de licor para la anciana, que la tomó con un ligero temblor en su mano. Las mejillas se le enrojecieron y tosió un poco, lo que provocó nuevas risas y permitió a Jeffrey Amherst rozar el hombro de aquella mujer inolvidable a la que por fin encontraba de nuevo en su camino.

Afuera, la conversación que se desarrollaba en el porche era por completo distinta.

—Así que sabías que entre mi padre y tu abuela hubo un amorío —le decía David a Juliana en tono acusatorio.

—Me enteré de labios de mi abuela la otra noche.

—¿Cuándo, con exactitud?

—Pues… no lo sé, el día que visité a tu padre para invitarlo, creo.

—Lo planeaste bien.

—Sí, me pareció una buena idea reunirlos. Y no me equivoqué, al parecer.

David perforaba a Juliana con sus ojos grises que refulgían de recelo.

—¿Y quisiste matar dos pájaros de un tiro?

—¿A qué te refieres?

—A mí. Y a Wanaka, ya que estamos. Te habrás enterado también de que somos hermanos, hijos ambos de Jeffrey Amherst.

—Lo supe, sí. Mi abuela me lo dijo. Creo que ella lo adivinó, en realidad, antes de saberlo con certeza. Me contó que vio a la madre de Ismael y también que conoció a la tuya, aunque no sé si las trató alguna vez.

—Te pareció bien jugar con ambos herederos —la atacó David.

Mientras duró la cena, él se había sentido atrapado de nuevo en la frescura de Juliana, pero al apartarse de la reunión, sus sospechas y los celos afloraron otra vez.

La joven miró hacia un costado del camino donde Isma el se había retirado, contemplando el cielo, sin duda esperando que la nieve abriese paso a la Luna Larga.

—Ignoro qué significa eso —retrucó Juliana—, pues no juego con las personas.

—Dejaste que te besara.

Ella podría haber agregado: “Y dejé que tu hermano me besara también”; pero no era el momento de ser tan sincera, de modo que se cruzó de brazos con aire ofendido.

—Creí que para besar hacían falta dos.

—Exacto. Y me respondiste. ¿Qué significó ese beso, Juliana?

¿Un intento de atraernos a los Amherst hacia esta casa? ¿Permitiste que te besara para suavizar las asperezas y lograr que tu abuela se reconciliase con mi padre?

La enormidad de la acusación agrandó los ojos dorados de la joven, que se cuadró con furia ante el soldado.

—No quise lograr nada de eso. No sé por qué permití que me besaras, me lo estoy preguntando ahora mismo. A todo esto, ¿por qué lo hiciste? ¿También querías algo?

David apretó los dientes.

—Me dejé llevar.

Atónita, Juliana permitió que lágrimas traidoras enturbiaran sus ojos.

—David Malcolm Amherst, te quieres parecer a tu padre y demostrar que eres incapaz de amar. Lo que te ocurrirá es que alguien te romperá el corazón y serás desdichado la vida entera.

—Ya lo soy. Pronto seré un paria, lejos de la milicia y de la vida normal, un lisiado.

—¡Estás tan ciego que no ves que tus ojos están sanos! —gritó la joven con todas sus fuerzas, tanto, que por un momento David temió que alguien saliese a ver qué ocurría.

—Baja la voz, o tu abuela y mi padre creerán que te estoy atacando.

—Y lo estás haciendo cuando no confías en mí ni crees en lo que te digo. Se pasará la Luna Larga sin que puedas renovar tu vida.

—¡Acabemos con ese cuento de la luna! ¿A qué te refieres cuando dices que no estoy quedándome ciego?

—Volviste de la guerra con un recuerdo que no quieres ver ante ti. Tu cerebro te está privando de la vista porque no puedes enfrentar lo que ha ocurrido ante tus ojos. Cuando logres superar eso recuperarás la visión normal. No tienes nada, David, son tus sombras las que te enceguecen.

—¿Cómo sabes eso?

La tensión en la mirada de David causó compasión en Juliana.

La vida misma del hombre dependía de su respuesta.

—Mi mente es científica, pero mi corazón habla también. Conozco casos en que la enfermedad es una escapatoria del cuerpo y creo que eres uno de esos casos.

—No estás segura.

—La ciencia avanza paso a paso, probando hasta que logra una certeza.

—¿Qué debería hacer, entonces?

—Volver a la frontera, reincorporarte al ejército y luchar desde adentro, para cambiar las cosas que están sucediendo. Del mismo modo que yo debo afrontar el desafío de ser médico aunque no sea lo más conveniente para una dama.

David se quedó mirándola, sopesando la sinceridad del comentario y midiendo el alcance de sus palabras. No se le había ocurrido. Regresó de Dakota del Sur con el alma arruinada, decepcionado de sus jefes, de sus camaradas, asqueado por el comportamiento de las autoridades, sintiéndose vil por haber formado parte del Séptimo de Caballería, famoso por sus hazañas. Nunca pensó que si él era parte de todo eso y su espíritu seguía siendo honorable, tenía una misión que cumplir allí. Apartarse y dejarlos seguir cometiendo tropelías, o disimular las que ya habían cometido, no era el camino correcto. ¿Cómo podía aquella chiquilla resumir esa sabiduría en sus pocos años?

—Hay verdad en lo que dices —murmuró pensativo—. Quiero creerte.

—¿Sigues pensando que soy una bruja por haber permitido que me besaras?

La franqueza de ella lo desarmaba.

—Lo que creo es que soy un torpe energúmeno, y que eres demasiado buena al intentar enderezarme.

Juliana sonrió, aliviada al ver que por fin sus palabras atravesaban la coraza del soldado.

—Ya está saliendo la luna.

La voz de Ismael los sacó de su concentración y ambos contemplaron el cielo que se había abierto, pulido como un ónix, en el que una luna resplandecía, baja y dilatada, jugando a las escondidas entre los árboles.

¡Por fin aquellos dos habían resuelto su disputa! Wana ka se congelaba caminando en la nieve mientras aguardaba a que dejasen de discutir y se dieran cuenta de que nada los separaba. De tanto fingir que miraba el cielo, ya le dolía el cuello. Por un momento temió que la joven reconociese que él también la había besado, pero Juliana poseía la astucia femenina para saber qué decir y qué callar en el momento correcto. Sería una buena compañera para su hermano torturado.

—Pidamos un deseo. O varios —los alentó ella, regocijada.

Los tres miraron el lento ascenso de aquella luna, tan bella y silenciosa, y ninguno habló mientras se encaramaba en los árboles del bosque para luego desprenderse en la negrura y envolver todo Amherst con su luz platinada. Con reverencia unieron sus pensamientos y elevaron sus corazones. Sin saber lo que los otros pedían, cada uno pensó en los demás y deseó para ellos el renuevo de la vida que vendría. Así, cada uno recibió la bienaventuranza del otro y ofreció la suya al mismo tiempo.

La Luna Larga de esa Navidad había sellado su promesa.

Al entrar, Ismael entregó a Juliana unos sobres que había extraído del buzón de la calle.

—Para usted, vienen a su nombre.

Ella leyó con rapidez los remitentes y casi saltó de alegría. ¡Los sueños ya se estaban cumpliendo! Había una carta de su madre, y otro sobre con el nombre de Violeta Garmendia al dorso. Sin duda, buenas nuevas y deseos de feliz Navidad. Los leería tranquila esa noche, antes de acostarse.

Adela los aguardaba con una sorpresa final: una tradicional casita de jengibre cubierta de almíbar y almendras confitadas.

Y tanto Emily O'Connor como Jeffrey Amherst III se hallaban con las cabezas juntas, intentando adivinar el contenido de los regalos que colmaban las medias de la chimenea.

—¡Feliz Navidad, *Granny*! —exclamó Juliana, y corrió a

abrazar a su abuela.

EPÍLOGO

Los pájaros del invierno se disputaban el buzón de Amity St.: una pareja de cardenales de Virginia, un carbonero y un arrendajo pretendían apropiarse de ese pequeño recinto pintado de rojo y cubierto de nieve. Juliana los observaba desde su cuarto, todavía conmovida por la lectura de las cartas del día anterior. La de su madre, escrita con prolija letra redonda, estaba colmada de bendiciones y de preguntas: que si *Granny* se hallaba contenta, si el frío las castigaba demasiado, que no olvidase cómo se preparaba el ponche caliente con melaza y jengibre, y toda clase de recomendaciones mezcladas con mensajes de cariño del padre, los hermanos, la abuela Dolores, los Zaldívar, los Garmendia, los Morris y todos los amigos que la habían visto crecer y tanto la querían. De parte de Dolfito, su madre le reservaba un saludo especial que el jovencito había querido enviarle adentro del sobre: un dibujo a la acuarela que representaba a una luna gigantesca hundida en la nieve de un bosque de pinos. Cómo había presentido Dolfito que en esa Navidad la luna había jugado un papel en la vida de todos, ella no lo imaginaba. Él era así, un enigma.

La otra carta, sin embargo, dio vuelta su mundo del revés. En realidad no se trataba de una misiva sino de un recorte del diario *La Nación*, acompañado de una esquela donde Violeta Garmendia le indicaba: “Juzga por ti misma si vale o no la pena luchar por las metas”.

En el recorte se leía:

La Nación, 5 de septiembre de 1891

Entre la niebla provocada por los acontecimientos que son públicos, y cuando todavía no se ha disipado el humo de los fusiles de la frustrada Revolución de los Cívicos, nuestro piloto de tormentas, el Doctor Carlos Pellegrini, podría jactarse de los científicos con que cuenta el país. Acaba de firmarse el acta fundacional de la Asociación Médica Argentina, rubricada por un centenar de miembros.

Preside la Comisión Directiva el Dr. Emilio Coni, y aunque no se diga ni se sepa, hay entre sus integrantes una mujer: la primera doctora en medicina de la Argentina. Cecilia Grierson, graduada en 1889, debió luchar contra toda la intelectualidad para que por fin se le otorgase su diploma. Discípula de la Escuela Normal de Señoritas de Emma de Caprile,

siempre se consideró maestra y desde la ciencia ejerce esa vocación, aunque es sabido que batalla para obtener una cátedra en la Facultad de Ciencias Médicas. Al parecer, las mujeres no son aptas para enseñar a nivel universitario.

La doctora Grierson no baja los brazos, y después de haber fundado la Escuela de Enfermeras del Círculo Médico, va en pos de la excelencia académica y escribe libros para formar a los practicantes.

¡Mujer de sangre irlandesa tenía que ser!

Ypekû

Bendita Violeta, que mantenía tenso el hilo que la unía al Río de la Plata. Su corazón podía estar enturbiado por los sentimientos confusos que le despertaban los hermanos Amherst, y sin embargo, aquella noticia le devolvía la cordura y le recordaba que ella tenía sus metas, como bien decía su amiga. Reconocer que esa llama ardía aún en su pecho la reconfortó, y las palabras de la señora Pip acudieron en su auxilio.

"Aléjese y viva la vida."

Sabia recomendación, sobre todo cuando la noche anterior, al despedirse de la familia de la mansión del valle, supo que David había decidido unirse de nuevo al regimiento y que Ismael respondería a una convocatoria para guiar caravanas hacia el oeste, donde se estaba colonizando el inmenso territorio hasta las Rocallosas.

La melancolía que le produjo saber que ambos hombres partirían dentro de poco se atenuó ante la expresión de felicidad de su abuela al anunciarle que iría a la mansión a asesorar al dueño de casa sobre cuestiones domésticas. La cara de Tony Tim era digna de ser dibujada por la mano ágil de Dolfito en ese instante. Una vez más, fue la señora Pip quien le restableció el espíritu.

—Vaya, señorita Juliana, qué suerte ha tenido. Con su abuela distraída y bien acompañada, quizá no le resulte tan difícil regresar a su país a visitar a su familia. Emily ya no estará sola y, si mi intuición no me engaña, hasta pueden sonar campanillas de boda, si es que el hombre ha quedado viudo. Quién sabe.

Ese "quién sabe" repiqueteaba en la mente de Juliana. ¿Quién sabía el futuro que le deparaba la vida? ¿No había sido una especie de

milagro que aquellas cartas llegaran al buzón justo en la última noche de la Luna Larga? Si lo meditaba bien, esta salida podía ser el resultado de los deseos conjurados bajo el resplandor de la Nochebuena.

Cada uno seguía una suerte de misión. ¿Quién podía decir qué les reservaba el final del camino?

Jugueteó con las cartas, la tinta un poco borroneada de tanto manosearlas.

Desde abajo subía el canturreo de la abuela, que atendía al minino mientras indicaba a su amiga que mantuviese los adornos navideños hasta que menguara el frío.

—Es bonito tomar el té junto al árbol iluminado por las noches, ¿no lo crees, Adela?

Juliana pudo adivinar la expresión de la otra mujer, y sonrió.

—Ay, mamá, si supieses… —dijo en voz alta—. Vas a tener a tu hija más pronto de lo que imaginas en casa. Y te llevaré una noticia que te hará desmayar. ¡*Granny* enamorada!

Ni por un momento se le ocurrió que a su madre pudiese caerle mal la novedad. La conocía muy bien; en su corazón generoso sólo cabían deseos de felicidad y bienestar para los demás. Elizabeth O'Connor era una gallina que cobijaba a todos sus polluelos, aunque estuviesen tan crecidos que no cupieran bajo el ala.

—¡Juliana! —gritó Emily desde abajo—. ¿Vienes conmigo?

La joven se asomó al rellano y sacudió los sobres ante los ojos de su abuela.

—Me quedo, *Granny*, a contestar estas cartas. Abrígate, que mamá se preocupa por ti.

—¡Pavadas! Como si no hubiese nacido en Amherst. Nadie conoce mejor que yo el rigor del invierno. ¡Adela! Me voy. Ya está el coche en la puerta.

Juliana corrió a atisbar por la ventana del cuarto cómo su abuela trepaba al lujoso carro de Jeffrey, que con caballerosidad había enviado por ella. Mientras lo contemplaba salir bamboleante entre los montones de nieve, un rayo furtivo de sol le dio de lleno en la cara.

Entrecerró los ojos y por un instante presintió el calor reinante en Buenos Aires ese día de Navidad. Sus hermanos se jactarían de los regalos recibidos, y en la mansión Balcarce un almuerzo reuniría a los amigos. Pronto, muy pronto, ella estaría compartiendo su vida y sus sueños con los seres amados.

Se sentó en su tocador y abrió la tapa de la caja de música. Una melodía la envolvió con dulzura. Había supuesto que ese regalo provenía de David, pues lo delató una sombra de duda que cruzó el rostro masculino, hasta que la exclamación de alegría de ella la disipó. El otro regalo era de Ismael: una pluma de águila calva engarzada en un collar de hueso. Una delicada artesanía, difícil de lucir, pero que Juliana atesoraba porque conocía su significado.

“Vuela alto”, le había dicho él al despedirse.

Llevaría en su corazón el recuerdo de aquellos dos hombres, los primeros en besarla. Ignoraba si volvería a verlos, pese a que todos prometieron encontrarse.

—Quién sabe —murmuró para sí misma.

De algún modo, el no saber también era fuente de felicidad. Podía imaginar grandes cosas, soñar y esperar, para que los designios de la Noche de Luna Larga se cumpliesen.

Era una promesa en la que Juliana confiaba.

FIN

Según una leyenda ancestral, la Noche de Luna Larga permite dejar atrás el pasado y renovar el presente. Claro que su magia exige renunciamientos que el corazón no siempre está dispuesto a conceder.

David Malcolm regresa derrotado y casi ciego a su hogar en Massachusetts, en la Navidad de 1891. Allí lo aguardan su amigo de la infancia, su perro y su padre, un anciano inflexible que nunca le demostró comprensión.

Juliana Balcarce, hija de una de las maestras normales que Sarmiento llevó a la Argentina, ha viajado desde el Río de la Plata

para acompañar a su abuela y estudiar en el seminario de señoritas de Amherst. Un día, la joven encuentra a David postrado a la vera del camino y quiere ayudarlo, pero él la rechaza. Acostumbrada a lidiar con los varones de su familia, Juliana insiste en su rol de samaritana y así conoce a los misteriosos habitantes del valle. Una cita que cambiará la vida de todos.

¿Habrá un milagro en aquella casa donde no suenan cascabeles ni cuelgan coronas de muérdago, y donde la Navidad parece destinada a pasar de largo una vez más?

Dos hombres, una muchacha que despierta al amor, y antiguos secretos en el corazón de los mayores. Tal vez la luna más prolongada y fría del Hemisferio Norte sea propicia para renacer de las cenizas.

GLORIA V. CASAÑAS

Es argentina. Su profesión de abogada y su labor docente en la Universidad de Buenos Aires la condujeron por los caminos de la historia. Así lo demuestran las tramas de sus novelas, que Gloria escribe en distintos rincones de su casa, a cualquier hora y siempre rodeada de sus queridas mascotas.

Es una de las voces más destacadas en su género. En 2012 fue distinguida con el Premio del Lector de la Feria del Libro de Buenos Aires. *Noche de Luna Larga* inaugura su trilogía “Tres Lunas de Navidad”.

Foto: © Alejandra López